

# FRACTAL

REVISTA CUATRIMESTRAL

NÚMERO 77



El ritmo es la vida del espacio  
de tiempo bailado.

*Cecil Taylor*

Director Ilán Semo

Consejo Editorial

Elsa Cross, Claudio Lomnitz, Lorenzo Meyer, Carlos  
Monsiváis<sup>†</sup>, Carlos Montemayor<sup>†</sup>, Ricardo Pozas  
Horcasitas, Tomás Segovia<sup>†</sup>, Enrique Semo

Consejo de Redacción

Fausto Alzati Fernández, José Luis Barrios, Jorge Fernández  
Granados, Antonio García de León, Carlos López Beltrán,  
Benjamín Mayer Foulkes, Pedro Serrano, Mauricio Tenorio,  
Francisco Valdés Ugalde

Diseño

María José Farías

Edición

Alan Cruz, Alejandra Labastida, Andrés Luna, Frida Robles,  
Dante A. Saucedo, Ilya Semo

# FRACTAL

NÚMERO 77

## Sumario

EXPEDIENTE

NOTICIAS DESDE KINSHASA

Presentación	9
<i>Lagos</i>	
Anotaciones de un peregrinaje <i>Chris Abani</i>	11
Desde la curva del río <i>Dorine Mokha</i>	25
<i>Crónica de Johannesburgo</i>	
Dinero sangriento <i>Valentine Cascarino</i>	35
<i>Cityscapes</i>	57
<i>Zineb Benjelloun</i>	
Kin La Belle (a la luz clara de la canción y el silencio) <i>Yvonne Owuor</i>	61
Sombrillas para resistir <i>Lionel Manga</i>	71
Ritmos de un camino: ecos de una etnógrafa <i>Vanessa Uliá Dantas e Sá</i>	91
Fronteras invisibles <i>Emeka Okereke</i> <i>Una conversación con Frida Robles</i>	111

<i>Un manifiesto</i>	
Resurgimiento	127
<i>Adéola Olangunju</i>	
Acrakega	133
<i>Yibor Kojo Yibor</i>	
El infinito entre la isla y la península	137
<i>Mamadou Diallo</i>	
Del desierto	147
<i>Allan Kolski Horwitz</i>	

#### LA X Y LA Y

Hayden White y las nomenclaturas del pasado	165
<i>Mariana Ímaz Sheinbaum</i>	

Coordinadora del expediente *Noticias desde Kinshasa*: Frida Robles.

Portada: Julie Mehretu.

*Fractal* es una publicación cuatrimestral editada por la Fundación Fractal. Número 77. Septiembre-Diciembre de 2016. Año XIX. Volumen XX. Distribuidora: Tinta Roja, Truenitos #21, Col. Villa de Coyoacán, México, D.F. ISSN: 1405-3436. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores. La Redacción no se hace responsable de los originales no solicitados con anterioridad. Dirección: Campeche 351-101, colonia Hipódromo-Condesa, delegación Cuauhtémoc, C.P. 06100, México, D.F. Teléfono y fax: 5523 3744. © Los autores.

www.mxfractal.org  
laventanafractal@gmail.com

*EXPEDIENTE*  
NOTICIAS DESDE KINSHASA





Mientras leía el libro *Afrotopia* del escritor y pensador Felwine Sarr, una reflexión llamó mi atención: los ritmos de una ciudad como Dakar son muy diferentes a aquellos de Lagos o de Harare. Esta reflexión, aunque pudiera parecer una obviedad, tiene muchas implicaciones. ¿Cuáles son los ritmos urbanos a los que estamos acostumbrados? ¿Qué imaginarios pueblan nuestras ideas de «ciudad»? Los textos que conforman este expediente constituyen una búsqueda por reflejar los diferentes ritmos de algunas ciudades africanas. La aparente tranquilidad de una noche en Kisangani es muy distinta al constante ronroneo de los generadores de electricidad en Lagos; los sonidos del centro de Cairo previos al amanecer son tan particulares como el ritmo de los autos en el periférico de Acra. Por supuesto, estas ciudades son mejor descritas por quienes las habitan, las piensan y las sienten.

Desde la diáspora Chris Abani escribe sobre aquellas ciudades invisibles que pueblan nuestra memoria; Yibor Koyo Yibor con sus textos polifónicos refleja los juegos del lenguaje tan vivos en la capital ghanesa. Vanessa Ulia Dantas e Sá describe la historia de una calle de Maputo mientras que Valentine Cascarino nos conduce con frenesí por las calles de un barrio en Johannesburgo. Algún amigo me dijo que cualquier

escrito, cualquier pieza de arte gana su fuerza a causa del ritmo; en aquel suceder y alternarse de elementos. Cualquier músico y poeta entiende lo vital de la sucesión de tonos. Así, la artista Zineb Benjelloun traza sobre papel las yuxtaposiciones de las imágenes icónicas de una ciudad como Casablanca. Dorine Mokha escribe a canto del Río Congo y Lionel Manga entrelaza la historia de la independencia de Camerún junto con el chachachá y las motonetas de Duala. Desmitificar la distancia existente entre África y el mundo es uno de los objetivos del artista y fotógrafo Emeka Okereke, quien conversa sobre el proyecto *Invisible Borders*. Muchas veces las ciudades africanas se piensan como lejanas y ajenas a las americanas siendo que muchas de las historias de ambos continentes están interconectadas. Es impresionante ser testigo de la importancia que la música caribeña tuvo en la década de 1970 en Senegal, por nombrar un pequeño ejemplo. El ensayo fotográfico «Resurgimiento. Un manifiesto» de la artista Adéola Olangunju deja en claro las grietas de algunos discursos de modernidad. Allan Kolsky Horwitz piensa desde una estación de autobuses de la ciudad de Adís Abeba y Mamadou Diallo tiene un encuentro un tanto espectral con un joven en la avenida Cheikh Anta Diop de la ciudad de Dakar.

*Noticias desde Kinshasa* es un expediente que reúne intentos por ampliar horizontes imaginativos, apostando por una discusión sobre los problemas de la autorrepresentación y una contribución a un diálogo entre América Latina y África sin los mediadores ya demasiado conocidos.

Gracias a la revista *Chimurenga* y a Stacy Hardy por el apoyo.

*Frida Robles*

## *Lagos*

# Anotaciones de un peregrinaje

Comienza así.

En Londres, dentro de un restaurante turco, mirando el fango espeso en el fondo de mi taza de café, a nueve años desde que estuve en casa por última vez, me digo: extraño Lagos. Al día siguiente, mi amiga Safak Pavey me envía un poema que tradujo del poeta Orhan Veli Kanik. Se titula «Escucho a Estambul». Ésta es la primera estrofa:

Escucho a Estambul con los ojos cerrados  
primero una brisa sopla  
y las hojas se mecen  
lentamente en los árboles;  
lejos, muy lejos, las campanas de  
los cargadores de agua repican,  
escucho a Estambul con los ojos cerrados.

Años después, en otro restaurante en el centro de Los Ángeles, cenando en Little Tokyo, Gaby Jauregui me comenta cuánto de lo que escribo sobre Lagos en mi novela *GraceLand* la hace añorar su Ciudad de México. En ese momento caigo en la cuenta de qué tanto las ciudades no son solamente locaciones geográficas, sino espacios psíquicos de melancolía y deseo existencial. Siempre estamos escuchando a la ciudad en nuestro interior: Lagos — Londres — Estambul — Los Ángeles — Ciudad de México. Sólo hay una ciudad en el mundo y supongo que Italo Calvino está en lo correcto: es una ciudad invisible.

Y, sin embargo, estas ciudades invisibles del alma melancólica son lugares geográficos de gozo real, de angustia concreta y de creatividad que la gente que vive lejos de lo urbano jamás entenderá por completo. Esto es Lagos.

\*

Mi primer recuerdo de Lagos es uno en el que no puedo confiar. Tenía cuatro, quizá cinco años de edad, y mi familia, mi madre y mis cuatro hermanos recién habían regresado de Londres, a donde habíamos huido en 1968 mientras la guerra abatía en Nigeria por su segundo año.

El aeropuerto de Ikeja en 1970 tenía pocas comodidades que ofrecer, debido particularmente a que mi madre había sido una activista vocal pro-Biafra en Inglaterra, una de las muchas esposas de la guerra que levantó la voz contra el apoyo del gobierno británico al bando nigeriano. Fuimos retenidos para ser interrogados en un caluroso hangar con techo de zinc durante horas. Eso es todo lo que recuerdo.

Un guiso de oca y aceite de palma que casi me calcinó los labios es

mi segundo recuerdo de Lagos. Era 1980 y mi madre, mi hermana y yo íbamos de camino a Londres. Mi primera vez desde que habíamos partido tras la guerra de Biafra en 1970. Diez años. Íbamos rumbo a Lagos en carro porque el vuelo que supuestamente tomaríamos de Enugu a Lagos había sido cancelado; y luego había sido vendido al doble del precio a otros pasajeros. Así que mi hermano nos había acompañado por tierra y después de un viaje de ocho horas en un taxi asquerosamente caluroso, nos detuvimos en Shagamu, cincuenta millas fuera de Lagos, para almorzar en un café de carretera. Ya para entonces Lagos se había desparramado hasta Shagamu.

Mi tercer recuerdo de Lagos es sobre mi tío William. No sabía que tenía un tío William hasta que murió cuando yo tenía quince años de edad. Dos hombres aparecieron en nuestra puerta asegurando que venían de la congregación de mi tío William. Resultó que al haber fracasado y abandonado la escuela en Alemania y no haber regresado al pueblo para el funeral de mi abuela, William no sólo fue exiliado de la familia, sino también de la memoria de la familia. Y sin embargo aún lo acosaba desde su pequeña iglesia de santería en el peor gueto de la ciudad, Maroko.

Fue en busca de este tío, este recuerdo, esta pérdida que ni siquiera podía pronunciar, que volví a Lagos por primera vez como adulto: haciendo autoestop en tren y camión alternadamente; un viaje estúpido pero estimulante. Fue en Maroko donde encontré a Lagos dentro de mí.

\*

Cuando llegamos a Lagos, por la caseta de peaje cerca de la milla doce, la señal al lado del camino decía simplemente: «Esto es Lagos».

Ningún «bienvenidos a» o «disfruten su estancia». Recuerdo haber pensado en ese momento que incluso sonaba como una advertencia. Podrían estar mintiendo, por supuesto.

\*

En algún lado de otro arrabal de Lagos, un niño mira a través de una fisura en la pared de una choza construida sobre pilotes en un pantano. A la distancia, una hilera de rascacielos se alza como el corazón inconsistente de una plegaria.

\*

Hay más canales en esta ciudad que en Venecia. Sólo que aquí frecuentemente no son intencionales. Desagües que se han convertido en canales y lagunas cercadas por casas en pilotes o llenas de troncos para una industria maderera que la mayoría de nosotros ignora que existe. Todo eso surcado por canoas tan resbaladizas como libélulas.

\*

Los dos niños de la calle que mendigan en la autopista toman un descanso. Sentados en el meridiano medio, lucen como una vieja pareja arreglándose las con un almuerzo escaso mientras se desgastan hasta la muerte.

\*

La catedral de la iglesia de Cristo se eleva de la depresión de tierra entre la autopista, el mar y el mercado de Balogun, como el estudio de Monet sobre la catedral de Ruan. En la sombra, en la parada de autobús que abraza su fachada, se encuentra la mejor comida *mama-put* en Lagos. Su leyenda recorre todo el país. Los experimentados gastrónomos lagosenses pueden ser escuchados canturreando sus órdenes, discutiendo con la señora: «asegúrese de poner mucho *kpomo*» o «no olvide *eze shaki*». No, no, no. *Eze* otro. No puede haber música más dulce, ni mejor coro. A la distancia, los conductores de autobús llaman como vikingos desde las proas de sus naves, poniendo a prueba la niebla de los vapores de los tubos de escape: «¡Obalande directo! ¡No entra a Yaba!».

\*

A la sombra de los edificios, detrás del dinero internacional de la calle Broad, la Lagos real se extiende como una alfombra de azoteas oxidándose.

\*

En la bahía de Ikoyi, los botes salpican el mar, como gaviotas perezosas atrapando la brisa. Al otro lado de la bahía, la aldea de millonarios que Maroko alguna vez fue yace en medio de una escasa niebla. Creo que es el fantasma de aquel lugar perdido persiguiendo a los ricos; tanto es así que ni sus muros de cuatro metros de altura, ni el alambre de púas o

el vidrio roto que las corona, ni los reflectores, o los guardias armados, puedan darles paz ante los gemidos de la mujer llorando por un niño aplastado por las ruedas de los bulldozers. O tal vez sólo es el viento que sopla a través de las hojas de las palmeras.

\*

Como en cualquier ciudad mundial, hay tan pocos habitantes originales que éstos llevan sus insignias Eko como un honor.

\*

Si Lagos es un cuerpo, y los oleoductos son sus venas, entonces sus habitantes son vampiros. Este vampirismo es algo nuevo. Comenzó lentamente. Alguien en algún lugar hizo un agujero en los oleoductos para robar un poco de petróleo: un barril aquí y allá. Luego empezó a crecer y la gente, como mosquitos hambrientos, comenzó a hacer más y más agujeros, tomando riesgos más y más grandes.

La ciudad sangró crudo espeso y puro en contenedores que fueron vendidos y revendidos, y entonces la ciudad se rebeló y las venas, pinchadas de más, demasiado rápido, y con peligros excesivos, comenzaron a explotar. Como una víctima reclamándole su cuerpo a un virus mortal, la ciudad comenzó a matar a sus parásitos, sus súcubos.

Éste no es un cuento de hadas. Miles de lagosenses mueren anualmente.

La ciudad debe seguir adelante.





*Fotografia: Allyn Gaestel*

\*

Badagry se extiende indolente en el mar, un estrecho de tierra tan bello que cuando el rey local lo intercambió en un mal trato con los ingleses, su arrepentimiento la nombró: *bad agree*.<sup>1</sup> Esto es cierto. Lagos es una tierra de mito. Nunca existió antes de que le pusieran nombre.

\*

No hay nada como la playa Bar en una tarde de domingo. La arena es blanca, el edificio de vidrio del banco con forma de diamante al otro lado de la calle refleja el agua y te hace pensar que es una ola congelada en el tiempo. Los niños montan caballos infestados de pulgas, chillando con esa satisfacción infantil que es una mezcla de miedo y asombro. El *suya* de cordero<sup>2</sup> asándose lentamente envuelve todo con deseo. Una vieja Coca-Cola aquí sabe como todo lo que los anuncios de televisión prometen; no miento.

En una esquina, como si hubieran salido de una obra de Soyinka,<sup>3</sup> una bandada de miembros de la Iglesia Cristiana de los Querubines y Serafines se sumergen en el agua, invocando a la virgen María y Yemayá en un suspiro.

Autos resplandecientes —BMW, Lexus— rodean la ribera, desparrramando a gente joven deleitada de dinero y poder, privilegio y sol.

---

<sup>1</sup> «Mal acuerdo» en inglés. [N. del T.].

<sup>2</sup> El *suya* es una comida tradicional de África occidental; es una especie de brocheta de carne condimentada con cacahuete molido y otras especias. [N. del T.].

<sup>3</sup> Wole Soyinka, dramaturgo y poeta nigeriano. Premiado en 1986 con el premio Nobel de literatura. Fue el primer escritor africano en obtener este galardón. [N. del T.].

Todo esto no deja ver las ejecuciones que solían ocurrir aquí en la década de 1970. Las familias se reunían para aclamar los disparos de los pelotones de fusilamiento deshaciéndose de los ladrones convictos.

\*

La compleja red de puentes que conforman las autopistas construidas por Berger ilustra Lagos como la puta cosmopolita que es. Conduciendo en la noche por ellas, uno termina en el puente Third Mainland y el brillo de las luces en el agua es más sobrecogedor que cualquier cosa que puedan imaginar.

\*

Lagos nunca duerme. Jamás. Permanece despierta mucho después de que Nueva York se haya desvanecido en un bostezo dilatado, seguida de cerca tan sólo por la vigilia de El Cairo. Con una población de más de 15 000 000 de personas, es una de las ciudades más grandes en el mundo. En Internet, la oficina de turismo promete:

Hay algo para todos en Lagos. Si su interés es el deporte, lo tenemos. Fútbol, tenis, natación, golf, navegación: todo al alcance de su mano. Si disfruta el trabajo voluntario, aquí lo encontrará: el Grupo de Alfabetismo Internacional, la Casa de Bebés sin Madre, la Escuela Pacelli para Ciegos. Sólo por nombrar algunas oportunidades. Quizá es un coleccionista. Tendrá muchas ocasiones de explorar artefactos de África del Oeste. Máscaras, cuentas de intercambio, artesanías, madera tallada, tambores, telas, bastones. Puede encontrarlo todo en

Lagos. Sea dueño de su propia cabaña costera en una de las playas locales. Tenemos varios clubes. Tanto sociales como de negocios. Con representación de diversas nacionalidades. ¿Alguna vez quiso ir a un safari? Lagos es la puerta de entrada a África del Este. Ofrecemos cultura en el centro MUSON (Sociedad Musical de Nigeria), el Instituto Goethe y muchos otros lugares.

\*

Por la manera en que un hombre se sienta a fumar sobre el capote de su Mercedes-Benz abrasado por el calor es claro que quiere que sepan que todo esto es temporal. Será rico nuevamente. A sus pies, una rata husmea en busca de refugio. En la calle frente a él, las ratas muertas arrojadas de las casas contaminan la calle como sarpullido fresco de hojas secas del otoño.

\*

Enfrente del Teatro Nacional, formado como una vieja corona yoruba, la estatua de la Reina Amina de Zaria, a caballo, la espada desenvainada, el rostro retraído en una mueca, recuerda que aquí las mujeres no se inclinan ante los hombres, no me importa lo que la propaganda diga.

\*

En la Isla Victoria, hay casas que ni siquiera la gente más rica de los Estados Unidos puede imaginar. En Ikoyi, el dinero es más discreto:

la cuestión aquí no es la casa, sino la tierra y los céspedes de festuca, los árboles y el suave rumor del agua contra un bote amarrado al final del jardín.

Los pobres se desvían de su camino para pasar por ellos. Todos pueden soñar.

\*

Por debajo de la publicidad patrocinada por el gobierno que dice «Mantenga Lagos limpia», una ciudad de basura, como la obra de un artista loco, crece exponencialmente.

\*

Incluso cuando bajo el gobierno de Abacha no había estampillas en la oficina postal y casi ningún teléfono fijo, los teléfonos móviles y los BlackBerry nunca pararon de funcionar, y la banca por Internet nunca estuvo a más de un clic de distancia. Ésta es la cuestión aquí. Con o sin gobierno, la vida continúa y continúa bien. Tal vez a pesar del gobierno.

\*

Lagos no es lugar para ser pobre, mi hermano.

\*

Aunque los ricos no lo saben, o no lo ven desde sus helicópteros y sus autos conducidos por chofer, para la mayoría de los pobres, las canoas

y los canales son quizá el medio más popular para viajar. Eso y los buses *molue*<sup>4</sup> desvencijados.

\*

El anuncio sobre la entrada del mercado al aire libre reza: «Mega Ciudad de las Computadoras». No es broma. Aquí se encuentra todo desde una impresora de matriz de punto y los descomunales procesadores de palabras de la década de 1980 hasta la Sony Vaio más pequeña y novedosa. En Lagos no se trata de lo que está disponible, sólo de lo que puedes comprar.

\*

El Hotel Intercontinental luce como algo salido de *Los Supersónicos*. Sería más adecuado en Las Vegas. Aquí dentro, podrías estar en cualquier ciudad del mundo.

\*

En Idumota, el almuecín en la Mezquita Central tiene que competir con los incesantes bocinazos de los carros y los buses, el reclamo de la gente regateando, el estruendo del metal contra el metal y el zumbido de millones de personas intentando salir adelante en una ciudad demasiado pequeña para ellas.

---

<sup>4</sup> Un *molue* es un autobús grande con capacidad de hasta ochenta pasajeros sentados y de pie. Son el medio de transporte terrestre más barato y popular en Lagos. [N. del T.].

Y, sin embargo, flotando tremendamente en el calor, allí está, ese llamado a la oración. Y por todos lados, en el corazón de la turba, como si francotiradores invisibles estuvieran derribándolos, los creyentes caen al suelo y comienzan a rezar. Como si fuera la cosa más normal en el mundo, la gente, los buses y los autos se hilan a su alrededor.

\*

¿En serio? ¿Hay una gran fuente en la Plaza Tinubu?

\*

Lagos Marina se parece al perfil de los rascacielos de Nueva York. No crean en mis palabras. Revisen imágenes de Google.

\*

Muy lejos del lugar en el que el corazón de la ciudad está ahora, aún pueden encontrar el embarcadero y el mercado de esclavos. No se engañen. Muchos lagosenses se volvieron ricos vendiendo esclavos. Era un comercio legal, ¿recuerdan?

\*

Hoy, en Los Ángeles, en la Radio Pública Nacional, escuché un programa que hablaba a fondo sobre los restaurantes gourmet de clase internacional de Lagos.

Más tarde, mientras el crepúsculo cae sobre la ciudad, oyendo a Fela Kuti en mi iPod y bebiendo un *latte* relajante, escucho a Lagos con los ojos cerrados.

\*

Escucho a Lagos con los ojos cerrados.

*Traducción del inglés:*

*Max Manzano*

© Chris Abani, «Lagos: A Pilgrimage in Notations», en *African Cities Reader: Pan-African Practices*, Ntone Edjabe y Edgar Pieterse (eds.), publicado por Chimurenga y African Centre for Cities, 2010.



## Desde la curva del río

No existe ningún personaje en este altiplano, sólo personas que interpretan sus papeles específicos en la vida real: aquí los retos no son simplemente importantes, sino vitales. Los conductores de canoas y sus asistentes se sacuden y no dejan de hablar, los vendedores ambulantes atraen la atención de los transeúntes y de los pasajeros que se disponen a abordar o a desembarcar, los *tolekistes* —conductores de bicitaxis— y los motociclistas, que es posible contar por decenas a lo largo del camino que bordea el río, se encuentran en estado de alerta, con sus manos no lejos de los manubrios de las motos y las bicicletas. Aquí hay venta de todo: cigarros, gasolina, chivos, ropa, agua en bolsas... Observo a un lado varias cabinas públicas hechas con madera reciclada, unas junto a otras o puestas bajo una sombrilla, pero también varios de esos famosos «Malewa», restaurantes ocasionales de estilo congolés. La escenografía está lista, el decorado es fruto del abandono. La luz es natural y la escenificación está construida de forma orgánica alrededor de un enorme desorden que constituye a su vez su orden establecido. El ajeteo está presente: una

radio amplificada por aquí, una disputa por allá, los traqueteos de unos a un lado de las risas de otros, incluso las canoas motorizadas y de zaguales que se preparan para ir y volver se golpean a merced de las olas. La única motivación para todos: el estómago y los bolsillos vacíos, que estimulan la suficiente adrenalina como para buscar unos doscientos o quinientos francos congolese más. Y para hacerlo cada quien tiene su estrategia: la amenaza para los «hombres uniformados», el encanto para los «pasatiempos» de Malewa, la negociación para los vendedores ambulantes, el estacionamiento para los bicitaxis y las motos, la música pegajosa para los «jovenzuelos», la predicación bíblica para los «hombres de Dios», pero también la astucia y el robo, la sonrisa y los guiños. La audición es perfecta. Mi mirada es sacudida por los más jóvenes de los *tolekistes*: sin rodeos ni máscaras, sus caras relatan su duro combate por la supervivencia, y las pantorrillas endurecidas indican el kilometraje que llevan en el medidor.

Pero hoy vemos que sucede algo extraordinario: la presencia del alcalde de la ciudad. Llegada protocolaria, grandes carros, guardaespaldas, prensa. Está aquí para inspeccionar aquellas importantes obras de la carretera que él es el único en ver, porque nada parece haber empezado en esta calle que se encuentra completamente en ruinas. Con saco y corbata, con gafas UV Ray Ban, la estrella en ascenso de la política local da un paso decidido e insatisfecho, levanta una pala y pone en acción sus músculos de burócrata mientras que la cámara de la cadena nacional hace zoom en cada una de sus acciones y gestos. «¡Corten! Tenemos que volver a hacer la última toma. Sonría un poco, señor alcalde: ¡toda la población lo verá en el noticiario de la tarde!». Sí, lo verá si es que llega a tener electricidad. Mientras se disponen a volver a hacer la misma toma, escucho a una mujer que pregunta a su hijo: «Djo nani tena

ule?». ¿Quién es ese hombre? Así es, a falta de electricidad y de vínculo directo entre la administración y los administrados, el alcalde es para muchos sólo un nombre, una voz sin rostro.

Se trata de otra razón para que —como el resto de la gente alrededor de mí— me ocupe menos de él. Por otra parte, en lugar de prestar atención al lujo que tienen los políticos para realizar una y otra vez algunas tomas falsas de un largometraje hacia el poder, la gente debería concentrarse en sus vidas. Pero esto no cancela el sentimiento «¡Al diablo!» que circula por toda la atmósfera. Me encuentro allí desde hace ya una hora, como un observador observado, ovni, solitario con la mirada evasiva y la mente vagabunda. A mi derecha, la fachada del hotel Palm Beach, y a mi izquierda, la catedral de Kisangani con su escalera de diecisiete escalones que vigila a una estatua de Jesús con los brazos completamente abiertos, vestido sólo de blanco, casi diciendo: «Karibu apa Kisangani!». ¡Bienvenido a Kisangani!

Sean todos bienvenidos a mi Kisangani, ¡la única ciudad donde se encuentra un cartel a la entrada que tiene escrito «Bienvenido a Kisangani» tanto al derecho como al revés! Por lo cual deben entender que son bienvenidos aquí tanto al llegar como al marcharse... Miro el río y también hace lo mismo, y eso me recuerda por qué había venido aquí: tengo en mi mano derecha una carta que enviaré a un gran autor de este siglo, «viajero, observador del Tercer Mundo, calumniador de sociedades inacabadas que nacieron de la colonización». Y en la izquierda, tengo el peso de más de 320 páginas de su libro en su versión francesa: *À la courbe du fleuve*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Nombre en francés de la novela de Vidiadhar Surajprasad Naipaul publicada en 1979 como *A Bend in the River*. En castellano se la conoce como *Un recodo en el río*. [N. del T.].

No obstante, esta carta me parece todavía más pesada o severa. Tal vez una última lectura ante la curva del río Congo en Kisangani podría aligerarla... *Toleka*.<sup>2</sup> Me pongo en marcha.

\*

Querido Naipaul,

No nos conocemos, pero como compensación he optado por leerte. Te escribo lo que pienso, sé que podrás comprender mi espíritu de exiliado y de vagabundo.

Después de todo, todos somos autores, de calibres diferentes, de generaciones diferentes, de razas diferentes, de nacionalidades, de edades diferentes, casi en todos los puntos diferentes. Si te preguntas si esto es un juego, te respondería que sí. Escribir es ya un juego, pero uno de los más peligrosos. Es peligroso pintar una sociedad haciendo malabares entre la verdad y la ficción, y sólo nosotros sabemos estimar la distancia que tomamos entre las dos. Precisamente por razones de posición geográfica, algunas lecturas nos leen de cabeza, otros toman todo a la letra, o bien no captan el mensaje detrás de las trampas de los juegos de palabras. Tengo algunas preguntas: ¿piensas que tu novela consiste en tu «propia» observación sobre una ciudad en el corazón de África a través de Salim, el personaje principal de esta novela, o uno debe como muchos de esos expertos considerarla como una pintura de un continente completo, África? A veces tengo la impresión de que, para algunos, África sería

---

<sup>2</sup> Bicitaxis en el Congo antes referidos, mezcla entre triciclo y carretilla. *Toleka* significa en lingala «pasemos». [N. del T.].

un país enorme de negros, donde los africanos serían sus habitantes, y los cuales hablarían un solo idioma: el africano. Eso es feo. Es claro que África tiene sus problemas, pero las realidades son diferentes; pienso que todas tienen que ser contextualizadas, incluso en Lubumbashi, Kinshasa o Kisangani, tres ciudades de un solo país, tres facetas entre muchas de la realidad congoleesa. Pero ¿estoy autorizado a decir todo esto a una pluma que está rodeada de éxito, de honores, del premio Nobel de literatura? Yo, un simple descendiente pequeño de nativos libres, que fueron convertidos en esclavos, después colonizados, ex-colonizados, independientes, casi libres, congoleeses por un corto instante, ciudadanos zaireños durante treinta y dos años bajo el reino de aquel hombre que tú llamas el «Big man».

Por mi cuenta, me volví congolés después del golpe de Estado de un líder rebelde que se volvió presidente, después héroe tras su asesinato, relevado por su hijo que surgió de las sombras, que se volvió presidente por nostalgia del deceso de su padre. Se volvió presidente después de las primeras elecciones que algunos llamaron libres, transparentes y democráticas desde la Independencia, después obtuvo un segundo y último mandato que, por otra parte, se acabó en noviembre, a menos de que se las vaya arreglar para obtener un tercero... Como tú sabes, las decisiones dictadas por el poder central en Kinshasa influyen mucho sobre las vidas de cada habitante de la ciudad de Zabeth, es decir, también sobre mi futuro, como también fue el caso para Salim. Sabes, al igual que él, yo también busco volverme alguien para no ser nada. Y para eso existen dos caminos: entrar en el sistema o nadar a contracorriente. Y conoces la elección que tomaste para Salim.

Hablemos un poco de esta ciudad anónima donde tu *À la courbe du fleuve* confeccionó su escenario, Kisangani. Sí, esta ciudad cuenta definitivamente con un nombre. En realidad, tiene varios: Kisangani,

Boyoma, Singa Mwambe, ciudad Martirio, ciudad de la Esperanza, ciudad de las Bicicletas y la lista no es exhaustiva. Sin duda tú habrías podido nombrarla como a ti te hubiera gustado, ¿no? Para mí, es mi madre adoptiva. Hace ya siete años que llegué a ella, triste, perdido, lleno de dudas y de desconfianza, confuso y con la cabeza repleta de clichés que tomé de Wikipedia, Google, blogs y viejas publicaciones de periódicos nacionales e internacionales que nunca debí haber leído. Adiós Lubumbashi. Adiós a tu rutina tierna y aburrida... Bienvenido a Kisangani, ¡aquí la cosa se mueve! La cosa se mueve, el tiempo pasa, los políticos se joden, la población se jode y yo, yo bailo con el ritmo de las manecillas de mi reloj.

Naipaul. Estoy enamorado de una ciudad en ruinas. Gracias a ella coqueteo con el infierno y no me quejo de ello, pues mi pequeña lucha por la supervivencia se alimenta de él. Sabes, Salim es un personaje muy interesante porque no es ni africano ni europeo. Sin embargo, me habría gustado asignarle mis ojos. Los ojos de un congolés que, desde su llegada a Kisangani, tiene la impresión de haber entrado en otro país y que obtuvo finalmente la nacionalidad congoleesa experimentando los problemas verdaderos de la mayoría de los congolese, experimentando el infierno, resintiendo la crisis económica que atraviesa a este gran país de 2 345 409 km<sup>2</sup> dentro de un bolsillo pequeño de apenas quince centímetros de profundidad. Y desde ese 18 de noviembre de 2008, continúo resintiéndola. Sin embargo, en esa época, con 19 años, tenía cerca de mil dólares estadounidenses en el bolsillo, creo que eran para mi funeral. En realidad, dinero triste que recibí de mis cercanos. Todo estaba claro en sus miradas: «Adiós Dorine, toma este dinero porque no sabemos si volveremos a verte... En Kisangani continúa la guerra y hay muchas epidemias». ¿La guerra y las epidemias? Sí, las hay. Están justo enfrente de mí, en ambas costas de la curva del río. Sentado en el

último escalón de la escalera de la catedral de Kisangani, las veo paralizar a la población: esta guerra y estas epidemias mentales inoculan sus respectivos «virus de la espera». Eterna espera de un futuro reluciente, desde hace mucho tiempo prometido por largos discursos políticos, por chifladas predicaciones bíblicas e incluso por nuestros sueños más locos.

Eterna espera de todo. Habrá que esperar mucho tiempo. Esperar por el desarrollo tan esperado de una educación que sea digna de un país del siglo XXI, por la esperanza aún encallada en el lodo y por la libertad de nuestros sueños torturados por la política y los medios de comunicación, por la realización de las cinco obras de Kabila (Educación, Salud, Agua, Electricidad e Infraestructura) que han pasado desde entonces por cinco senderos, cinco atajos que terminaron siendo callejones... Esperar por la revolución a través del arte y la rebelión del pueblo, por un salario decente y unas tasas bancarias que beneficien a todos, por postes iluminados cada noche y por un agua potable para todos... Sí, habrá que esperar. Entonces continúo esperando mientras miro el río. Y mientras el pequeño pueblo continúa esperando, muchos Salim han dejado su India querida o su tierra natal para buscar fortuna en aquello que tú llamas una ciudad que casi había dejado de existir. Y sí, en las ruinas, la fortuna ya aprendió a crecer como los champiñones. Los estadounidenses y los europeos lo comprendieron bien, en lo cual coinciden hoy con los chinos que se encuentran ahora a la cabeza de este *rally* de «¿Quién hará crecer más árboles de dólares sobre los escombros de las ciudades por sus colonizadores?». Estos últimos me impresionan porque ningún sector se les escapa, ni siquiera la venta al por menor, a pesar de todo usualmente reservada a los nacionales.

Entonces Naipaul, ¿piensas que Kisangani habría tenido que permanecer bajo el yugo de la colonización para estar mejor o incluso ser mejor?

¿Sabes que Kisangani se ha comenzado a llamar ciudad Martirio? Y ¿que son los políticos quienes la rebautizaron ciudad de la Esperanza para volverla otra vez atractiva? Y podría decirse que funcionó. Pero volvamos a tu novela. Sabes, leí al Naipaul «pintor de sociedades inacabadas que nacieron de la colonización», pero tú estarías interesado en leer al Naipaul «pintor de las viejas sociedades africanas que existen bastante antes del supuesto descubrimiento de África, aniquiladas, desmanteladas, asesinadas, irremediablemente estremecidas por la colonización, su pretensión y sus excesos». ¿Una utopía? Blasfemia, me dirán algunos. Pues tu novela se ha vuelto uno de los grandes libros jamás consagrados al continente africano. Así pues, aplausos mi estimado, si consideramos que ningún libro del género, escrito por un africano, podría competir con el tuyo. ¡Aparentemente! También parece que se debe a tu despiadada exactitud, tu mirada afilada de *outsider*, tu sentido de observación y del detalle, tu pluma vedette, tu gusto por la aventura.

Para acabar, me gustaría hacerte saber que desde que llegué a esta ciudad, no dejo de buscar mi lugar, un poco como todo el mundo aquí. Busco mi camino a través de un montón de ruinas, heredadas de los conflictos que dejaron marcas casi indelebles en las paredes de la ciudad y las arrugas en los rostros de los *boyomais*,<sup>3</sup> incluso extrañamente en aquellos que nacieron después de la última guerra... No es posible revivir todo esto más que en los ojos de los demás. Es difícil. Pero me quedo porque pienso que la alegría y la felicidad son posibles aquí tanto como en Kinshasa, Nueva Delhi o Londres. Incluso frente a este abandono, la felicidad de vivir se crea. Mi único combate cotidiano es arrancar mi derecho a soñar y a vivir mis sueños, y esto significa nadar a

---

<sup>3</sup> Relativo a Kisangani, en este caso, a sus habitantes. [N. del T.].



contracorriente. Lo más importante es lo que siento por esta ciudad y la lucha que me ofrece: una lucha noble. Me detendré ya, pero te escribiré de nuevo cuando tenga la certeza de haber sido leído.

Que te vaya bien.

*Kisangani, 19 de diciembre de 2015*

\*

Me hizo falta un minuto de silencio para darme cuenta de que el tiempo había avanzado bastante deprisa. «Hace ya horas que estoy aquí». Los mosquitos me advierten que están listos para sentarse a la mesa mientras varios bichos coristas se unen a los sapos para un recital. La vida nocturna de Kisangani inicia. Lentamente el cielo se pone su bello abrigo estrellado mientras Kisangani se escinde en dos, como cada tarde: la iluminación parcial para Kisangani a la costa derecha y sus cinco municipios, y la oscuridad total para Kisangani a la costa izquierda y su único municipio, Lubunga. Y pensar que el río y su potencia podrían iluminar toda África. Pero, ¿dónde está el Sr. Alcalde para oír esto? Se ha ido, como todos los actores que animaban este lugar hasta hace poco, en esta costa donde la hora corresponde a las cuentas y los inventarios. Los últimos bicitaxis y motos llevan a los últimos clientes, los transeúntes comienzan a ser pocos y las últimas canoas se marchan para no volver. Por suerte, de este lado, algunos focos y proyectores se prenden ya en los edificios. No es el caso en la costa opuesta: Lubunga ya está sumergido en un negro veneno que paraliza la vida de esta esquina de la ciudad desamparada desde hace decenios. Todo está en la oscuridad, ya nada queda de él, ni siquiera ya

la sombra de la esperanza. ¡Algunas horas han bastado en Lubunga para pasar del desamparado al abandonado, del abandonado al olvidado, del olvidado al inexistente! «Nosotros ya somos negros, esto es lo que nos sumerge más en la oscuridad», me susurra el viento. No me atrevo a imaginar lo que mis amigos del otro lado veían mirando la costa donde yo me encuentro. Isaac, Dorcas, Agha, Alain... ¿Qué ven ustedes? ¿El paraíso? ¿Una especie de París de tipo *boyomaise*? ¿La felicidad? ¿Las cinco obras en marcha del presidente Joseph Kabila? ¿Los beneficios de la colonización? O ¿la negligencia colonial que ignoró olímpicamente los factores geográficos y culturales a la hora de cortar su gran pastel? ¿La injusticia? ¿El olvido de los políticos? O simplemente se dicen a sí mismos que ustedes también la merecen. Que ustedes merecen también un poco de luz y de agua potable.

Me habría gustado tener sus ojos para escribir otra carta, una carta a los responsables de este abandono infligido a esta parte de la vida. Ésa sería otra historia... En el acto, me avergüenza estar debajo del proyector de la catedral mientras algunos niños, del otro lado, temen que la oscuridad les robe sus sueños, y aun así es todo lo que les queda. Ahora debo volver a mi casa en la avenida 10 bis del municipio Tshopo, no lejos de la presa Tshopo. Me queda así sólo la pena de pasar el rato durante veinte minutos de caminata, antes de llegar, preguntándome también si encontraré electricidad.

*Traducción del francés:*

*Alan Cruz*

© Dorine Mokha, «De la courbe du fleuve», en *Foreign Affairs. Investigating spatial phenomena in rural and urban Sub-Saharan Africa*, Baerbel Mueller (ed.), publicado por Birkhäuser Basel, 2017.

## *Crónica de Johannesburgo*

# Dinero sangriento

### I

En Nigeria tienen un dicho: «Aquel que se aventura a la tierra de los muertos, debe estar listo para bailar con los espíritus de la noche». Es una frase que parece hecha al molde de Hillbrow y su denso submundo de la droga.

Cualquier corazón temerario que haya osado andar por este barrio de Johannesburgo después de las 10 de la noche, sobre todo en fines de semana, estará de acuerdo en que este baile podrá tener coreografías intrincadas y, a menudo, fatales.

Mientras camino por la avenida Louis Botha hacia la calle Empire, me pregunto qué hace toda la gente que pasa el rato al lado del ya clausurado hotel Mimosa y la gasolinera aledaña.

Es imposible no notarlos, revestidos con ostentosas cadenas y brazaletes tan brillantes que podrían hacer que un ciego recupere la vista. Visten mezclilla azul de importación, camisas de seda ajustadas que resaltan unos músculos que asustarían a cualquier raterillo, así como

pesadas botas Caterpillar o tenis Puma, Adidas o Nike, siempre blancos y relucientes.

Para rematar, suelen estar apoyados contra algo, las piernas y los brazos cruzados, los ojos escaneando el entorno mientras hablan casi a gritos.

A lo largo de la calle Jagger, a tan sólo un disparo de rifle de distancia del hotel Mimosa, hay más edificios donde estos espíritus de la noche aparecen al acecho. Por la calle Banker, cerca de Louis Botha, está el hotel Safari. Los espíritus de la noche reinan con superioridad afuera de sus peculiares puertas. Continúo bajando por Twist, cruzando Van der Merwe, pasando una sucesión sin fin de hoteles residenciales clausurados y altísimos edificios de departamentos. Todos sabemos quiénes son los muchachos que merodean aquí.

Bajando por la calle Pretoria, después hacia el este en Abel, pasando Tudhope hasta el cruce con Lily, a la vuelta de la esquina hacia Soper. El patrón continúa: hoteles y edificios de departamentos «cerrados», pero ocupados, como muchos otros edificios del área, en su mayor parte por nigerianos.

La verdad es que los vendedores de droga tienen bien mapeado Hillbrow. Es suyo y no se irán pronto. Muchos de los edificios son propiedad de barones de la droga nigerianos y se los prestan solamente a los *dealers*, los padrotes y las prostitutas. Cerrar los edificios no solucionará nada. Pregúntenle a la asamblea de la ciudad y estarán de acuerdo. Los vendedores de droga mutan.

Conocí a un nigeriano después de misa en la Catedral Católica de Cristo Rey, en Doornfontein, y le pregunté si podía conectarme con alguien que moviera drogas para pasar la noche y ver cómo se hace el negocio.

El nigeriano se hace llamar James, aunque su verdadero nombre es Iyke. Es dueño de una tienda de reparación de televisores de la que vive de manera honesta, o eso dice. Después de llegar a Sudáfrica en 1995, vendió drogas en el famoso hotel Statesman en la calle Joel, cometió un asesinato, y entonces decidió enderezarse.

Muchos de sus compatriotas también anhelaban vidas rectas, pero —¡oh sorpresa!— no tenían lo necesario para bailar con los espíritus. Sus restos están ahora en algún cementerio, nunca volverán a ver su casa. Otros están atrapados dentro de la cárcel de Diepkloof.

El contacto de James es Emmanuel, quien vende arroz y guisados a un costado del hotel Mimosa. Todos tienen miedo de caer en una trampa, así que programamos una cita en casa de Emmanuel. James me dice que será el miércoles a las 7 de la noche.

Es miércoles por la noche. Emmanuel, cuyo verdadero nombre es Chibike, vive en un piso en el hotel Park Lane. Usó la identificación de su novia sudafricana para conseguir el lugar después de que la administración del hotel purgó a los nigerianos unos años atrás, culpándolos de la falta de higiene del hotel. La administración también argumentó que la policía había destruido la puerta en varias ocasiones buscando vendedores de droga. Todo a expensas del hotel.

Dentro de su departamento de soltero en el séptimo piso, Chibike apaga las luces y enciende una vela. Abre la gaveta de una mesa pequeña y saca una delgada pistola de 9mm. Mi corazón empieza a bailar en mi lengua. Estoy solo. Ikye se fue poco después de presentarme a Chibike.

«¿Quieres volverte un chingón, carnal?», pregunta. Sus rabiosos ojos rojos perforan los míos en un intento por descifrar mis motivos.

«Sólo por una noche», tartamudeo, recorriendo el cuarto con la

mirada en busca de la salida más cercana. Me da la pistola con un movimiento repentino.

«¿Has disparado una antes? Es decir, a alguien». Antes de que pueda responder me hace un gesto para que le devuelva el arma. Entonces empieza la demostración. En la calle nunca sostengas la pistola con dos manos: sólo los putos y las mujeres hacen eso. Nunca sostengas la pistola con una mano mientras la otra la sostiene debajo: muestra que tienes entrenamiento militar.

Dado que la calle es tan vasta e impredecible, y puedes encontrarte rodeado, deberías sostener el arma con una mano, rociando balas a la persona que te puso la trampa, mientras usas la otra para alejar a otros atacantes, y todo el tiempo usando tu cabeza para ver cómo escapar del desmadre.

Chibike se me acerca y palpa mis brazos. Cerca de 2 kilos de músculo en reposo en cada uno. Mis pectorales casi 6 kilos. Mi estatura: 1.83 metros. «Mano, Ikye me dijo que solías jugar fútbol. La calle es como el fútbol. Tienes que ser más fuerte que otros güeyes si se te acerca un adicto», dice a la vez que agrega que con un buen físico puedes ganar control de un área.

Después de examinarme para estar seguro de que no le estoy tendiendo una trampa, Chibike acepta llevarme a la calle el viernes al final de mes. Hablamos en pidgin, inglés y un poco de ibo. Mientras me precipito fuera del cuarto, me advierte una vez más qué le pasa a las personas que le tienden una trampa.

Paso varias horas en el gimnasio el jueves. El viernes por la mañana leo *Eze va a la escuela*, de Chinua Achebe, para prepararme mentalmente y pulir mi conocimiento de la sociedad nigeriana.

Es un frío viernes por la noche. La puerta se abre. Chibike está ocupado cortando pedazos de piedra en puntos más pequeños (*atuke* en

ibo callejero y *orgu* en ibo de verdad). Cada punto cuesta cincuenta rands. La empaquetada comienza.

Chibike se acuesta en la cama boca abajo. Su novia alinea pequeñas piedras blancas amarradas en bolsas de plástico azules sobre su espina dorsal. Después las embarra de yeso y aplica yodo.

Es un truco para engañar a la policía. No suelen buscar en la espalda de la gente, así que es ahí donde los vendedores esconden la mercancía. Si llegaran a buscar en la espalda, el policía olería yodo. El vendedor le dice que acaba de salir del hospital de una operación de espalda. Para agarrar una piedra sólo necesitas pretender que te rascas la espalda mientras despegas un lote.

Lo siguiente son los zapatos de Chibike. Las suelas se desprenden y las piedras se ocultan en la cavidad. Esconde la 9mm dentro de sus calcetines y me entrega un revólver.

«Me dicen que eres católico y cantas liturgias en latín durante la misa de las 11 de la mañana. Me encanta escuchar latín en misa. Di unas plegarias en latín... Pueden ser las últimas que tengamos», me dice mientras se faja una camisa negra y azul de buena calidad y se empieza a poner una chamarra de cuero negra.

Jadeo y después tartamudeo: «Deus in adiutorium meum intende. Domine ad adjuvandum me festina. Amen». (Oh Dios, ven en mi ayuda. Oh Señor apresúrate a ayudarme. Amén). Todos gritamos amén y hacemos el signo de la cruz.

«Vamos a hacer dinero, mi carnal».

Le hacemos la parada a un taxi frente al Hillbrow Inn. Chibike dice que los vendedores en el Inn abastecen a las prostitutas y a los padrotes, así como a los clientes del Club Summit. Señala a dos tipos recargados en la pared fuera del Inn. «Son sudafricanos. Venden mota».

Mientras el taxi espera a que el tráfico se libere en Claim, Chibike me señala a un grupo de niños debajo de un árbol, a un costado del albergue para niños de la calle de Twilight en la esquina con Van der Merwe. Me dice que venden mandrax.

Un hecho de la escena en Hillbrow es que cada vendedor se dedica sólo a un tipo de droga. La cocaína es de los nigerianos. El mandrax y la marihuana son vendidos por los sudafricanos. No intentes preguntarle al vendedor equivocado el tipo incorrecto de droga, en particular de noche.

Los vendedores de cocaína te dirán que hay dos tipos de adictos: los limpios y los sucios. El tipo corporativo es un adicto limpio. Los vendedores dicen que suelen ser blancos o indios. Las prostitutas, los padrotes, las *strippers* y los miembros de la nueva comunidad gay negra y de color son conocidos como adictos sucios.

¿Cómo se les asignan nombres? Es sencillo: los adictos limpios no pierden el tiempo regateando con los *dealers* para que les vendan media piedra de cincuenta rands. No intentan intercambiar tenis, televisiones en blanco y negro o sexo a cambio de drogas. Ni siquiera entran en Hillbrow sin antes hacer un par de llamadas. En resumen, como los vendedores nigerianos dirían: «Los adictos limpios no pagan con monedas».

En Hillbrow hay muy pocos adictos nuevos. Si encontraras a alguno, estaría acompañado por un conocedor que ubica el terreno y ya tiene un surtidor.

Hay un riesgo alto en comprar o vender drogas, incluso para vendedores de temporada y sus clientes. Nadie se apresura a un coche que pasa por la calle. Tienes que esperar a que el coche baje la velocidad y a que el conductor baje su ventana y haga una señal de «cinco» o de



«diez» con sus dedos para indicar qué tanta cocaína quiere comprar. «Cinco» es una piedra de cincuenta rands y «diez» son dos. No saber este código ha costado vidas.

Los adictos limpios son los que mejor pagan a los vendedores, pero también su peor pesadilla. Es fácil que un adicto limpio haga que un vendedor caiga en una trampa para llevar a cabo un gran arresto. Sin embargo, es fascinante observar cómo los vendedores se acercan a un adicto limpio.

Para prevenirse de lo que podría ser una trampa, un vendedor coloca una piedra de cincuenta rands en su boca, su dedo índice en el gatillo de la 9 mm dentro de su chamarra y su mano derecha en el techo del auto mientras habla con el comprador. Cuando el adicto le da cincuenta rands, el vendedor escupe la droga al coche.

Los riesgos siempre están ahí. Un vendedor puede engañar a un adicto vendiéndole jabón envuelto en plástico. O un adicto puede dar dinero falso al vendedor y pisar el acelerador con las drogas. Rara vez se estafan el uno al otro al mismo tiempo. Si esto sucede, el vendedor dice: «Cuando un ladrón le roba a otro ladrón, el diablo sonrío».

La policía suele agarrar a los vendedores de la garganta para evitar que se traguen la droga, pero entonces el *dealer* podría sacar un arma. Los vendedores solían meter la cabeza y las manos al auto para recolectar el dinero y hablar con el cliente, pero esto demostró ser fatal en más de una ocasión.

Afuera de la gasolinera de Louise Botha, Chibike me presenta a un grupo de hampones. Algunos usan pasamontañas para guarecerse del frío. Todos me dicen «nigga».

Mientras Chibike se apresura hacia un cliente en un Mercedes-Benz negro, un hampón llamado Chinedu se me acerca. «Si eres nuevo en

el *bisne* pienso que tienes que empezar hablando con los adictos sucios. Algunos de los adictos sucios te traerán a uno limpio algún día si los tratas bien, el dinero empezará a llover en menos de un mes».

Chinedu dice que es de Abba, al este de Nigeria. Me dice que la idea de pasar el resto de su vida detrás de las rejas es lo que más asusta a vendedores como él.

«*Nigga*, escúchame, haz lo que te sea posible para no acabar en la cárcel en este país. Nuestra gente está lista para pagar miles de *Bushes* [dólares] para evitarla. Si te entamban, págale a la policía. Al final, puedes hacer diez mil *Bushes* en menos de un mes».

También me entero por Chinedu de que los vendedores de droga son en extremo supersticiosos. Por ejemplo, creen que si matas a alguien no debes permitir que la sangre de la víctima toque ninguna parte de tu cuerpo, porque el asesino heredará los pecados de la víctima.

Chibike regresa pronto, me lleva detrás de una farola y me da trescientos rands a esconder dentro de una gorra negra con ajustes que me había dado. Me dice que la policía de Hillbrow se ha vuelto astuta. «Saben que siempre escondemos dinero en nuestros calcetines o dentro de nuestros zapatos. Para sobrevivir en Hillbrow tienes que estar un paso adelante de la policía todo el tiempo». Después alcanza sus zapatos, abre la suela derecha y vacía el contenido sobre su gigantesca palma. Me entrega una navaja y me pide partir las piedras a la mitad.

«Ya pasó la medianoche», me dice. «Los adictos sucios pronto vendrán. Los shows de *strippers* en los hoteles cerca de aquí empiezan a la 1 de la madrugada. Tienes que empezar a ganarte a los adictos sucios. Vamos, déjame mostrarte cómo se hace».

Me advierte: «No escuches las historias de los adictos sucios y observa a la policía», a quienes, ahora me entero, se les dice «serpientes» (*eke* o *aguo* en ibo callejero).

Venderle a adictos sucios requiere un método diferente. Después de partir cada pedazo de piedra de cincuenta rands en dos rocas de veinticinco, escondemos las drogas debajo de adoquines sueltos en el pavimento cercano.

Cuando un adicto sucio se acerca, tienes que ser amigable, recibir veinticinco rands (varios adictos te jurarán que sólo tienen veinte, para sacar otros veinte cuando acaban de conseguir la primera piedra) y señalar un adoquín específico. El adicto levanta el adoquín y se va con la mercancía. De este modo los *dealers* se previenen de caer en una trampa.

Mi primer cliente es Amanda, una *stripper* del Club Summit. Su rostro desaliñado cuenta la historia de alguien que ha estado intermitentemente en rehabilitación antes de sucumbir a la letal llama del crack. Ya roza los cuarenta y Chinedu me cuenta que solía trabajar en la estación de policía de Hillbrow.

«¿Dónde está Tony? No voy a hablar con nadie que no sea Tony», chilla la sucia trigueña. Chinedu empieza a ladrar, apuntando hacia mí. «Aquí está el hermano de Tony. Puedes comprarle a él. ¿No tenemos lo mismo que Tony o qué?».

Los traficantes de cocaína son conocidos por sus clientes como Mike o Tony. Chinedu dice que suele suceder que un adicto nuevo en la escena aparezca preguntando por un Tony, sin saber que tiene en frente a un montón de Tonys: «Tony me trata bien. Me regala una pipa y no me la cobra. ¿Eres el hermano de Tony?», me pregunta, borracha e irritada. Me pasa quince rands. «Es todo lo que tengo, pero te prometo que regresaré con el resto. Traeré a mis amigas».

Decido apostar sin decirle a Chibike. Amanda se tambalea hacia la oscuridad. Para las 3 de la madrugada está de vuelta. Por una vez una adicta dijo la verdad. Viene con otras tres chicas.

«Éste es...».

«*Nigga*, el hermano de Tony», termino su oración. Una de las señoritas saca un billete de cien, diciendo que no quiere volver a salir porque hace frío. La otra me da veinte y Amanda saca cincuenta.

Están de vuelta media hora después.

Para las 5 de la madrugada ya perdí la cuenta de qué tanto dinero tengo conmigo. Me estoy empezando a desanimar.

Chinedu y otros traficantes se me acercan. Escucharon que hablo algunos idiomas. Han estado buscando a un agente comisionado en Brasil (*Obodo Pelé* en ibo callejero).

Chinedu dice que él y los demás sólo pueden hablar ibo y un poco de inglés, y debido a ello tienen problemas controlando los negocios de quienes hablan portugués. Como resultado, el flujo de drogas hacia Sudáfrica ha estado marcado por percances; varios *dealers* han sido atrapados en América del Sur y varios representantes de los cárteles han escapado con gigantescas sumas de dinero.

«Si tuviéramos a nuestros hombres allá, seríamos capaces de empezar nuestro propio grupo y sacar a los intermediarios que siempre nos fallan», dice uno de los traficantes. Y están dispuestos a pagar.

Siempre están en busca de «raza que es seria acerca del *bisne*»: representantes legales, *dealers*, agentes para estacionar en América del Sur, distribuidores de droga, banqueros de confianza, dueños de antros que les permitirán la venta a sus clientes.

Pero antes de ser seducido por sus promesas de riqueza, Chibike llega. «Son las 6. Vámonos. Otro grupo está por llegar».

De vuelta en Park Lane contamos nuestras ganancias. Yo hice más de mil rands, mientras que Chibike se armó de más de cuatro mil quinientos. Su novia, mientras tanto, preparó ollas enormes de arroz y guisados para que Chibike venda en la acera. Un plato cuesta cinco rands. Esta operación hace más de dos mil al día.

Nos servimos dos platos. Los pasamos con bebidas suaves. Chibike dormirá dos horas; tiene que estar listo para vender arroz y guisados para la 8 de la mañana. Termina a las 3 de la tarde, va al supermercado a comprar lo necesario para el día siguiente y después se dirige con «los *blackies* para cambiar rands por *Bushes*».

Los traficantes llaman todas las divisas que cambian como el líder del país. «Bush» es su caló para dólares. La libra esterlina se conoce como «Tatchers». Los países llevan nombres de grandes personalidades, por lo que a Brasil se le dice «Pelé».

Estos nombres son usados tanto para engañar a los policías como para determinar quién viene a tenderte una trampa.

«*Blackies*», traficantes del mercado negro: son senegaleses que cambian rands por otras divisas. Chibike quiere que lo acompañe.

El mundo de los *blackies* es intrincado y turbio, tal vez incluso más que el de los traficantes de droga. Es por eso que su historia no ha sido escrita. El baile de los espíritus nunca descansa.

## II

¿Alguna vez has sentido el escalofrío helado del cañón de una pistola en tu cráneo, tipo ejecución? Cuando tienes un arma contra tu cabeza, pensar parece imposible. Ninguna respuesta coherente aparece frente a las interrogantes que tus asaltantes formulan. Tus sesos están vaporizados.

Después sucede lo imprescindible. Te empieza a dar migraña. Yo la llamo «migraña omega». El tipo que supera a todas las migrañas que has tenido en esta tierra, como si dijera: tus migrañas terrestres se acabaron.

He tenido un arma contra mi cabeza en dos ocasiones. En Kingston hace unos años, fuera de un antro en el gueto. Dos matones jamaiicanos pensaron que encontraban al Hada de los Dientes conmigo. Querían un reloj Rolex, tarjeta de crédito, monedas o cualquier cosa vendible. La Uzi no escupió ninguna bala. No estaba cargada. Idiotas.

Adelantemos la película. Parque de Kempton. Las armas están cargadas. Es Sudáfrica. No hay titubeos. Son traficantes rusos del mercado negro. Tres de ellos con las armas listas se paran a mi alrededor como una manada de lobos hambrientos sobre un becerro. Estoy desamparado, semidesnudo en una suave sábana rosada, en la que, momentos antes, una rubia rusa me daba un masaje. Pronto se cubrirá de sangre. Sé que el fin está cerca. Puedo olerlo. Estoy seguro de que una tumba ya tiene mi nombre grabado.

Con pistolas apuntándome dentro de un nido de amor irradiado con la dulce fragancia de aromatizante y el Chanel de la rubia, mis emociones se vuelven premoniciones horribles mientras trato de recordar la odisea que me hizo acabar aquí.

Es verdad: en el momento de la muerte, tu pasado arremete contra ti a la velocidad de la luz.

Como muchos escribanos, rehúso ser vacunado con lo que los antiguos eruditos griegos llamaban «ceguera voluntaria» o, como quienes se arrastran por el submundo dicen, «no te metas donde no te llaman».

Si no me hubiera interesado en los inquietos personajes alrededor del difunto hotel Mimosa y la gasolinería cercana, no hubiera

conocido a Chibike, el traficante de drogas nigeriano. Después de conocerlo, pude haber resistido la tentación de acompañarlo a cambiar sus rands por dólares en el mercado negro. En *Todo se desmorona*, Chinua Achebe escribe: «Lo que asesina a un hombre comienza como un apetito».

Dentro de un cuarto en el hotel de Park Lane, observo a Chibike contar el dinero que iremos a intercambiar: setenta mil rands. Él espera conseguir once mil dólares de su fajo de rands. Será la segunda vez en cuatro meses en que cambiará rands por dólares. Dice que pretende ir a casa esta Navidad con no menos de treinta y cinco mil dólares. Cambia dinero cada vez que tiene cerca de diez mil dólares en rands.

Le recomiendo verificar el tipo de cambio para que pueda negociar mejor. Se niega. En el mercado negro la equivalencia es de seis rands por cada dólar y permanecerá así hasta que el rand suba. Entonces los senegaleses ajustarán sus precios a cerca de 5.5 rands por dólar. Después de un poco de persuasión acepta ver las noticias. El dólar se vende en 6.42 rands. No hay suerte.

Empacamos los setenta mil rands en varios pares de calcetines negros. Con zapatos y ropa rellenos a tope la bolsa de mano en la que empacamos los calcetines. Al final ponemos fruta hasta arriba para desanimar a los policías de revisar la bolsa con mucho detenimiento.

«Carga esto», me dice Chibike, entregándome una pistola de 9 mm. «Ya conoces las reglas», me dice. Después le susurra algo a Thandi, su novia sudafricana. Ella sale del cuarto con serenidad.

«*Nigga*, si yo no vuelvo mi novia sabrá qué hacer con el dinero. Si tú lo logras, recuérdale que mi cuerpo no puede ser enterrado en una tierra extranjera».

«Vamos a cambiarle dinero a los *blackies*, ¿verdad? Les damos dinero, conseguimos once mil dólares y todos regresamos a casa, ¿verdad?», pregunto trémulo.

Es la primera vez que veo miedo en sus ojos. Chibike el valiente, dicharachero, fuerte, orgulloso..., se ve reducido a un Don nadie de pocas palabras. «Hillbrow es impredecible. El periodo navideño es también el periodo en el que los traficantes nigerianos son cazados», me dice lentamente, su desánimo volcando mi esperanza.

Pide un vaso de agua como un extraño en su propio cuarto. Tres golpes cortos en la puerta. Así es como los traficantes nigerianos anuncian su presencia a un colega. «Dame la fusca», me susurra.

La puerta se abre lentamente. Dos nigerianos descomunales ocupan el cuarto. Uno lleva una pluma y un pedazo de papel. «No nos apuntes», dicen a coro. Después tienen una conversación en ibo. El que sostiene los materiales de escritura está congelado en un rictus de aflicción. Puedo escuchar un poco de lo que están diciendo. Alguien asesinó al hermano del sufriente en Durban. Vienen a recolectar dinero de los nigerinos del área para repatriar el cuerpo.

Chibike alcanza su gorra negra especial, saca mil rands y firma. Les digo que yo no tengo nada. Se van al siguiente cuarto. Como en la Nigeria rural, los narcotraficantes en Johannesburgo tienen reuniones en las que los miembros contribuyen al bienestar de los demás, en particular cuando acontece una muerte.

Chibike dice que los nigerianos enterrados en Sudáfrica eran demasiado orgullosos para buscar ayuda de sus compatriotas.

La puerta se abre nuevamente, esta vez sin ninguna señal. Thandi trae algo en su bolso. Lo vacía. Una brillante arma semiautomática. Chibike me dice que no tiene licencia. Me dio su pistola licenciada



para que yo no me meta en problemas si la policía apareciera en escena.

Guarda la semiautomática en el bolsillo del pecho de su chamarra de cuero negro. «Thandi, no olvides lo que te dije», le dice mientras la abraza. Ella solloza.

Afuera, unos tipos pegan pósteres en la pared. Los pósteres son de tres nigerianos asesinados en incidentes separados. Chibike dice que en esta época del año rara vez se encuentra un edificio sin carteles de este tipo.

Witberg, por la calle Olivia en Hillbrow, está a sólo unas cuadras de distancia. Chibike insiste en que tomemos un taxi. Le da al conductor cien rands en lugar de los veinte usuales. «Si muero, así es como él me recordará».

A pesar de que los edificios de Witberg fueron clausurados, sus ocupantes previos —vendedores senegaleses del mercado negro— aún acechan en sus sombras. Reconociendo a alguien de África Occidental, los vendedores se acercan al transeúnte, y empiezan a negociar tarifas. «Uno por 6.3. Todo el mundo aquí sabe que yo soy el bueno. Si no tienes 6.3, toma mis 5.7 por uno. No dejes que los bancos te devoren. Eres de África Occidental y un extranjero aquí, no seas idiota. Soy tu banquero de confianza...».

Por «uno por 6.3...» le están diciendo a sus clientes que venden un dólar por 6.3 rands y que compran por 5.7 rands. En el momento en que se dan cuenta de que eres sudafricano, o desaparecen en la oscuridad u ofrecen tarifas descomunales para ahuyentarte. Y si despiertas una sospecha, estás pidiendo encontrarte con una bala.

Los clientes vienen de toda el área metropolitana de Johannesburgo. Otros de otras provincias que vuelan a sus países natales

del Aeropuerto Internacional de Johannesburgo, también usan a los vendedores. Los *dealers* también tienen agentes en el aeropuerto, algunos disfrazados empujando un carrito de supermercado, imagen común en las calles de la ciudad. Su trabajo es persuadir al resto de los africanos a venir a Hillbrow para cambiar su dinero extranjero con un mejor cambio.

Como es usual, el riesgo no es menor. Algunos extranjeros nunca llegan a ver Hillbrow. Pierden su dinero a punta de pistola antes de llegar al mercado negro. Otros cambian dinero con éxito sólo para caer presas de maleantes a la vuelta de la esquina o de policías que patrullan.

A pesar de los riesgos más palpables en juego, es fácil entender por qué muchos inmigrantes africanos son engatusados a tratar en el mercado negro y no con cuerpos financieros legales.

El mercado negro ofrece mejores tarifas que los bancos y otras instituciones financieras. Pero eso no es todo.

Para Chibike y muchos otros traficantes el problema es mucho mayor que abrir cuentas de banco. Todos tienen miedo de que su dinero sea confiscado.

«Si le dices al banco que estás vendiendo *fufu*<sup>1</sup> y guisados en la calle y en tres meses tienes setenta mil rands en tu cuenta, ¿cómo va a reaccionar el banco a eso? Confisca inmediatamente, hermano».

Fuera de los oscuros corredores de Witberg, Chibike hace una llamada, hablando en un francés a medias. Diez minutos después, un sedán negro de lujo con vidrios polarizados se aproxima. La puerta se abre. Chibike me indica que me siente adelante.

---

<sup>1</sup> Masa de mandioca y plátano que se encuentra en distintas regiones de África. [N. del T.].

«Nang ga def», saludo a la figura negra con gruesas cadenas de oro alrededor del cuello.

«Denge Wolof?», me pregunta de regreso en un marcado acento senegalés. Su nombre es Mbaye. Le digo que hablo un poco de wolof (la lengua franca en Senegal). Suspira y me pregunta si confío en el nigeriano, porque algunos senegaleses han sido asesinados hace poco. Le pregunto por qué hace negocios con alguien en quien no confía. Me dice que el nombre del juego es «riesgo».

«Naka ligi yebi?». «¿Cómo va el negocio?», le pregunto. Responde que Alá es grande. Me dice que nos dirigimos al parque de Kempton, en el East Rand, para encontrarnos con los vendedores rusos del mercado negro. Si la suma a intercambiar es superior a cinco mil dólares, acuden a los mayoristas. Dice que por lo general iría a los paquistaníes en Fordsburg, los chinos en Burma o los italianos en Norwood. Pero después de la muerte de dos senegaleses, los minoristas del mercado negro están jugando a la ruleta rusa.

Conducimos a su departamento en Berea. Vive con su novia india y el departamento tiene un aspecto oriental. Los sillones son caros. Nos sentamos y esperamos. Son las 8:15 de la noche y Mbaye nos dice que nos vamos en quince minutos. Guarda su dinero debajo de una alfombra persa, roja y gruesa. Buscamos debajo de los sillones y la alfombra y nos topamos unos fajos de dinero.

Se niega a dejarnos contar los rands. Dice saber cuánto dinero hay exactamente ahí. Guardamos el dinero dentro de balones de fútbol abiertos y apretamos todo dentro de un costoso bolso de cuero. Su novia nos prepara un té senegalés muy potente. Nos ofrece dos copas y nos dice que Alá nos protegerá. Se quita el vestido africano que

trae puesto y revela encantos y amuletos alrededor de su cintura y brazos. Alardea diciendo que ninguna bala puede penetrarlo.

Después se pone botas, pantalones de mezclilla negros y una chamarra. Hay cajones debajo de su cama. Abre uno. Saca una AK-47 y varias revistas. Carga la AK-47 y echa dos revistas a la bolsa de dinero. Abre otro cajón y extrae un estuche de clarinete. El tercer cajón revela todo tipo de medicamentos. Llena el estuche de un clarinete con jeringas, morfina, vendas, yeso y una pequeña botella con yodo.

«Esto es para heridas de bala. Si te alcanzan, corre al auto antes de que sea demasiado tarde. Mi consejo: deja que la bala atraviese tu cuerpo. No quiero gritos si la bala se queda dentro de tu cuerpo. Es más fácil tratar con heridas de salida».

Tomamos la autopista hacia el aeropuerto. «¿Puedes conducir a ciento ochenta y bajar la ventana izquierda?», pregunta Mbaye.

«¿Estás loco?», le pregunto de vuelta. Se estaciona en la autopista y me pide tomar el volante. Dice que quiere enseñarme cómo desarrollar concentración doble cuando estás a la fuga.

«Tienes dos segundos para ver hacia enfrente y memorizar la carretera y dos segundos para alcanzar la manija de la ventana, los dos segundos de la carretera ya pasaron, entonces sostienes la manija y miras hacia enfrente por dos segundos otra vez y de regreso a la manija. Si no puedes hacerlo, no puedes manejar y rociar balas al mismo tiempo».

Lo intento a ciento veinte kilómetros por hora, recorriendo la carretera en medio de un estruendo de motoristas pitando. Me insta a que lo vuelva a intentar. Para el momento en el que llegamos a la rampa de salida hacia Pretoria ya lo tengo dominado. «Ahora ciento ochenta. Es la misma técnica», me grita mientras hay una canción de Youssou N'Dour en el fondo.

Pongo la direccional izquierda como si fuera al aeropuerto y continuo recto hacia la locación en el parque de Kempton donde nos estacionamos en la calle, frente a una casa blanca con un tejado rojo. Dentro está oscuro. Nuestra única fuente de luz es una farola callejera.

«¿Es aquí?», pregunta Chibike. Mbaye asiente y nos dice que tengamos listas las armas. «Si nos piden ver lo nuestro sin que ellos nos enseñen lo suyo, es una trampa. Salimos disparando o ahí nos quedamos para siempre».

Estoy pensando «emboscada». Parece que Chibike piensa lo mismo. «¿Qué pasa con esos tipos?», pregunta a Mbaye, mientras descubre su arma. Mbaye sale del auto, busca un encendedor, lo enciende y lo alza sobre su cabeza. De inmediato, se encienden luces dentro de la casa. Las puertas del Averno se abren. Nadie necesita decirnos que quien osa entrar, rehúsa la posibilidad de redención.

Chibike suda. Sus ojos escrutan como los de un inquisidor medieval. Su dedo siempre en el gatillo. «*Nigga*, ¿podemos confiar en ellos? Si sales vivo de aquí no olvides lo que te dije en Park Lane: mi sangre no puede ser enterrada en Sudáfrica».

«Bienvenidos, tres reyes. Me llamo Dubornovich. Hablamos por teléfono. Díganme Dubro, de Diablo». Es un ruso desaliñado y gigantesco con los antebrazos cubiertos de tatuajes. Nos deja ver su arma metida en sus ajustados pantalones de mezclilla. «Ésta es Katarina. Es *stripper* en nuestro club en Bedfordview. Y por supuesto que éste es Balkov. Es pequeño, pero pega duro».

Entramos a una sala muy elegante, amueblada al estilo de Europa del Este. Dubro toma el control remoto y pone a *Get Rich or Die Trying* de 50 Cent. «Bueno, que Katarina se encargue de los tragos. Yo voy por el papel».

Regresa con tres maletas de viaje color azul. «Felicidades, acaban de ganar el premio gordo», dice mientras nos lanza las valijas. Las maletas desprenden un olor a sangre y a alcohol desnaturalizado.

«Una parte del dinero está limpia. Otra no. Es uno por 5.5. Hacen cinco puntos de ganancia. ¿Los rusos no son lo mejor? ¿Por qué le compran a esos italianos? Te pinche roban», dice mientras se deja caer en el sillón.

Chibike vacía su bolsa. «Setenta mil. Limpios».

«Bien. Hay trece mil dólares en ésta y veinte mil en las otras dos. Se pueden quedar con el cambio», dice Dubro mientras abre las bolsas de par en par.

Mbaye insiste en limpiar los billetes manchados de sangre antes de irse. Chibike quiere irse ya. «No voy a contar su dinero. Más vale que esté bien o vamos a ir a visitarlos a Hillbrow», continúa Dubro.

Pasar tanto tiempo en el submundo ha sesgado el sentido de maldad de los traficantes. Asesinato, secuestro o simple brutalidad no están en el horizonte. En lugar de eso, han desarrollado una alta sensibilidad a transgresiones prosaicas como engañar o no mantener una promesa.

Los traficantes rusos le prestan dinero a aquellos que están en la lista negra: dueños de casas de empeño o de clubes, prestamistas y vendedores de autos sin aval para asegurar préstamos bancarios. Los clientes pagan en dólares, por lo general después de perder mucha sangre. Esos dólares son canjeados con minoristas del mercado negro.

Dubro es un cobrador. Cuenta que golpearon a un prestamista que les debía dinero y su sangre salpicó sobre los billetes. Observo cómo Chibike y Mbaye sumergen algodón en un líquido y tallan la sangre.

Instantes después, sin ningún rubor, Katarina me pregunta si

alguna vez me han dado un «masaje ruso». Niego con la cabeza. Me hace una seña para subir. La música en el piso superior es el *Adagio Sostenuto* del concierto para piano y orquesta número 2 en do menor, opus 18, de Serguéi Rajmáninov.

Unos minutos después de que se me montara y me rozara toda la espalda con sus suaves y cálidos pechos, noto dos sombras en el cuarto. La empujo para poder ver qué pasa. Hay dos pistolas en mi cráneo. Katarina apunta la tercera después de un momento.

«Tú no eres un traficante del mercado negro. Lo vemos en tus ojos. ¿Por qué estás aquí?». Es Balakov. Antes de poder pronunciar palabras cargan sus pistolas.

«¿Quién eres? Dinos o te llevamos al sótano».

«Tranquilos. Las cámaras muestran que entró aquí desarmado. Es un hombre de paz», dice un viejo ruso que está de pie en el rellano. Bajan las armas. «Si no has derramado sangre antes, no coquetees con el diablo. Siempre observamos a las personas que hacen negocios con nosotros. Cuando te negaste a tocar dinero sangriento, mis hombres comenzaron a sentirse poco tranquilos. Si estás en este negocio, la sangre se vuelve como el agua. Déjelo seguir con el masaje».

Me niego, diciéndoles que ya tuve suficiente. Me incorporo a Mbaye y Chibike y les pido que ya nos vayamos.

Los rusos ríen mientras bajan por las escaleras. Estoy demasiado tembloroso para maniobrar el volante. Mbaye nos lleva rasando a Hillbrow, territorio seguro.

De regreso en el hotel, Chibike cuenta los dólares. Son trece mil. Dos mil más de lo que él esperaba. «*Nigga*, viajamos juntos. Aquí hay un poco de *bush* para ti». Rechazo el premio. «Dáselo al hermano del nigeriano que mataron en Durban. Es mi aporte para mandar el

cuerpo a casa».

«¿Qué pasó arriba? *Nigga*, nunca me dijiste».

«Los rusos tenían una pistola contra mi cabeza».

«¿Fue tu primera vez? ¿Sentiste la migraña?».

«La banda en la calle tiene un nombre para eso», me dice. «Le decimos “fuego en los sesos”».

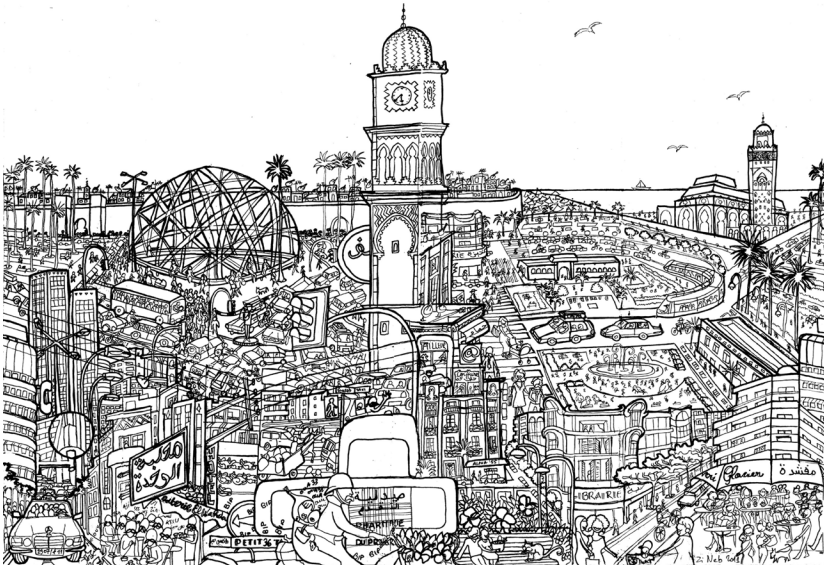
*Traducido del inglés:*

*Jerónimo Plá Osorio*

© Valentine Cascarino, «Blood Money: A Joburg Chronicle», en *African Cities Reader: Pan-African Practices*, Ntone Edjabe y Edgar Pieterse (eds.), publicado por Chimurenga y African Centre for Cities, 2010.



## Cityscapes\*



Casablanca

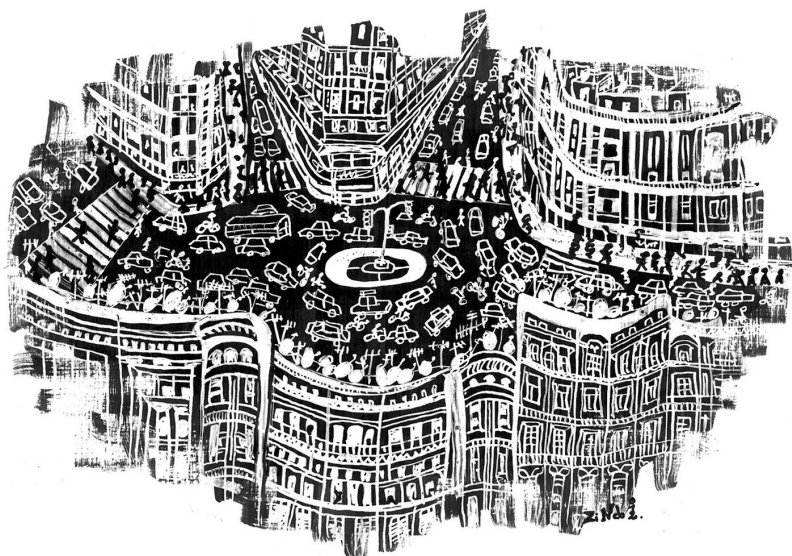
Casablanca, ¿de dónde proviene realmente este nombre? Siempre olvido su origen.

¿Fue bautizada por los portugueses o los españoles? En realidad, no importa. Romanos, berberiscos, árabes, franceses... Bastante gente ha pasado y pasará por aquí. ¡Alegre caos!

---

\* Ilustraciones y texto de Zineb Benjelloun.

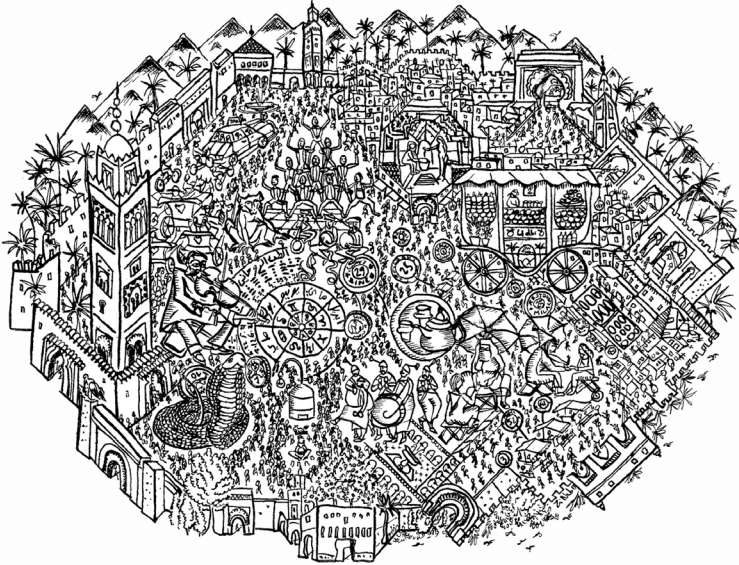
Es la ciudad rural más grande, sus ciudadanos se esfuerzan mucho en el trabajo, muchos más que otros. A imagen del más bello reino del mundo, que se tele(tv)-transporta en burro o en Range Rovers (odio esos coches!).



*Casablanca Mers Sultan*

Mers Sultan fue el barrio general, el más distinguido de la ciudad colonial. Parece que estuvo más «de moda» vivir en Casablanca que en París: calefacción, ausencia de basura, sanitarios y ascensores (¡!).

¡Cheque en blanco a los arquitectos para que la pasaran en grande en grande! Éstos también construyeron paralelamente un falso barrio tradicional para reagrupar a los musulmanes (El Habous) y una barriada para los judíos (El Hank).



*Marrakech*

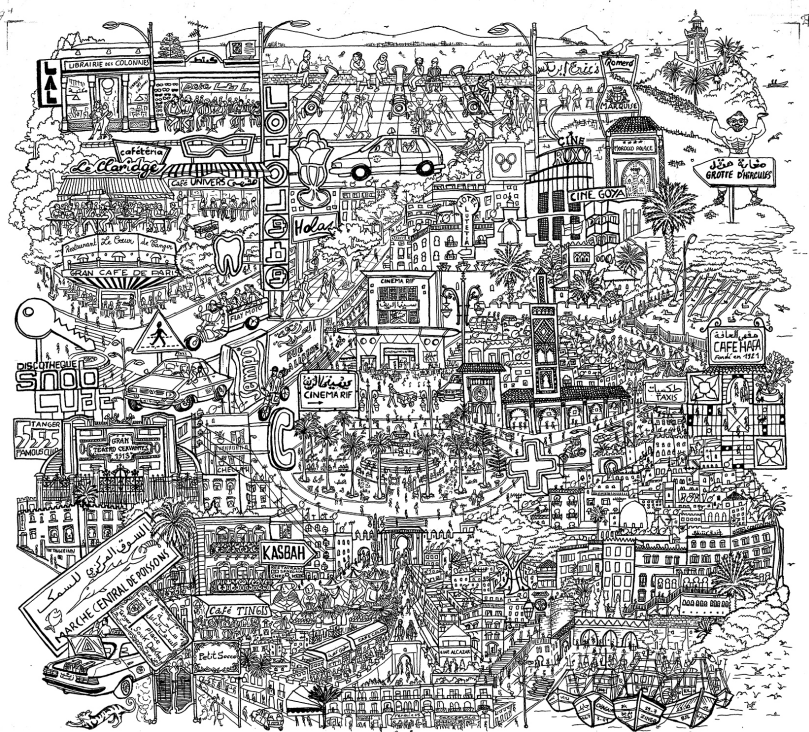
Marrakech. O Arnaquech. O *Kech* para los íntimos...

Los «rankings» a menudo la clasifican como una de las ciudades africanas en donde se vive la mejor vida.

Yo me pregunto: ¿por qué? Mundos paralelos. Expatriados contra nativos, nativos ricos contra nativos pobres, unos existen para servir, otros existen para pagar. Y así continúa la vida; lo turístico entre la «Corte de los Milagros», los policías y el dinero. ¡Por fortuna existen aún los *marrakchis*<sup>1</sup> por aquí!

---

<sup>1</sup> Gentilicio francés para los habitantes de Marrakech. [N. del T.].



Tánger

La hermosa Tánger, me gustas incluso si todo el mundo te codicia, imedan celos y me mantengo en guardia!

Vives independientemente de tus pasajeros, que sólo se mantienen ahí para continuar embelleciéndote o marcharse de ti.

El azul, el verde, el blanco y el negro te sientan realmente bien.

*Traducción del francés:  
Alan Cruz*

# Kin La Belle

(a la luz clara de la canción y el silencio)

*iMbote!*

*iMbote!*<sup>1</sup>

Mientras los fantasmas de las Copas del Mundo presentes, pasadas y futuras me llaman a aventurarme en Kinshasa, bajo el miasma sentimental que es el efecto colateral de cincuenta años de celebración de independencia de Bélgica, tropiezo con un idioma que nació de la música y es hablado en microtonos, de modo que al espectro completo de la emoción humana le es dada una voz y unas palabras para hablar.

Siento el idioma en mi corazón, en mis manos, en mi estómago. Siento la letra del soldado reprendiendo a vendedores de agua que

---

<sup>1</sup> «Hola», «saludos», en lingala, uno de los cuatro idiomas oficiales de la República Democrática del Congo. [N. del T.].

gesticulan con una mano, la música y el baile, el cliché del Congo en vivo. Los vendedores se dan a la fuga. Siento las palabras que lanzan, palabras que se curvan y se quedan cortas ante el soldado que se aleja lentamente. Me doy vuelta. Dos hombres en frente de mí se inclinan, bajan sus cabezas y se acercan de modo que sus frentes se tocan.

Qué forma tan emotiva de encontrarse.

*iMbote!*

*iMbote!*

Una desconocida con la apariencia de ser una peregrina escucha a escondidas las cadencias, el ritmo y el paso de este preciso lugar. La infinitud de la música, de un idioma y un universo dentro del idioma hecho de música para hacer música. Se trata de un viejo lugar. Al primer encuentro la verdad que gime es ésta: la inmensidad, la inmensidad. Y esto no es sólo una referencia a su tamaño.

La cuestión con el lingala está en el saber interior que surge con el primer encuentro; que esto también viene de una canción profunda, profunda, viene del tiempo en el que las palabras no se habían desprendido de la música y quizá del mismo tiempo en el que la humanidad aún no se había infectado de dolor. Anima, desde luego, sentimientos viejos y nuevos con nombres aún desconocidos. Sus acordes vibran y encuentran resonancia en algo adentro, y sé que para canalizar las sensaciones —si fuera de este lugar— también tendría que cantar, bailar o gritar.

Y una voz resuena. Una desconocida se da vuelta. Porque en la melodía de la lengua ha descubierto acordes que fueron hechos para ella.

Un hombre alto y delgado le hace señas para que se acerque.

Ella echa una mirada alrededor antes de encaminarse.

Él lleva música para vender.

Música del Este.

¿De dónde es ella?

«¿Cómo sabes de dónde soy?», pregunta ella con un francés malo.

Está en el aspecto, la manera de estar en el mundo. Es el modo de escuchar los sonidos que oyes. Él se inclina para agregar: «Aquí, en donde estás, no siempre es seguro ser del Este. Lucir como tú puede traer problemas».

«¿Por qué?».

«Las Memorias».

«¿Qué memorias?».

«Por ejemplo, no lejos de aquí hubo una quema. Fue en Masina. Hay un altar al patriotismo en el lugar donde estuvo la hoguera. El fuego fue alimentado con grasa humana, los restos de los invasores del Este. Como tú».

«Una corrección. Yo soy del lejano Este».

«¿Kigali?».

«Más lejos».

«¿De dónde?».

«Nairobi».

«¿En serio?».

«Kenia».

«Si tú lo dices».

«Es cierto».

«Entonces di algo en suajili».

Ella titubea. «¿Cómo aprendo lingala en dos semanas?».

Él suelta una risita. «¡Ja! Si puedes decirme que eres capaz de ver el mundo en música, te aseguro que aprenderás lingala pronto».

¿Dijo *ver* el mundo en música?

«Sí. Ver el mundo como música. El mundo está dentro de la música».

«¿Cómo puedes ver la música?».

Antes de reír dice: «Los ojos tienen oídos propios. Intenta usarlos de vez en cuando. Un ojo puede ver lo que se le pide ver. Entonces pídele a tus ojos: “quiero ver música...”. Ellos te mostrarán... Y luego aprenderás lingala rápidamente».

Perspectivas.

Pienso que el hombre de la música está hablando sobre perspectivas. Un lugar holográfico y desde el cual no importa quién pare la vista, es (podría ser) diferente; el punto de vista cambia, así cambia la historia y la canción. *Ojos, quiero ver música.*

Estoy siendo cautelosa, aterrada por el conveniente hábito de la historia única, el cual la escritora Chimamanda Adichie denuncia tan elocuentemente. Aquella horrible enfermedad de un único punto de vista sostenido, que nunca cambia, no se le puede permitir cambiar, repetido tan seguido que se vuelve realidad. Eso no es lo lamentable. Lo que es terrible es la pequeñez del mundo ahora comprometido que emerge, esos mundos nacidos muertos y que no pueden ver la luz. Los mundos tienen algo tímido, como las almas de los bebés. Necesitan sentir que serán vistos y amados tal y como son. Y cuando las voces claman y dictaminan que esto es lo que son y serán siempre, estos mundos se encogen, se retiran y cubren sus rostros, temerosos de lo que la humanidad pueda hacer a todos los sueños y existencias que contienen.



Una pausa del hombre música. «¿Por qué estás aquí desde Nairobi?».

«Para sentir Kinshasa y, tal vez luego, para escribir las sensaciones».

«¿Sabes lo que escribirás?».

«No».

«Entonces tal vez Kinshasa te dirá algo».

Otra pausa.

«¿Qué puedo venderte entonces?».

«¿Qué es lo que tienes?».

«¿Música?».

«¿Joseph Kabasale?».

«¿Por qué él?».

«*El Cha Cha de la Independencia*».

«¡Ah! Música nostálgica. Déjame ponerla para que otros puedan oírla. Y cuando la pongamos, veamos qué es lo que hacen. Después de eso puedes comprarla».

*El Cha Cha de la Independencia* a zuwiye...

Kinshasa produce cacofonías en el cruce de Victoire, y en la mezcla de tantos sonidos y las canciones en un idioma, la vieja canción aún ejerce su magia. Y observamos pasos apresurados que titubean, se demoran dos o tres segundos donde Kabasale celebra. Unos pocos retoman la tonada por debajo de su aliento, las bocas se fruncen al llevar la melodía a otros, tres mujeres —hermanas tal vez, son tan parecidas— se giran simultáneamente para mirar, primero al anuncio sobre la tienda y luego al vendedor de música calvo, alto y delgado, y un desconocido junto a él que las mira apoyado en el umbral de la puerta. Kabasalleh nos llama a todos a los comienzos, y en la canción podemos empezar de nuevo. Borramos

Este-Oeste-Norte-Sur y aquellos fuegos impenitentes en la Commune Patriotique de Masina son sofocados durante tres minutos y seis segundos.

La melodía de Kabasale termina. Mis videntes de Kinshasa, mis colegas y compañeros para este peregrinaje se aproximan con líneas de preocupación similares en sus frentes. Cinco hombres de una mirada de mundos, alineados con Kinshasa de una u otra manera. Es con y a través de ellos que avistaré este lugar. Son ellos quienes han acordado compartir mi lucha por darle voz a toda nuestra experiencia. Éstos son sus nombres (por ahora): Claus, Junior, Roger, Kiripi y Patrice, quien nos dejará después de pocos días, pero sólo después de que haya dispuesto los senderos y convocado a otros guardianes de la jungla.

Ensayo una resistencia suave ante su mirada, luego me rindo y simplemente me disculpo: éste no fue un intento deliberado de escape. Simplemente seguí la canción en un idioma; éste es el lugar al que me llevó.

«Escucha», dice el Hombre Música.

Otra vez.

*El Cha cha de la Independencia* a zuwiye...

En el carro negro que se volverá el carruaje metafórico que me llevará a otro destino más. En mis sueños el carro aparecerá, sin conductor y consciente. E incluso entre sueños, me subiré a bordo. *Muéstrame.*

Ahora me recuerdan que el lingala, como lo *amargo* en el café, no es sino una de las cuatro esencias que componen la totalidad de Kinshasa. Existen cuatro idiomas nacionales aquí. Los otros tres son el kituba, el chiluba y el suajili.

El lingala tiene un pasado lleno de dolor, me cuentan. Carga muchas heridas. Fue el idioma oficial de la odiada y diabólica *Force Publique*, la mano que formó el ejército colonial que servía los caprichos del más grande *genocidaire* del mundo moderno, Leopoldo II. El lingala, me advierten, está bañado en las aguas de los sufrimientos del Congo.

¿Eso explicaría la textura de la nota triste, los microtonos en el idioma?

La quinta esencia, el francés, aunque apreciado, aplicado y usado en todas partes, es considerado un poco como el tío pedófilo que debe ser tolerado porque es parte de la familia y también es útil. Es el idioma oficial, el «otro» idioma seguro que, oficialmente, no está dentro de la cazuela nacional, pero al cual se puede saltar cuando la cazuela nacional llega al punto de ebullición.

Perspectivas.

Después de la cena preguntaré sobre los incendios de Masina.

Una pausa.

«¡Ah! Para citar la Marsellesa: “*Qu’un sang impur / abreuve nos sillons!*”<sup>2</sup>. El asesinato patriótico es un hábito humano que es aumentado cuando ocurre aquí, glorificado cuando sucede en otra parte».

«Goma del Este está lejos de Kinshasa sólo en la geografía, pero no en la memoria».

Aquí. Otros ecos...

La vergüenza puede ser

alejada con rezos

alejada con bailes

---

<sup>2</sup> «*¡Que una sangre impura / inunde nuestros surcos!*». [N. del T.].

alejada con la bebida  
sometida a la amnesia.  
Tú también puedes ser parte de nuestro silencio.

Yo me niego.

«No tienes elección. Ahora has escuchado y el ruido ha entrado en ti. Puedes estar lejos del ruido, pero no del silencio, ya estás en él: estás hecho de él. Tomaste la elección cuando te diste cuenta».

«Entonces, ¿cómo puedes vivir con el silencio?».

Una carcajada.

«Apnea. Corta la respiración. Algo así. Corta el oxígeno. Puede tomar tiempo, y a veces la gente muere de silencio. El silencio puede sofocar a muerte».

Escucha.

Me inclino hacia delante.

«Hubo un hombre una vez. Su nombre era Godefroid Munongo.<sup>3</sup> Un día en una conferencia, en medio de su discurso, anunció: “Es demasiado. Mañana les contaré cómo matamos a Lumumba”.<sup>4</sup> Y el mundo esperó la gran revelación al día siguiente. Pero cuando el alba llegó, el mundo halló que, durante la noche, Godefroid había muerto de un paro cardíaco. Murió justo aquí en Kinshasa».

Godefroid era jefe de los Bayeke, nieto de M’Siri, patriarca de Lubumbashi, que era la capital de Katanga, líder de un Estado dentro de un Estado. Katanga es la locación de la fosa de ácido sulfúrico

---

<sup>3</sup> Político congolés, ministro y presidente interino en 1961. Estuvo involucrado en el asesinato del primer ministro Patrice Lumumba durante la crisis del Congo. [N. del T.].

<sup>4</sup> Líder anticolonialista y nacionalista congolés, el primero en ocupar el cargo de primer ministro de la República Democrática del Congo entre junio y septiembre de 1960, tras la independencia del Congo de la tutela belga. [N. del T.].

en donde, dicen los que están al tanto, los restos de Patrice Émery Lumumba fueron disueltos.

«El silencio tiene un aspecto visual, también. Aparte de la fosa no hay evidencia de que el espacio sea diferente de cualquier otro espacio, excepto por el silencio».

Cincuenta años después, es evidente la persistencia de la idea que Patrice Émery Lumumba representa. Los fantasmas permanecen sin descanso cuando sus vidas y sus amores no son correspondidos. Y por su propio acuerdo, los trovadores de paso —se ha vuelto a poner en práctica ese término— hacen sonar los acordes de *El Cha Cha de la Independencia*. Nos lo cantan a nosotros.

Nos movemos en nuestros asientos. Silenciosos. Y nos miramos mutuamente. Parece que sólo yo estoy sorprendida de que los fantasmas se nos hayan unido y ahora tengan algo que contribuir a estas divagaciones.

Y esta vez escucho las palabras.

Lo opuesto de Kinshasa es Cité du Fleuve. Uno de mis videntes de Kinshasa, el administrador de arte y artistas Patrice Mukurukeza, explica, en broma: «Moveremos el río para reconstruir Kinshasa. Tendremos una ciudad planificada y organizada. Kinshasa escapará finalmente de Kinshasa».

Cité du Fleuve/MbokayaEbale será rescatada del *mélange*,<sup>5</sup> del *bruit*,<sup>6</sup> de los *cosmoi*<sup>7</sup> enmarañados en que Kinshasa se ha convertido hoy en día. MbokayaEbale será ordenada, limpia, formada en líneas, pintada y de cara al río, a diferencia de Kinshasa habrá una vista equitativa del río. Eso sólo puede ser bueno.

---

<sup>5</sup> «Mezcla» en francés. [N. del T.].

<sup>6</sup> «Ruido» en francés. [N. del T.].

<sup>7</sup> «Universos» en griego. [N. del T.].

Imagino como sólo podría hacerlo una desconocida, ni siquiera eso, una simple peregrina.

*Traducción del inglés:*

*Max Manzano*

© Yvonne Owuor, «Pilgrimage to Kinshasa. Kin la Belle: In the Clear Light of Song and Silence», en *African Cities Reader: Mobilities and Fixtures*, Ntone Edjabe y Edgar Pieterse (eds.), publicado por Chimurenga y the African Centre for Cities, 2011.

## Sombrillas para resistir\*

La ciudad del siglo XXI en la Tierra es un espacio constelado por transacciones entre los más diversos agentes y estriado por torbellinos que efectúan/traducen/encarnan decisiones tomadas por una plétora de instancias; de individuos y/o de organizaciones, a causa de una variedad de motivos que van desde lo personal hasta lo profesional, que se determinan en un amplio espectro de coeficientes dispares de intensidad, teniendo en cuenta su densidad de *agency*<sup>1</sup> y el perímetro de las relaciones implicadas, sin tener el mismo signo de información proporcional ni la misma resonancia dinámica, por consiguiente, en el enrejado enmarañado que se constituye por esos múltiples desplazamientos cuando se entrecruzan, en su fase o en su posición, en un espacio cronotópico atiborrado de estructuras materiales, tridimensionales y funcionales: escuelas, liceos y colegios, talleres, mercados, supermercados, hospitales, tiendas y puestos, salones de belleza, bancos,

---

\* Todas las imágenes intercaladas en este texto son de Lionel Manga.

<sup>1</sup> Anglicismo filosófico que designa la facultad de actuar que tiene un agente. Usualmente traducido como «agencia», «capacidad de actuar» o incluso «agentividad». [N. del T.].



bares y clubes nocturnos, hoteles, tintorerías, estaciones de servicio, almacenes, iglesias, edificios y alumbramiento público, etcétera, que acompañan al territorio urbano y lo tornan heterogéneo bajo los auspicios de una lógica planificadora que está al servicio —hasta nuevo aviso— de un grupo de intereses orientados hacia la acumulación capitalista y que se enlaza a correas globales de transmisión de esta racionalidad.

Al final del golfo de Guinea, enclavada y situada por debajo del nivel del mar distante a veintidós kilómetros, es decir, del puerto a la desembocadura del océano Atlántico, Duala no es una excepción para esta representación que, por consiguiente, se resiste ya desde el inicio a un embargo totalizante de su cualidad rítmica. Bajo la variedad de factores que producen las diferentes pulsaciones de la capital económica



de Camerún, un común denominador corre y se despliega: el poder adquisitivo. Sometido a la estructura de consumo de los matrimonios, a las agendas familiares/mundanas/sociales y al calendario de los salarios, el poder adquisitivo determina en una gran medida la economía de la movilidad y de los acontecimientos de todas las magnitudes que ocurren en esta ciudad. Tanto es así que la vendedora de pescado instalada en un trozo de acera no presenta la misma curva de movimientos diarios que el alto ejecutivo de una multinacional. Pero nada impide que sus trayectorias se encuentren si este último tiene una debilidad por la caballa asada y saborea una cerveza bien helada en un bar cercano, con sus compañeros de fútbol de los domingos. Sin embargo, y habida cuenta de esto, respaldada por la diferencia de trepidación entre la ciudad diurna y la ciudad nocturna, sólo queda que una partición entre una Duala que está siendo assolada en temporada seca y una Duala inundada por la temporada de lluvias permita dar cuenta de esas alternancias rítmicas en cuanto experiencias urbanas de cuerpo y mente: sinestesia de la vista, del olfato y del oído, que conservan la primacía sensorial.

#### JAZZ TIME

El canto alegre de los pájaros, que anuncia el fin de la noche, se ve acompañado por un rayo de luz al ras del horizonte, justo en donde el día va a despuntar. En medio de los conductores que circulan desde el ocaso hasta el amanecer y aquellos otros que comienzan la jornada, avanzan los taxis que llevan a bordo a comerciantes, también conocidos como *bayam sellam*, los cuales se dirigen a hacer sus compras en el mercado al por mayor ubicado en Sandaga o que van ya de regreso, mientras que

las compañías de transporte interurbano inician la primera corrida hacia Yaundé, y en diversos lugares conocidos por sus seguidores, un servicio de sopa tan caliente como violentamente pimentada —con toda la intención—, alivia bien y mal a los últimos noctámbulos. Aquí y allá, igualmente, se implementa un dispositivo más inocente a la manera de un desayuno vernáculo, arranque indispensable para una gran cantidad de ciudadanos: el clásico bollos-frijoles-puré, también conocido como *jazz*. El olor a frituras se esparce. ¿A causa de qué complicada apropiación, este género musical, acmé artístico de una epopeya de resiliencia, terminó designando metafóricamente a una práctica alimenticia que forja la identidad colectiva en el país verde-rojo-amarillo? Es fácil imaginarse el gracioso malentendido para un extranjero recién llegado que le provoca escuchar «*It's jazz time!*» a las seis de la mañana (o entre las seis y las ocho de la tarde). La influencia que tiene en la conciencia colectiva la predilección por el *jazz* le vale que ahora sea ofrecido en restaurantes elegantes a novatos que pagan sin parpadear el precio por el ambiente.

El apocalipsis económico desencadenado por el ajuste estructural y su paroxismo: la devaluación en 1994 del franco CFA ha empujado hacia esta actividad femenina y en otro tiempo especializada a varios neófitos que cuentan con pocos ingresos para mantener a una familia. En medio de esta proliferación que se abre paso con muchos ingenios desprovistos de talento, las y los «jazzófilos» exigentes se pasan de boca a oreja descripciones de anuncios homologados y gozan asistiendo constantemente a estos lugares y a largo plazo. Algunos de entre ellos son instituciones en sentido pleno, y a veces, algunas tardes más que otras, hace falta esperar turno por mucho tiempo a causa de la afluencia.

Por su parte, los mensajeros que se ocupan de las panaderías ya han transportado para este momento en el interior de una red cautiva una

parte del primer lote de pan, tras haber atravesado el polígono urbano a la primera luz del alba con unas mochilas llenas que superan el tamaño de sus motos *made in China*. Con el cumplimiento de este contrato, se dirigen a sumergirse en la riña explosiva de la movilidad de dos ruedas, accesorio que apareció en la noche del siglo pasado entre el manglar y el macadán, en un contexto de crisis política marcada por una campaña de desobediencia civil bautizada *villes mortes*, «ciudades muertas», al comienzo de la década de 1990 y que fue fomentada por la oposición como resultado de la orden del discurso de La Baule, y cuyo epicentro fue Duala. Es aquí donde hace su recorrido la legión mixta y subalterna de la servidumbre para alcanzar su sustento, algunos con el corazón apretado, al servicio de unos empleadores que son más espinosos que los cactus y que están dispuestos a regañar muchas veces de manera injustificada y a dar muestras de desprecio.

#### LA SANGRE A LA VISTA

A la hora de la estampida matutina, durante el año escolar, miríadas de jóvenes se esparcen por los caminos con uniformes de varios tipos de colores que señalan cuáles son sus respectivos establecimientos, además de contar con un parche con el nombre de cada uno bordado del lado izquierdo en el pecho: las *so called* generaciones futuras. Estos ríos multicolores de niños inundan las calles, tomando por asalto los taxis y las motos, compiten con los asalariados de los servicios públicos y del sector privado que se desplazan a sus tareas con el ánimo más o menos sereno y más o menos agobiados por las preocupaciones, en grupos de bípedos con cerebro voluminoso comprometidos con su estatuto de engranajes (*¿partidarios?*) de un sistema productor de entropía,

inequidades y desigualdades sociales escandalosas. En los alrededores, el comercio informal acaba ocupando el espacio con sus cajas, sus puestos y sus casetas, partes o partidos, mujeres y hombres sanos de todas las edades, con la mira puesta en pasar un nuevo día de resistencia bajo las sombrillas. Duala es una arena consagrada al lucro. Los chicos en la calle, los astutos, tienen «la sangre a la vista», metáfora explícita sobre las asperezas que hay en la ganancia —aunque ésta consista en migajas— que prevalece en esas aguas individualistas en las que los protagonistas casi nunca conceden algún obsequio. Una pelea puede estallar a partir de cualquier controversia por quinientos francos CFA —menos de un euro—, pero con los cuales es posible comprar dos raciones de *jazz*. Cada uno se sienta y Dios lo empuja, dice un refrán.

Las motos estruendosas forman enjambres en las intersecciones que, sin complejo alguno, les disputan la calzada a los coches, aprovechando el menor intersticio para escabullirse en medio de los embotellamientos a las horas más críticas del tráfico, con maniobras que siempre irritan a los conductores y las conductoras al volante, atrapados en un *go slow* y llenos de rencor al ver cómo aquéllos se toman libertades con respecto a las órdenes del código de caminos —al cual, sin embargo, ellos y ellas tienen que obedecer— llenando a veces las arterias a contrasentido y despreciando sin vergüenza los semáforos: verde, amarillo y rojo, da lo mismo, frente a las narices de los policías responsables de regular la circulación y que lo permiten. Las relaciones habituales entre estos dos grupos de usuarios de la vía pública son tan conflictivas que, tras ocurrir el menor altercado accidental, el automovilista en cuestión se ve rápida y frecuentemente rodeado por una manada vengativa de tipos que se hallan frustrados en sus condiciones precarias de existencia. La mayoría de las personas preferiría encontrarse en un carro y en una

oficina quedándose al final con los brazos cruzados contra su salario mensual, antes que recorriendo la ciudad con el mayor detenimiento, a la hora en que el sol pasa por el zenit, a fin de reunir cueste lo que cueste el dinero de la cuota semanal que hay que pagar cada sábado en el fondo vernáculo de asistencia mutua.

#### LEVANTAMIENTOS, VELATORIOS Y PROCESIONES

En esta ciudad inmensa y dividida en administraciones de siete distritos, ciudad difusa, son independientes unas a otras las pulsaciones intrínsecas de los barrios que constituyen a cada uno de ellos. New-Bell, baluarte en otra época de la Unión de Poblaciones de Camerún (UPC), el movimiento nacionalista que en la década de 1950 trajo consigo la reivindicación de la independencia para salir de aquella Unión Francesa que era preconizada por De Gaulle, no es Makepé, una barriada que emergió en las proximidades del manglar a comienzos de la década de 1980. En el barrio PK 12, en la vieja carretera Duala-Yaundé, pueden encontrarse penurias de las cuales tal vez nunca sabrán nada los *happy few* que habitan el elegantísimo Bonapriso, a no ser por los medios de comunicación y la columna de miscelánea. No obstante, es un día de la semana en el que esta heterogeneidad se sincroniza bajo la vara de la única certeza que los altriciales comparten —en este caso, la muerte—, y este día es el último laborable, con el fin de semana a la puerta.

El viernes está dedicado a los levantamientos de cuerpos en las morgues y a los velatorios fúnebres que se realizan en el domicilio del difunto o la difunta, cuando los restos no van directamente a su aldea. La muerte es un elemento central y el cual perturba la rutina urbana.

Tal o cual arteria de gran circulación o callejón se verá obstruida hasta el día siguiente, ya que las carpas que reciben la compasión de padres y amigos habrán sido alzadas en una vía pública con la aprobación de la autoridad municipal de su competencia territorial. ¿Privatizaciones abusivas? La controversia sobre este tema sensible suscita fuertes fricciones; los autóctonos consideran que nada ni nadie debería privarlos de un derecho de suelo: están todavía, en su opinión, en su pueblo, y pueden con justo título hacer lo que aquí se les dé la gana.

Estas obligaciones a veces acaparan todo el fin de semana. Los adultos se hayan insertados en el carrusel de las relaciones sociales, es decir, yendo de una aflicción a otra, haciendo acto de presencia aquí en vez de allá. Después de la inhumación tendrá lugar un refrigerio de gratitud por la asistencia, ofrecido por la familia afligida y que es más o menos favorable de acuerdo con el estatuto del desaparecido cuando estaba vivo. Por su cuenta, los obsequios son un momento social propicio para las demostraciones de influencia y para algunas reuniones felices.

La pléyade de procesiones desconsoladas que se dirigen hacia tal o cual cementerio de Duala, después de los oficios religiosos más adecuados, perturban tanto más el tráfico los sábados. A menudo precedidas por una banda estruendosa —como un último desfile en honor al muerto— y usando atuendos tejidos con la misma tela en taparrabos que testimonia la pertenencia al seno familiar. En estas circunstancias dolorosas, los lazos primordiales de parentesco, que se hallaban tensos por el acaparamiento profesional, supuestamente se estrecharán en torno a un cadáver dentro de su ataúd. La ciudad se llena de negro y blanco, colores consagrados al luto y de los cuales se sabe que las tradiciones locales asocian el primero al mundo misterioso de los espectros y el segundo a un legado colonial, al igual que el pan. Este lugar ruidoso



que fue hecho para la muerte por los feligreses cristianos, contrasta totalmente con aquella discreción púdica con la que los adeptos del Corán se separan de los suyos: sin más ruido que la caída de una hoja muerta. ¿A qué nombre corresponde este desenfreno de energía, de recursos materiales y financieros? ¿Dispersión clemente con fines simbólicos? ¿Exhibición trivial de opulencia? No es evidente la línea de demarcación entre estas dos modalidades.

### *FIESTA CITY*

Después del atardecer empieza otra Duala, que viene de lejos, siguiendo la estela del *Chantaco*, de la *Frégate*, del *Domino*, de la *Jungle*, del *Saint Hilaire* y otros estandartes —para algunos desde hace mucho

tiempo— del paisaje nocturno. Fiesteros y las fiestas del mundo entero, bienvenidos a *Fiesta City*. Mientras que las aldeas comienzan a dormir prefiriendo la quietud bucólica, una parte de los ciudadanos comienza a despertar a sus demonios, por ejemplo, el de la carne que conduce a la multitud, y la respiración urbana comienza a cambiar de frecuencia. Se ha terminado la época en que los clubes nocturnos más populares se concentraban en Akwa, el centro histórico de la metrópoli portuaria. Casi todos los barrios cuentan ahora con uno o dos, y abundan los puestos callejeros bajo luces: ya no existe el monopolio de la disipación urbana por parte de una élite. Zona franca, la arena de la concupiscencia queda abierta a todos los deseos y vientos. Con finos encantos y la esperanza de llevar en los hombros una buena caza, los proveedores de éxtasis con una misma tarifa se deslizan de uno a otro muelle.

Duala *by night* enarbola un pabellón de intemperancias al final de la desembocadura de Wuri cuando los hombres reciben sus salarios. Las «calles de la alegría» rugen decibeles tanto más como la cerveza fluye, oscura y clara. Fácilmente reconocibles y como un código universal, los focos rojos puestos aquí y allá señalan puertos acogedores para las parejas faltas de copulación. Con su lucidez obstruida, la adrenalina vacía las carteras masculinas y de forma inexorable el dinero cambia de bolsillos a lo largo de unas horas. El claroscuro del anémico alumbrado público oculta la desgracia que agobia profundamente el día, engendrando una empalagosa melancolía en este teatro donde cualquier conclusión está ausente. Santuario permanente para aquellos que se resisten al conformismo ambiental, si la noche decreta una suspensión temporal con respecto a la fealdad, también pavimenta el camino a las embriagueces dantescas, incontrolables, tanto desinhibidoras como fuentes de alboroto para la convivencia libidinosa.



Hacer entrar en razón a un bravucón que salió de sus casillas por una evidente sobredosis etílica, es, en la mayoría de los casos, un ejercicio épico para la paciencia: sería bastante más fácil sacar una aplanadora atascada en el fango. En la ladera sórdida de *Fiesta City*, en el cruce denominado He-perdido-mi-vida, ninfas depravadas ceden sus tristes cuerpos ya marchitados a hombres en celo, en contra de una miseria y para obtener una dosis de crack.

#### FRIVOLIDAD Y BAÑOS DE SANGRE

Mientras tanto, la *gentry* cosmopolita, *white & black*, contonea sus cuerpos hasta perder el aliento, en *dance floors* donde la entrada es altamente selectiva y que se ubican entre Bonanjo y Bonapriso, el *must* de los barrios residenciales. Incluso durante el día esta fauna rica se aventura con muchas dificultades fuera de este perímetro tranquilizador: hace sus compras en Casino y otras enseñas comerciales *ad hoc*. Duala cuenta con varios rostros inconmensurables, los cuales representan tantos aspectos yuxtapuestos de esta amplia ciudad que, en 2017, funciona bajo diferentes regímenes de pulsación urbana. Atrás quedaron los días en que la graduación de las antílopes del Liceo de Jovencitas de New-Bell suscitaba alguna efervescencia más allá del entorno escolar, con la atracción de un Mot'a Muenya, también conocido como Ekambi Brillant, el popular cantante de makossa<sup>2</sup> de la década de 1970, entonces clon local de James Brown y que hoy en día es un famoso casi retirado, realizando todavía de vez en cuando algún show autoparódico. El único concierto de los

---

<sup>2</sup> Género de música popular en las zonas urbanas de Camerún. [N. del T.].



*Black Spirits* —la orquesta del colegio Libermann— en el cine El Wouri, levantó el polvo en 1971, con Eso Evina Roger en el teclado, Njoh Bona en la batería, Toco Ndedi André en la guitarra solista o de acompañamiento y Eyoum Guy, «Cool Bass», en el bajo. En ese entonces no existía la televisión.

Así pues, ¿quién en Bepanda-Tonerre, barrio repleto, poblado mayoritariamente por procedentes del Oeste, con su mercado, su estación de autobuses, sus bares y sus figuras famosas, sus altos y sus bajos, ha sabido que el año pasado, a seis mil kilómetros de distancia, en Grenoble, Eyoum Guy (el «Hombre de la Sabana»), músico que se convirtió en matemático, murió solo en la calle un día de primavera, rebelde hasta el final contra el orden económico y político de la esca-

sez, sin un domicilio fijo? Cuando una mujer depresiva estaciona su coche lujoso y baja para dirigirse al estanque de La Douche, al borde del barrio Congo, quitándose su ropa y nadando con su grasa adiposa bajo el chorro de agua, su gesto improbable de desvergüenza alimenta la crónica urbana y da lugar a conjeturas absurdas, género entre otros de mortificación impuesta, necesaria, para transformarse en Creso por vías místicas. Los curiosos traviesos aprovechan un drama íntimo, del que no sospechan sus resortes secretos, y se vuelven... gargantas cálidas que cultivan los mitos en curso sobre el enriquecimiento espectacular *ex nihilo*. Cuando Samuel Eto'o acaparaba todavía el título de Pichichi de la Liga Española, como un fuego fatuo puesto debajo de la camiseta catalana, en los días en que el Barça jugaba escaseaban los taxis y las motos, pegados sus conductores delante de las pantallas en los establecimientos de bebidas para mirar a su ícono marcar aquellos goles espléndidos que hacen rugir a una multitud de fanáticos repletos de entusiasmo.

Cuando el operador de telefonía móvil MTN encomiaba su popularidad a la realización de anuncios en trescientos sesenta grados, a las afueras de la sede de la empresa ocurrían prácticamente motines a la espera de que apareciera y de que su generosidad ambulante arrojara —con una pequeña sonrisa de reojo— entre la cohorte de aduladores entusiastas algunos puñados de grandes billetes de diez mil francos CFA sobre los cuales se lanzaba la situación de necesidad. Cada vez que sus homólogos mercenarios del fútbol y él están en la ciudad, difícilmente pasan desapercibidas sus presencias: con barriles de dinero a la vista, la información se propaga como fuego de sabana en temporada seca y se conforman rápidamente las aglomeraciones de aficionados. Se trata de la primera generación exhibicionista de futbolistas millonarios en

un país agotado por el capitalismo y en el cual, a menudo, sólo a través de la colusión con el poder uno se asegurará un acceso a los recursos para una soltura material. Las leyendas urbanas ya no son lo que eran hace poco tiempo entre el manglar y el macadán. Bajo intemperies *cool*, Duala —relajada, supuesta no-tomemos-la-delantera— es una ciudad con una identidad indecisa, donde uno hace demostraciones públicas, muy orientadas a lucir.

Cinco decenios de constricción política, a pesar de la pseudoapertura de la década de 1990 que fue inspirada por los vientos del Este y que fue impuesta por François Mitterrand a cambio de la ayuda financiera de París en la prueba de los ajustes estructurales que ciñen la zona económica del franco CFA, han garantizado una preferencia duradera por la frivolidad en la panoplia de las posturas mundanas que se encuentran disponibles en este rasero histórico. Sin embargo, el temperamento disruptivo de esta ciudad no ha quedado desmentido desde los cañonazos alemanes en la bisagra post-Berlín de los siglos XIX y XX: el ahorcamiento precipitado el 8 de agosto de 1914 de funcionarios sawa, pasando por la década de 1940 y las primeras huelgas de ferroviarios, fomentan el nacionalismo camerunés. Éste se levantó tres días en febrero de 2008 —al menos sus *have-not* juveniles—, reclamando su pedazo del pastel nacional y la salida de Paul Biya, quien lleva el control del Estado desde el 6 de noviembre de 1982 con la dimisión repentina de Ahmadou Ahidjo, el primer presidente del Camerún independiente. En contra de muñecos adolescentes sin armas a la mano, de Yaundé salió, como un último baluarte del régimen que fue enviado para restablecer *sine die* el orden, el Batallón de Intervención Rápida (BIR), una fuerza militar con clasificación de tercera categoría y unidad de élite *made*

by *Tsahal*, encargada originalmente de combatir sin piedad el enorme bandolerismo transfronterizo que todavía prevalece en la región septentrional y hoy en día comprometida con el frente Bojo Haram: la represión desproporcionada provocó varias centenas de muertes entre los amotinados, en su mayoría mineros. Un oficial militar francés consideró que ocurrió una represión general. Duala tiene algunos baños de sangre en su haber, y en reserva para abastecer una insurrección radical por venir.

#### METER EN EL ATAÚD, CHORREOS Y MANGOS

En esta latitud ecuatorial acribillada por el sol desde la segunda quincena de noviembre hasta mayo, forzosamente da sed, y para saciarla no hay nada que se le parezca a una cerveza bien fría, cualquiera de las diecisiete marcas disponibles en este mercado en expansión, dominado por la SABC, filial del grupo francés Castel. De la Beaufort Lager, alias «Jobajo», una marca vieja que llegó en 1948, año en que la empresa de cervecerías azul-blanco-rojo se instaló en Camerún, a la Guinness oscura que ahora pasa como Diageo, pasando por la intangible 33 Export y la *Kadji made by* UCB, el único actor nacional del sector de la cerveza, y por sólo citar éstas, en 2016 se bebieron no menos de 660 millones de hectolitros de cerveza en la zona norte de la latitud cero. Un récord en la África subsahariana sólo después de la *Rainbow Nation*. Aunque por mucho tiempo el marco legal los había mantenido en contingentes arancelarios de doscientos metros, la densidad de los caudales de alcohol estalló con la desregulación impuesta bajo la dirección ideológica del Consenso de Washington. Puede obtenerse la licencia sin dificultades: basta con pedirlo. El so

*called* «bar» es en Duala, como en otros lugares, una fuente de dinero, el lugar común y el barómetro de la condición de las carteras. El sábado y el domingo llegan las mutualidades étnicas de solidaridad para tener, en la lengua popular, sus *after*, y aquí uno se emborracha mucho, sin distinción de género, con botellas de 65 cl. El burlón e insolente Maahlox, estrella local del hip-hop, ha hecho de esta pasión por la cerveza una canción fuertemente exitosa en este distrito musical, entre ironías y testimonios de una adicción sin conexión con la estricta necesidad fisiológica de desalterarse.

Al estar desprovistos de baños la mayoría de los establecimientos de bebidas, y sólo Dios sabe lo mucho que la cerveza puede pesar en una vejiga —a lo que hay que sumar el nivel del ruido de fondo para soportar la noche a las horas de dormir, a pesar de las protestas que resultan vanas para sus responsables—, los ribereños también deben contar, en detrimento de sus narices delicadas, con la insaturación por parte de los clientes de meaderos a cielo abierto en el vecindario más próximo, que emiten sórdidamente cuantiosas miasmas amoniacadas tanto los días cálidos más volátiles como los de lluvia. En las calles, agresiones olfativas en primer grado emergen como una bofetada nauseabunda e imparable, que a su vez dan testimonio de la poca atención que los accionistas de esos ignominiosos puntos dirigen al bienestar de sus semejantes. Es notable que el colapso del poder adquisitivo en el franco CFA no ha tenido en tres decenios ningún impacto dramático sobre su nivel de consumo, una insensibilidad que dice mucho sobre la función pacificadora de la cerveza y las mediaciones de los matrimonios, en un contexto elaborado por tensiones y frustraciones. Estos miles de establecimientos de bebidas son sólo algunos de los ventrículos

de los corazones de Duala a los que se dirigen los *kmer*,<sup>3</sup> mujeres y hombres, con sus contratiempos y sus esperanzas, sus cóleras y sus cobardías, su elocuencia y sus fragilidades.

En julio y agosto tiene lugar un régimen de lluvia espantoso: primero una precipitación cero, después el cielo chorrea durante largas horas. Lentamente el día entero puede cubrirse de lluvia como si nada. Se trata de una temporada que los mototaxistas aborrecen incluso si salen equipados con sombrillas: este accesorio no protege completamente de la intemperie. Por su parte, mientras que los taxistas clásicos se frotan las manos, el tiempo juega a favor del automóvil, que se vuelve así sinónimo de refugio seguro; el tiempo reequilibra las rivalidades, que a ojos de estos últimos parecían desfavorables frente a esas chinerías estridentes, ahora golpeadas por la exclusión en los perímetros acogedores y ricos de la ciudad. La convergencia variopinta de los paraguas en movimiento en las calles mojadas ondula entre el cielo y la tierra. Apenas repuestos de las contingencias normativas de un año escolar, unos niños recorren la ciudad con unos platillos de cacahuates tostados que equilibran en sus cabezas, chicos adolescentes y niñas núbiles, a solas o en pareja, ofreciendo «¡Cacahuates, cacahuates!» y exponiéndose en el camino a todos los sobornos imaginables. Como para hacer enfurecer a una cierta «convención» minuciosa sobre la vulnerabilidad intrínseca de sus protegidos, con la diferencia de que aquí los primeros concernidos no se quejan de nada, al contrario: ellos y ellas dicen encontrar en esta actividad ambulante un espacio de libertad y de esparcimiento. Sin embargo, los condenados ponen

---

<sup>3</sup> Término para Camerún —en este caso cameruneses— en jerga «camflanglais», conformada por lenguas cameruneses, el francés y el inglés. [N. del T.].



siempre cara de lamento, pero no engañan a nadie, están a años luz del gran entusiasmo de los demás...

Tras apoderarse en 1884 de esta porción de África en el golfo de Guinea llamada por ellos Kamerun, justo delante de las narices de los ingleses y al amparo de un tratado firmado con altos comerciantes del crudo, los alemanes introdujeron el cultivo del cacao y una variedad de mango que se aclimató perfectamente en los huertos. ¿El mango? Cuando llega la temporada, éste es el fruto de todas las audacias y condenaciones. ¿De qué no son capaces los niños para atascarse de mangos? La avidez impaciente vandaliza felizmente los follajes, arrancando incluso los frutos verdes, para tirar calculadamente proyectiles para recoger los maduros. Los seculares y musgosos



mangos de la avenida del general De Gaulle en Bonanjo son, en cada nueva temporada, las víctimas de estos saqueos intempestivos, que arrancan antes del amanecer. Al comienzo de las clases, los mero-deadores se deslizan para recoger a escondidas los mangos que han caído al suelo por las cargas de los vientos y para sacudir las ramas, mientras que los usufructuarios continúan durmiendo en sus casas con los puños cerrados, para forzar a los demás a tomar el mismo camino. Un principiante genuino come diez de estos mangos jugosos en aproximadamente menos de una hora, y dos o tres más con una velocidad media. Advertencia: estos mangos no tienen nada que ver con la fruta enorme que aparece en la rúbrica «imágenes» de Google, en cuanto al sabor y la textura de la pulpa se refiere. ¿Alguien ha dicho manjar?

### *EXIT*

Los múltiples rostros de Duala son algunos de los muchos puntos de acceso hacia espacios-tiempos singulares que se entrelazan o se superponen cuando tienen la oportunidad, rozándose y tramando así el espacio urbano. Recorrer esta inmensa ciudad implica una excursión cronotópica; o, dicho de otro modo: de cierto lugar a tal otro, para los protagonistas no opera una misma temporalidad. La ciudad de los testigos de Jehová no es la misma que la de los militantes del partido en el poder que se propagan con ropa que lleva la efigie de Paul Biya todos los 6 de noviembre, desde 1983, para conmemorar el acceso al poder del ex-seminarista. Los vendedores ambulantes de gafas nunca son los mismos durante dos días consecutivos que pasan en la rotonda de Deido: imposible retractarse de una adquisición dañada.

La tarifa para atravesar en moto el puente del río Wuri puede variar —a merced de los embotellamientos y su consistencia— hasta dos veces más. Este encarecimiento abrupto practicado por los fogoneros de la quiebra histórica del régimen, en las horas pico, muestra hasta qué punto la ley de la oferta y la demanda remoja los miembros de esta corporación estruendosa. El poder adquisitivo conduce la barca dentro de todos los compartimentos de la sociedad: es el director de orquesta de los ritmos urbanos en Duala.

*Traducción del francés:*  
*Alan Cruz*

## Ritmos de un camino: ecos de una etnógrafa

Conducir a lo largo de un camino en una ciudad. Limitar el espacio de entendimiento, ahondar la posibilidad de comprender. Elijo mi ciudad natal, Maputo, capital de Mozambique. Elijo 25 de Setembro y Marginal, dos avenidas que forman parte de un camino que va hacia el norte delineando la bahía de Maputo, donde la planeación urbana siempre cambiante evidencia las decisiones económicas y sociales del gobierno presente; donde los humanos se mueven en espacios urbanos delimitados pero aparentemente libres, construyendo diferencia y uniformidad mediante dinámicas conflictivas pero armoniosas. Yo observaría la belleza del flujo urbano... en un camino largo. Y tú vendrías conmigo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El siguiente texto está compuesto por tres narrativas: la voz de la etnógrafa guiando al lector por un viaje a lo largo de este camino, la voz de la etnógrafa recordando y analizando lo que vio durante el viaje, y extractos elegidos de un discurso de Mia Couto presentado en 2005, titulado «The Seven Dirty Shoes». Consultado el 2 de octubre de 2006 en: [www.comunistas.info/mia.htm](http://www.comunistas.info/mia.htm).

## AVENIDA 25 DE SETEMBRO

Conduce hacia el extremo sur de 25 de Setembro, da vuelta en U, detén el auto, inhala, prepara la cámara, apaga el aire acondicionado y abre la ventana. El extremo sur se caracteriza por un área industrial. Gira tus ojos a la izquierda para observar los pequeños edificios industriales, exhibiendo formas plásticas duras, que datan de las décadas de 1940 y 1950, tal como las fábricas de aceite y cerveza: ahora gíralos a la derecha y mira el terreno contrastante que es propiedad de la compañía ferroviaria, donde viejos trenes y herramientas de mantenimiento están enterrados en la hierba espesa, seguidos por casas de piedra de dos niveles originalmente construidas por lo empleados del ferrocarril. Mira a la izquierda hacia el club deportivo *Ferrovário*, un viejo edificio blanco y verde, rodeado de acacias en flor.

¿Puede ser entendida una ciudad a través de un largo camino? ¿Podría yo, a través de la avenida 25 de Setembro y su continuación, avenida Marginal, profundizar mi comprensión de Maputo? Entro al auto con la intención de conducir por este camino, en dirección al norte, percibiendo y observando sus varios y diferentes ritmos, las interacciones entre los individuos, los servicios ofrecidos, las redes establecidas, el paisaje, las infraestructuras, el ambiente, las prácticas culturales. Sin embargo, éste no era un sitio nuevo, yo había estado aquí antes, pero nunca había conducido por el camino lenta y metódicamente con la intención de investigar en mente, lo cual cambió mis proyecciones observacionales, mi punto de apoyo analítico, así como la dirección de la fotografía.

«Ya conocemos este discurso. La guerra, el colonialismo, el imperialismo, el apartheid, todo y todos tienen la culpa. Excepto

nosotros. Es verdad que, hasta cierto punto, otros tienen la culpa por nuestro sufrimiento. Sin embargo, parte de la responsabilidad siempre ha residido en casa. Estamos siendo víctimas de un largo proceso de evitar responsabilidades. El acto de evitar la responsabilidad es uno de los estigmas más fundamentales que cargamos, africanos de norte a sur. Algunos dicen que esto es parte de la herencia de la esclavitud, del tiempo en el que no éramos dueños de nosotros mismos».

Los primeros semáforos indican la frontera entre las áreas industriales y las áreas comerciales, estas últimas con un intenso movimiento formal e informal. Cruza la avenida Guerra Popular con cuidado, intentando no chocar, ignorando las luces rojas, verdes y amarillas que alternadamente, casi al azar, vienen y van. Mira a tu derecha y observa el Mercado Central. Siente su edad a través de la fachada. Estaciona el auto. Ten cuidado de no dejar nada dentro. Coloca el seguro del volante. Envuelve tu cámara alrededor de tu pecho, cierra el auto, negocia quién va a estarlo cuidando y cruza la calle caminando hacia el mercado.

Una ciudad está hecha de ritmos; bienes, gente y servicios fluctuantes moviéndose y siendo movidos constantemente en complejas redes de intercambio y poder. La existencia de estas redes determina las vidas de los individuos, tanto como ellos determinan la existencia de las redes. En una relación dialéctica de poder, las redes nacen, se desarrollan y mueren, en flujos constantes o, en otras palabras, en ritmos. Esta vida y esta muerte también se relacionan con el ambiente físico, que incluye los ambientes naturales y los construidos.

La comprensión de los ritmos y redes de una ciudad me permitirá, con suerte, echar un vistazo a la complejidad que permea cada espacio urbano, hecho de capas económicas, políticas, culturales y sociales superpuestas, como el Mercado Central.

«El patrón, muchas veces distante e invisible, era responsable de nuestro destino. O de la ausencia de un destino. Hoy ni siquiera simbólicamente matamos al viejo patrón. Una de las formas de tratamiento que más rápidamente emergió desde hace unos diez años para acá fue la palabra “patrón”. Era como si nunca hubiera muerto, como si estuviera buscando una oportunidad histórica para arrojar en nuestra vida diaria. ¿Podemos culpar a alguien por esta reaparición? No. No obstante, estamos creando una sociedad que produce desigualdades y reproduce relaciones de poder que creímos estaban enterradas».

Observa a los vendedores ambulantes, vendiendo somozas y pays, perfumes y DVDs, muñecas y naranjas; observa a la gente entrando y saliendo de sus autos, con miedo de ser asaltados, a los niños de la calle pidiéndote cargar tus compras, los autos importados a lo largo de la calle. Entra. Siente el olor. Observa los colores. Toca la fruta. Toca los colores. Paséate un poco, mirando a la gente, vendedores negros, compradores negros, vendedores y compradores blancos, indios, mulatos, canecos,<sup>2</sup> negros claros, blancos oscuros, hasta que no haya colores, sino solamente vendedores y compradores. Escoge entre uvas, duraznos, miel pura, aves enjauladas, nueces, artesanías, naranjas. Observa el sonido y disfruta.

Entrar a este mercado me trae una sensación de nostalgia, como entrar a un viejo libro favorito al cual vuelvo con frecuencia para releer y redescubrir. Visito el mercado cada vez que voy a Maputo en vacaciones, en donde compro bolsas para amigas, nueces de la India para miembros de la familia que viven en el extranjero, tamarindo para mis currys, uvas para mis dedos y mi boca. Estar allí me

---

<sup>2</sup> En Mozambique se llamaba canecos a los hijos de europeos e indios. [N. del T.].

hace pensar en una ciudad al interior de una ciudad. Se siente casi sostenida por sí misma.

«El refrán dice: “la cabra come donde fue amarrada”. Todos conocemos el lamentable uso de este aforismo y cómo justifica la acción de personas que toman ventaja de situaciones y lugares. De por sí es triste que nos equiparemos a una cabra. Pero también es sintomático que, en estos convenientes refranes, nunca nos identifiquemos con animales productivos, como la hormiga. Imaginemos que el dicho cambia, convirtiéndose en lo siguiente: “la cabra produce donde está amarrada”. Puedo apostar que si éste fuera el caso nadie querría ser la cabra».

Sal del mercado por la entrada principal, por donde entraste antes. Revisa si tu auto sigue aún allí, pero no camines hacia él. Cruza la avenida hacia el lado opuesto. Camina por una calle pequeña, la calle Mesquita, perpendicular a 25 de Setembro y opuesta al mercado, la cual te lleva a la Mezquita Central de Maputo. Observa lo intricado de la fachada de esta mezquita, con sus formas y diseños arabescos; luego mira detrás de ti, observando a las mujeres mendigando frente a este monumental edificio. Son viejas o lisiadas, o ambas, y tienen niños pequeños.

Siento curiosidad por las mezquitas. Entro. Es una mezquita exclusiva para hombres. Camino alrededor apreciando su arquitectura, tocada profundamente por la exclusión de las mujeres de este lugar de adoración. Las imagino en casa sobre sus alfombras para rezar, olvidando cómo suena el *azhan*,<sup>3</sup> lejos de la vida pública del islam, ¿Es esto islam? ¿O es la cultura de la India en Maputo? Salgo de la

---

<sup>3</sup> Fórmula que se usa en el Islam para convocar a los fieles a la oración obligatoria. [N. del T].

mezquita y me siento junto a las otras mujeres, las que esperan afuera. «Todo lo que haces ahora es por dinero», me cuenta Gracinda. «Mira alrededor tuyo. Todos van tras el dinero. Ésta es sólo otra manera de llegar allí. Éste es mi trabajo». Gracinda no es musulmana, aunque su cabeza está cubierta meticulosamente; los domingos por la mañana trabaja afuera de la iglesia. Esperan a que los hombres salgan de la plegaria, tienen fe en que muestren arrepentimiento-generosidad en forma de dinero.

«Hablamos sobre la erosión de los suelos, de la deforestación, pero la erosión de nuestras culturas es aún más preocupante».

Camina de vuelta a tu auto. Discute sobre quién lo cuidó, entra, busca algunas monedas, dáselas al guardia del auto, coloca tu cámara sobre tu regazo, quita el seguro del volante, asegúrate dentro del auto, enciende el motor, ten cuidado de los autos, y continúa conduciendo hacia el norte.

La planeación urbana de Maputo data del final del siglo XIX. Fue diseñada basándose en nociones e intenciones militares. Cuando se mira desde arriba pueden verse las formas lineales de los caminos, creando un mosaico de cuadrados y rectángulos, en un número infinito de ángulos rectos. El diseño de la ciudad aspiraba a organizar un futuro desarrollo, un futuro conjunto de redes y ritmos acordes a los objetivos de ese periodo, cuando Lourenço Marques<sup>4</sup> era la capital de Mozambique, una de las provincias de Portugal en el extranjero.

«Soy de una época en la que lo que éramos se medía según lo que hacíamos. Hoy lo que somos se mide según el espectáculo que hacemos de nosotros mismos; según la forma en que nos colocamos

---

<sup>4</sup> Nombre de Maputo antes de la independencia. [N. del T.].



en el escaparate. Muchas de las instituciones que deberían producir ideas hoy están produciendo pedazos de papel, llenando estantes con reportes destinados a convertirse en archivo muerto. Más que encontrar soluciones, se buscan problemas. En vez de acciones, se sugieren nuevos estudios».

Nací en Maputo. Me pregunto cómo era Lourenço Marques. Los caminos son los mismos, aunque los nombres hayan cambiado desde la independencia. Ahora vivimos rodeados de la memoria de todos los revolucionarios africanos; mi madre vive en Eduardo Mondlane, yo tomaba Julius Nyerere y Robert Mugabe de camino a la preparatoria, mi mejor amigo vive pasando Kenneth Kaunda y Mao Tse-Tung es conocida por tener el mejor asfalto en la ciudad; ningún bache, ningún recubrimiento ha sido necesario. Mi abuela aún recuerda los viejos nombres, los viejos clubes, la gente de antes; ella recuerda la independencia con dolor amargo. Mis padres lucharon por la independencia. Intento no darla por hecho. La propiedad de un espacio urbano siempre está cambiando y, predeciblemente, también las formas de propiedad. Mientras mis abuelos y padres caminaban al centro, yo era llevada en auto y ahora conduzco; mientras ellos compraban en el Mercado Central la mayoría de los víveres, yo voy como visitante, apreciando su mozambiquez.

Estás en el centro de Maputo, la *baixa* de Maputo. Hay tiendas y servicios a ambos lados de la calle: pequeñas tiendas, franquicias, cafeterías, tiendas de impresiones, hay muchas tiendas. Hay tiendas Vodacom y Mcel en cada lado, compitiendo por atraer ojos y bolsillos mozambiqueños.

Hace siete años no había tiendas de celulares en Maputo. Usábamos teléfonos fijos. Ahora me dicen que una proporción extraordinaria,

tal vez increíble, de la población activa de esta capital posee un teléfono móvil. En varios estudios rurales y urbanos se ha probado que los celulares hacen menos difíciles las situaciones de pobreza, estrechando la relación entre miembros de familia urbanos y rurales, haciendo más fácil el flujo de efectivo e información. Con la tasa de crecimiento de este mercado, Vodacom, en 2004, intentó entrar en él; hasta entonces había estado controlado únicamente por la mozambiqueña Mcel. La competencia entre estas dos compañías es pública. Incluso debería decir que es invasiva. Existen anuncios amarillos (Mcel) y azules (Vodacom) por toda la ciudad, en pósteres, en los periódicos, en la radio y en la televisión. Maputo es su campo de juegos, la gente de Maputo su objeto de deseo. Representan el libre mercado, la falta de protección para compañías nacionales. «Es bueno, porque le da a Mcel una razón para ser mejor», sostienen mis amigos economistas. Me pregunto: ¿a dónde irá el dinero que Vodacom hace en Mozambique?

«Observo nuestra sociedad urbana y me pregunto: ¿en verdad queremos ser diferentes? Porque veo eso, estos rituales de pasaje se reproducen a sí mismos como una fotocopia fiel de lo que yo siempre conocí en la sociedad colonial. Estamos bailando el vals, con vestidos largos, en una fiesta de graduación que es una copia de los de mi tiempo. Estamos copiando las ceremonias de graduación a partir de modelos europeos de la Inglaterra medieval».

Ahora mira ligeramente encima, sobre las tiendas, observando las fachadas, una mezcla de ventanas faltantes y luces, y edificios recién renovados y bien conservados. El Banco de Mozambique está a tu derecha, grande, modernista, evocador, con un extenso mural en la fachada. Contempla las decisiones siendo tomadas, el dinero siendo

producido, los documentos siendo firmados. Contempla los cambios que se han llevado a cabo dentro de esta casa financiera en los últimos treinta años, de modos de producción y distribución socialistas a comunistas, a capitalistas, flujos de dinero cambiando, cantidades de dinero incrementando, el poder del Estado disminuyendo.

«La premura para mostrar que uno no es pobre es, por sí misma, la prueba de la pobreza. Nuestra pobreza no debería ser escondida. Los que deberían estar avergonzados no son los pobres sino aquellos que crean la pobreza».

Esta avenida está conformada por capas históricas, en las cuales la herencia de las decisiones políticas y económicas es visible. Ha sido el escenario de tiempos drásticamente distintos. Estas capas históricas conforman el presente; nuevas redes determinadas por políticas externas y tendencias internacionales. Los mozambiqueños también están seguros de heredar una deuda financiera, y un país modificado para corresponder a las condiciones impuestas por el FMI y el Banco Mundial, para poder recibir aún otro préstamo más, del cual nosotros, mozambiqueños, sabemos muy poco. Ahora tenemos caminos asfaltados y más centros de salud y tenemos una enorme tasa de desempleo y corrupción. Pienso en la ética del nuevo gobierno, y si ésta es discutida públicamente. Si yo tuviera que recitar este código ético en esta avenida, diría en dos palabras: ¡capital-poder! ¿Pierdo la esperanza? No. Quizá a veces.

«Hablé de la carga de la que nos tenemos que desembarazar para entrar de lleno en la modernidad. Pero la modernidad no es una puerta hecha únicamente por los otros. También somos carpinteros de esa construcción y sólo nos interesa entrar a una modernidad de la que seamos también constructores».

En los cruces de las calles hay vendedores vendiendo crédito para teléfonos, fruta en *tchovaxitadumas*,<sup>5</sup> perchas, piezas de material, y hay mendigos profesionales, individuos lisiados con asistentes. También hay servicios móviles como pulido de uñas y llamadas de celular. Gira a la derecha, en la avenida Samora Machel, en el cruce con Continental y Scala.

Continental y Scala son viejas cafeterías. Son recordadas por mis mayores, la generación de mis padres, la generación de mis abuelos. Mi madre y mi padre solían ver películas en el cine Scala, desde entonces cerrado y reabierto; que ahora exhibe *thrillers* de acción de la década de 1990, como *Rambo*. Como el cine, la cafetería Scala también cerró y reabrió un número de veces, mientras Continental ha seguido sólida en su producción de *pastél de nata*.

Afuera del café Continental, hay mesas con turistas, trabajadores de clase media lustrando sus zapatos de trabajo, familias bebiendo bebidas frescas y comiendo pasteles. Estando sentada, una tiene el privilegio de respirar la vida de esta avenida salvaje. Tranquilamente, una puede observar el tráfico frenético, los cuidadores de autos y lavadores peleando por vehículos y lavándolos meticulosamente en diez minutos, la gente pasando, con todos sus colores, sus olores, sus sonidos.

Detén el auto tras dar vuelta, decide quién va a cuidarlo y si quieres que lo laven. Toma un *pastél de nata* en Continental y camina derecho hacia el mercado de artesanías sabatino.

El mercado de artesanías tiene lugar cada sábado. Debido a la reconstrucción de la plaza donde solía tener lugar, desde el último año, se

---

<sup>5</sup> Expresión con la que, en el sur de Mozambique, se designan los coches de tracción humana, formados por una plancha metálica con dos ruedas. [N. del T.].

ha movido tres veces. Con él se mueven artistas y vendedores, buscando nuevos rincones y aceras para tender su arte. A los turistas les gusta este mercado; hay un sentido de «autenticidad», de «localidad». Pueden hablar con artistas cuyo arte podrían comprar. Si el artista no está presente, negocian con el tío, el sobrino, el hermano o el hijo. Sólo hay pocas mujeres vendiendo en este mercado: como con los vendedores callejeros, este negocio es muy masculino en Mozambique. La mayor parte de los grandes artistas de este país son hombres, como Chichorro, Naguib y Malangatana, pintores, y Chissano, el difunto escultor. Reinata, de la provincia de Nampula, una mujer analfabeta, es una de las pocas presencias femeninas fuertes en esta escena dominada por hombres. ¿Es Maputo una sociedad patriarcal? ¿Contribuyo o desafío a este ritmo conservador?

Estás en medio de una calle, en el centro de Maputo; estás en el mercado de artesanías. El arte y las artesanías nacionales e internacionales convergen en este espacio, exponiendo oscuramente redes comerciales y de familiaridad, a varias escalas. Observa las ventanas en madera tallada; del Congo, las coloridas esculturas de madera que representan eventos históricos de Mozambique, como las inundaciones o el caso de Carlos Cardoso,<sup>6</sup> los *batiks*<sup>7</sup> colgando en líneas entre los árboles, meciéndose suavemente al ritmo del viento: mira a los turistas, entablando conversaciones con los artistas y a los vendedores, negociando, sonriendo de entusiasmo, frustrados por la insistencia, decididos sobre comprar o no comprar; percibe la vida, y cómo sólo por estar allí eres parte de ella... un comprador potencial.

---

<sup>6</sup> Periodista mozambiqueño asesinado tras su investigación por corrupción en la privatización del mayor banco de Mozambique. [N. del T.].

<sup>7</sup> El *batik* es una técnica de teñido que consiste en aplicar capas de cera sobre el tejido que no se desea teñir. Aquí designa las telas durante el proceso de teñido. [N. del T.].

La mayor parte de los sábados que estoy en Maputo, visito este mercado. Mi casa en Johannesburgo es donde recolecto los trozos que logro comprar allí. Me gusta regresar de un viaje a Maputo y encontrar un lugar en mi casa para las nuevas piezas que he traído; es como hacer mi propio Mozambique dentro de mi casa, fuera de mi país, como una emigrante. Las esculturas y otras piezas pasan por tantas transformaciones, del material bruto al resultado final, trabajadas con creatividad, expresando una visión, una manera de entender y expresar emociones e ideas. El artista las termina; son pasadas de mano en mano, y como esta avenida, adquieren nuevos significados con el tiempo, en reconstrucciones y redefiniciones constantes, según quién las posea y para qué propósito funcionen.

De vuelta en tu auto, pon tus cosas en la cajuela, págale al guardia del auto, arranca el auto, da vuelta en U y gira de regreso a 25 de Setembro. Pasa por las tiendas pequeñas; observa a tu izquierda la vieja Oficina Postal colonial, a tu derecha las oficinas centrales de Emose —una compañía de seguros mozambiqueña— seguido por el hotel Tivoli, recién renovado en tonos púrpuras. Mientras los próximos semáforos se acercan, mira a tu lado izquierdo; mira más arriba. 33. El edificio de treinta y tres niveles, el más alto en el sur de África.

Recuerdo la primera vez que fui a 33 (*trinta e três*, tal cual). Mi amiga de la escuela vivía en el piso veintisiete en el bloque de la izquierda. Hay tres bloques: izquierda, centro y derecha. En ese momento, el ascensor en su edificio no funcionaba, así que tuvimos que usar el del bloque de la derecha hasta el piso treinta y tres, subir las escaleras hasta la punta del edificio y desde allí caminar hacia el bloque de la izquierda. Una vez que llegamos allí yo estaba paralizada, no por el miedo, sino por el asombro, por la curiosidad y el reconocimiento de mi tamaño. La

vista desde la cima. El ojo de Dios. Posteriormente me preguntaba con frecuencia si el gobierno de Mozambique vivía todo en el piso dieciséis o diecisiete, desentendido de la realidad de abajo, demasiado arriba para entender la microdinámica, pero no suficientemente alto para ver la imagen completa, para tener una vista y un conocimiento amplio de las macrorredes de esta ciudad. Y luego, si pensaba en todo el país, con frecuencia me confundía, me molestaba. Regresé al último piso unas pocas veces más. La vista desde la cima perdió su maravilla, yo buscaba estar en el suelo escuchando conversaciones, mirando rostros, sumergiéndome en el tejido urbano, no mirándolo.

«Más que una generación técnicamente capaz, necesitamos una generación capaz de cuestionar la técnica. Una juventud capaz de repensar el país y el mundo. Más que gente preparada para dar respuestas, necesitamos la capacidad para hacer preguntas. Mozambique no sólo necesita caminar. Necesita descubrir su propio camino en un tiempo lleno de bruma y un mundo sin rumbo. La brújula de los otros no sirve; el mapa de los otros no ayuda. Necesitamos inventar nuestros propios puntos cardinales. Estamos interesados en un pasado que no esté cargado de prejuicios; estamos interesados en un futuro que no venga trazado de antemano como una prescripción financiera».

Sigue conduciendo. Allí a tu derecha se encuentra el teatro Avenida, seguido de la feria popular, al otro lado del restaurante Macau. Date cuenta del nuevo semáforo, en donde tienen lugar construcciones de caminos. Ten cuidado de no golpear a uno de los trabajadores. Cuando la luz cambie a verde, conduce por el parque deportivo a tu derecha, donde se está filmando una película, y a tu izquierda, el nuevo hotel VIP, las oficinas centrales de Mcel, dos estaciones petroleras una al lado de la otra, edificios de oficinas, una rama del banco Standard, *Chicken on*

*the Run*, Steers, KFC, una cafetería local, una tienda Vodacom. Observa de frente la FACIM, la sede de una feria nacional anual de comercio y servicios. Mira a la izquierda para ver los colores y las formas del edificio posmoderno de *Televisão de Moçambique*. En la rotonda Robert Mugabe, conduce derecho entre los dos anuncios gigantes de Vodacom, donde se lee «*1 imagem vale mais que 1000 palavras*», 1 imagen vale más que 1000 palabras. Has salido de la avenida 25 de Setembro.

«Lentamente se vuelve claro, por lo tanto, que más personal técnico no resuelve, por sí mismo, la miseria de su propia nación. Si un país no posee estrategias orientadas a la producción de soluciones profundas, entonces ninguna inversión logrará la diferencia deseada. Si las capacidades de una nación están encaminadas al enriquecimiento veloz de una pequeña élite entonces tener más personal técnico es muy irrelevante».

Fui a la escuela en FACIM. La Escuela Portuguesa de Maputo rentaba el espacio, dado que la feria sólo ocurre una semana al año. La feria está formada por diferentes edificios pertenecientes a distintas compañías. En mi décimo grado tuve clases en el edificio de Nescafé. Estuve en FACIM de 1991 a 1999. Veía el bosque del lado opuesto, del lado izquierdo de la avenida, ser talado, en aras de nuevos edificios de oficinas, estaciones de petróleo, hoteles... Solíamos correr allí durante nuestra clase de deportes. Me pregunto sobre las políticas respecto a cinturones verdes en Maputo. Me pregunto sobre ellos, cómo y por quién, son hechas las evaluaciones hidrológicas. Se trata bien de un caso de falta de políticas de planeación ambiental/urbana, o bien de una falta de implementación debida a soporte técnico débil o a corrupción masiva. ¿Quién decide sobre dónde construir en esta ciudad?



## AVENIDA DA MARGINAL

Descubre la bahía de Maputo donde los individuos pescan pacíficamente, donde los postes de luz de la avenida muestran publicidad de Vodacom y Western Union. Te encuentras entre la bahía y la colina; conduce despacio, siguiendo las ligeras curvas. Percibe la brisa. Pasando la estación de petróleo a tu derecha, detén el auto en el *Clube Naval* cercado, donde los miembros disfrutaban los clubes de natación, tenis y squash. Tienes que pagar para entrar, o ser miembro. Pide entrar sólo un minuto para mirar. Observa los botes yendo y viniendo de los muelles, la gente entrando y saliendo con bonitas toallas, bolsas y atuendos, en grandes coches cuatro por cuatro; camina al área de alberca dándote cuenta de las mujeres de mediana edad en bikini charlando sobre su mañana y tarde de domingo, las parejas besándose bajo el agua, hombres jóvenes y viejos pescando, gente esperando o comiendo sus comidas en el restaurante a un lado. Bebe de esta alegría.

«Estamos viviendo en un palco de teatro y de representaciones: un vehículo no es más un objeto funcional. Es un pasaporte para un estatus de importancia, una fuente de vanidad. El auto se convirtió en un motivo de idolatría, una especie de santuario, una verdadera obsesión promocional».

División de clases. Una avenida, otro ritmo. El dinero decide si puedes acceder al *Clube Naval*, si puedes nadar y broncearte, y hacer otras cosas relacionadas al ocio. Yo «crecí» en *Naval*, haciendo las cosas del ocio con mis padres, sus amigos y mis amigas. Aún disfruto ir allí, sentarme con las amigas de mi madre, tener pláticas intelectuales, analizar el sistema de gestión de desechos de Maputo, la calidad de las lociones bronceadoras, y deconstruir los más recientes productos

literarios del mercado. Al llegar tras haber conducido toda la calle, noté que estaba cercada, alienada del resto de la avenida, excluyendo a aquellos que no pueden tener acceso. Es un club de clase media, para quienes no tienen albercas y sin embargo pueden elegir la piscina en vez de la playa contaminada.

«Es urgente que nuestras escuelas exalten la humildad y la simplicidad como valores positivos. La arrogancia y el exhibicionismo no son como se pretende, emanaciones de alguna esencia de la cultura africana del poder. Son emanaciones de aquellos que toman el envoltorio por el contenido».

De vuelta en tu auto, sigue conduciendo hacia el norte. A tu derecha, la bahía parece ensancharse, mientras a tu izquierda las casas casi parecen caer sobre tu auto. Casas nuevas, algunas de las cuales están en construcción, otras inhabitadas y otras en pausa, con estructuras inacabadas y paredes de cemento. Contempla. Los edificios siguientes a tu derecha albergan la tienda y el taller de la asociación de lisiados. Trabajan con cuero. Detente y visítalos. Abren los 365 días del año. De vuelta en el camino, observa más casas nuevas a tu izquierda, sobre las colinas que sostienen los vecindarios más altos de Maputo. Cuando los dos carriles convergen, tienes el hotel Holiday Inn a tu derecha seguido de un complejo de tiendas y restaurantes, todo rodeado por vendedores de arte y artesanías.

Después de este estrecho ajetreado entras a una nueva sección de la avenida; estás en la playa. Puedes ver a gente jugando voleibol, otros caminando, ceremonias de matrimonio teniendo lugar en el agua, chocolates siendo comprados y vendidos, cocos siendo abiertos y bebidos, *tchovaxitadumas* siendo empujadas, pequeños botes de pesca llegando y partiendo, surfistas bailando con el viento. Después de un rato ves el *Clube Marítimo*, opuesto a la estación de petróleo. Toma el

próximo camino a tu izquierda; estacionate enseguida. Es importante que decidas quién cuidará tu vehículo, y que memorices su cara. Deja el auto vacío y cerrado. Sujeta bien tu cámara, y emprende tu camino al mercado de mariscos de Maputo.

«La realidad es que sólo hay una forma de valorarnos: mediante el trabajo, mediante el producto que somos capaces de hacer. Es importante que sepamos cómo aceptar esta condición sin complejos o vergüenza: somos pobres. O hemos sido hechos pobres por la historia. Pero también somos parte de esa historia, también fuimos hechos pobres por nosotros mismos. Las razones de nuestras fallas actuales y futuras también viven dentro de nosotros».

Aquí tienes muchas elecciones. Puedes comprar pescado o mariscos y que te lo cocinen en uno de los restaurantes detrás del mercado, puedes comprarlos y cocinarlos en casa, no comprar y sólo mirar, o ir directo a un restaurante y tomar su propio pescado o mariscos cocinados. Si eliges comprar pescado trae tu propia báscula o usa la báscula del gobierno en el interior: negocia el precio hasta que haya bajado 50 %. Si eliges permanecer y comer aquí, camina por el mercado hasta que veas todos los restaurantes y encuentres uno cuya apariencia te guste. Siéntate y prepárate para esperar por lo menos una hora y media. Escucha los altos sonidos de precios siendo negociados y del sistema de sonido en tu restaurante; observa los colores. El mercado entero está en constante movimiento.

El pescado llega temprano por la tarde. Mujeres y hombres compran directo del pescador, que ha ido al mar muy temprano por la mañana, antes del amanecer. El pescado y los mariscos son traídos al mercado, organizados en hileras y pilas perfectas. Puedes comprar camarones, cangrejos vivos, langostas, calamares y todo tipo de pescados diferentes,

como *pescada*, *carapau*, *vermelhão*, *garopa*, *serra* y *espada*. El mercado permanece abierto hasta las nueve de la noche más o menos, hora a la cual los vendedores comienzan a empacar sus bienes. Los restaurantes permanecen abiertos hasta altas horas de la noche. Los vendedores regresan con el mismo pescado y mariscos temprano por la mañana, alrededor de las siete de la mañana. Alrededor de las tres de la tarde llegan productos nuevos y frescos.

En el camino de la salida, busca al niño que cuidaba tu auto. El servicio de cuidadores de autos es más caro aquí, así que prepárate para pagar más. Regresa a la avenida, gira a la izquierda y continúa hacia el norte. Mientras conduces más lejos llegas a un vecindario residencial, Bairro do Triunfo, con grandes casas y caminos de arena, opuesto a la playa. Después de un rato, puedes ver Game a tu izquierda, mientras a tu derecha hay gente caminando desde y hacia la playa. El tráfico se complica, los conductores bajan la velocidad. Observa a niños y adultos descansando en la playa, algunos jugando fútbol. Pon atención al maíz creciendo a tu izquierda; piensa en la agricultura urbana. El estrecho próximo del camino tiene pequeñas barras rústicas, comerciantes vendiendo muebles, ropa y otras cosas mozambiqueñas. Conduce por allí, observando a la derecha cuidadosamente los árboles arrancados de raíz, la arena fluyendo desde la playa hacia la orilla izquierda del camino, al otro lado de las grandes casas, en erosión permanente y degradante.

Durante el verano, los individuos visitan la playa. Hay carros de comida, gente haciendo una parrillada de pollo, hay cientos de autos conduciendo hacia Costa do Sol. Es verano, las escuelas están de vacaciones y la playa se llena. Cuando la marea baja, incluso se puebla más. Los individuos de las clases bajas y medias caminan en la arena buscando botellas rotas y viejas latas; otros se sumergen intrépidamente

en las aguas pobladas del océano. El verano trae vida a esta avenida; de septiembre a marzo, cada sábado y domingo se siente como víspera de año nuevo. La estacionalidad de Maputo.

El camino termina en Costa do Sol, un restaurante ubicado en un edificio colonial, propiedad de griegos. Normalmente está lleno. Está de frente a la playa y la isla donde alguna vez funcionó una prisión durante el periodo colonial. Detén tu auto, elige si quieres caminar en la playa, comprar una bebida a uno de los vendedores ambulantes o tomar un café en Costa do Sol.

Los turistas conducen a lo largo de esta avenida hacia el norte hasta Costa do Sol y sus famosos mariscos, donde sentados en este inmenso edificio colonial mientras esperan sus camarones y su pescado a la parrilla pueden observar a «los otros», la población que periódicamente inunda las playas de Maputo. ¿Pero son también «los otros» turistas en su propia ciudad? ¿Qué representa para ellos este viaje por la ciudad y a la ciudad, en taxis, buses y autos de tíos? ¿Qué representa la playa de Maputo en la imaginación de aquellos que la frecuentan?

«Pero la fuerza para superar esta condición histórica también reside dentro de nosotros. Sabremos, como ya supimos antes, conquistar la certeza de que somos productores de nuestro destino. Tendremos más y más orgullo de ser quienes somos: constructores mozambiqueños de un tiempo y un lugar donde nacemos todos los días. Es por eso que vale la pena aceptar quitarnos no sólo siete sino todos los zapatos que retrasan nuestra marcha colectiva. Porque la verdad es una: es mejor andar descalzo que tropezar con los zapatos de otros».

Una vez de vuelta en tu auto, da vuelta en U y viaja hacia el sur; te puedo asegurar que encontrarás nuevos e innumerables detalles y una belleza urbana infinita.

Después de conducir por este largo camino estoy contenta de parar y mirar la puesta de sol desde el interior del auto. Siento que conozco mejor a Maputo y pienso lo que sería mi comprensión de esta ciudad si recorriera incesantemente cada camino de esta capital, buscando sus ritmos y sus redes. El viaje le dio profundidad a una conversación de por vida con ésta, mi ciudad.

*Traducción del inglés:*

*Max Manzano*

© Vanessa Ulia Dantas e Sá, «Rhythms of a Road», en *African Cities Reader: Pan-African Practices*, Ntone Edjabe y Edgar Pieterse (eds.), publicado por Chimurenga y African Centre for Cities, 2010.

## Fronteras invisibles

### *Una conversación con Frida Robles*

*El artista nigeriano Emeka Okereke es el fundador del proyecto Invisible Borders cuya búsqueda es desmitificar espacios y distancias en y desde África. Esta búsqueda tiene lugar a través de viajes con una furgoneta y otros cinco artistas a bordo, realizando viajes de larga duración, de dos a tres meses, para explorar regiones y conocer espacios. El proyecto comenzó con un viaje en carretera desde Lagos, la capital de Nigeria, hasta Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina. Emeka Okereke se define a sí mismo como una persona-frontera, en tránsito, híbrido, cuya búsqueda es y se ejerce mediante el movimiento con el fin de problematizar ideas preestablecidas de distancia. En un viaje que hice en febrero de 2017 a la ciudad de Lagos tuve la oportunidad de conocer y entrevistar a Emeka en su departamento ubicado en Bariga, uno de los barrios más poblados del Lagos Continental.*

*¿Qué es un camino para ti?*

Mi filosofía básica es que el movimiento lo es todo. No sé si hay otra manera de resumir esta vida, aparte del movimiento. Dondequiera que vaya es lo que veo. La otra parte de la pregunta, de la narración, es que tratamos constantemente de detener este movimiento. Y eso es a causa de nuestros miedos; el miedo es una de nuestras emociones más fuertes, el miedo a lo desconocido, pero lo desconocido es también donde se encuentran todas las bendiciones. Una cuestión de doble filo, para las personas que no tienen nada a lo que aferrarse: es lo desconocido que les da un sentimiento de esperanza, algo que esperar. Sin embargo, para las personas que tienen mucho, es lo desconocido lo que les hace temer que lo perderán todo. Es esta tensión, en este espectro, la que causa los problemas que ahora tenemos en el mundo. Los-que-tienen tienen miedo de los-que-no-tienen y, por supuesto, a veces los-que-no-tienen aspiran a ser como los-que-tienen. ¿Qué es un camino para mí? Me doy cuenta de que en realidad soy muy afortunado de ser un artista porque todavía no tengo nada, así que puedo tenerlo todo. No estoy interesado en adquisiciones materiales, sino en la experiencia de ser y en buscar comprender la vida. Así pues, como africano que nació después de la Independencia, en ese marco poscolonial, y después de haber viajado a lugares como Europa, mi primer instinto fue resistir y decir «el colonizado», la esclavitud, etc. Como una medida de autopreservación, uno quiere hacerlo. Sin embargo, con el tiempo te das cuenta de que la única manera en que puedo ser útil es en la vida que vivo, que se mueve constantemente y que aspira a una suerte de estado híbrido.



*Como la idea de la creolización desarrollada por Édouard Glissant...*

Exactamente, ser ese espacio intermedio, el intersticio. El espacio que Homi Bhabha diría intermedio, transitorio. En donde hay espacios para la producción de nuevos conocimientos, porque la función de la ignorancia es establecer categorías: el negro, el blanco, el otro. Y cuando haces eso..., no estoy diciendo que no hay razón para hacer eso, pero cuando haces eso, se convierte en una función de nuestra ignorancia, no de lo que es posible.

*Por eso me gusta la noción de creolización, porque es esta idea de reconocer que hay alteridad, pero no es la del deseo de un yo puro.*

Es por eso que *Invisible Borders* es un proyecto poscolonial, que aspira —en cierta medida— a ser un proyecto posracial. No porque queramos descartar todas las posiciones de desigualdad, marginación, subyugación. No lo queremos. Sin embargo, me he dado cuenta de que soy más fuerte, mucho más poderoso si hago un llamado a mi cultura, a mi experiencia como africano. Ya no acepto entrar en una habitación o en un recinto y pensar que soy una minoría. ¿Por qué debo sentirme como una minoría? Debo ser el que se siente más fuerte. Es una manera mucho más proactiva de mirar al híbrido. Además, ya no le doy tanta importancia a lo que piensen de mí, a sus categorías. Al igual que James Baldwin dijo: «Tú eres el *nigger*, es tu problema, no yo». Y eso es muy poderoso. La gente siempre está proyectando sus miedos sobre ti y me doy cuenta de que tus miedos no tienen ningún efecto sobre mí hasta que los acepto; lo que significa que uno mis temores con los tuyos.

*¿Qué significa unir temores?*

Cuando estudiaba en París, a veces entraba en una tienda de abarrotes y me encontraba con un hombre negro —un guardia de seguridad— y empecé a tener mucho cuidado de no ofender a la otra persona, era muy cuidadoso de dejar en claro que no estaba robando nada. De la misma forma en que Baldwin habló de cuando visitó una pequeña ciudad en Europa y fue mirado como a un extraño. Pero para ser visto como un hombre negro es diferente, hay una mirada especial. ¿Qué hacemos contra eso? ¿Cómo nos lo contamos a nosotros mismos? ¿Cómo podemos poseerlo?

Así, los viajes que realizamos desde Lagos a Sarajevo fue lo más proactivo que hicimos jamás. En primer lugar, pretendíamos desmitificar la distancia entre África y Europa. Nunca ha estado tan lejos; ¡está justo ahí! Esta decisión fue política, la distancia se creó con un propósito particular de subyugación, para explotar a la gente. Con esta supuesta distancia todas las relaciones entre África y Europa podrían hacerse bajo la alfombra; así es como Grecia se convirtió en el centro de la civilización.

*La narración de la historia y la geografía...*

Exactamente. Por lo tanto, para nosotros la idea del viaje estaba llena de todas esas preguntas, pero dentro de un proyecto lúdico, activo y simple que está tratando de no quedar atrapado en la política en la medida de lo posible. Hay otras narrativas que han sido mercantilizadas y queríamos alejarnos de eso. Cuando viajamos a Europa, estábamos conscientes de nuestro cuerpo, nuestro cuerpo

negro, el *flâneur* negro. Cuando estuvimos en Europa recuerdo una imagen impactante. En la frontera entre Austria y Eslovenia, aparcamos nuestra furgoneta, nos paramos en la frontera y pasamos algún tiempo allí, nos fotografiamos, comimos, hicimos algunas cosas. Le dije a mi gente: «¿Ven lo que estamos haciendo ahora? No estamos haciendo mucho, pero el simple acto es altamente político, porque: ¿qué estamos haciendo aquí? ¿De qué manera?». Normalmente, en cualquier lugar en donde se encuentre una persona negra debe haber una razón y, a menudo, es que no debería estar allí.

*Se trata de encontrar puentes. Lo que es realmente interesante es que normalmente no se piensa en hacer un viaje por carretera Lagos-Sarajevo. Está fuera del sentido común.*

Fue utópico en primera instancia. Llegamos allí y la gente nos preguntaba: «¿Por qué Sarajevo?». «¿Por qué no?», les respondía. ¿Necesito otra respuesta aparte de esa? ¿No puedo viajar a Sarajevo? ¿Lo ves? Es altamente político. El «¿Por qué no?» es una respuesta perfecta. No necesito validar mi decisión. Y siempre se nos ha pedido que validemos, que nos expliquemos.

*También es parte de desafiar las fronteras. ¿Cómo desafiarlas? Por supuesto, siempre hay fronteras y es la estrategia y la creatividad las que nos ayudan a luchar contra ellas.*

Creo que es así como la gente entiende el proyecto ahora; en el sentido de una verdadera invisibilidad. No hay un intento de masificarlo. No se busca hacer de él algo concreto. No hay manera de

encontrarlo. No hay una ruta particular. No hay lugar para encontrarnos. Empezamos aquí, en Lagos, pero tenemos artistas de otros cinco países. Lo encuentras tal como lo encontraste tú antes de conocernos. Y espero que dentro de veinte o treinta años la gente conozca sobre él y lo encuentre en todos. Estoy seguro de que si miras por aquí en Lagos debes haber conocido al menos a un artista que ha hecho un viaje por carretera, quien te informará sobre el proyecto. Los encuentras en todas partes. Es como magia, aparece y desaparece.

*Siempre que estés en el camino te encuentras con tantos momentos mágicos, particularmente con gente sabia. ¿Podrías contarme alguno que te venga a la mente?*

¿En términos de una experiencia notable? Creo que hay muchas. Es interesante lo que le sucede a un cuerpo cuando decide cruzar una frontera. En primer lugar, hay el temor de lo que se extiende más allá. Entonces recordamos que esta frontera es sólo una frontera para nosotros, pero hay personas que viven constantemente en estas fronteras, habitando estos espacios que llamamos fronteras. Esto es muy importante porque muchas veces establecemos dicotomías, preconcepciones de lo que es posible y, sin esperarlo, surge una nueva percepción de lo que ocurrirá. Hay una distancia, un espacio transitorio. Es «A o B», normalmente no prestamos atención a lo que está en medio. Olvidamos que es un espacio que podemos habitar porque hay quien ya habita ese espacio. En el viaje por carretera conocimos a muchas personas que estaban en la frontera; todo lo que necesitas es adaptarte en ese momento a quién eres y hacia dónde te diriges. Habitar ese espacio transitorio. Por ejemplo, cuando llegamos a la

frontera entre Nigeria y Camerún, el camino —una carretera transafricana— era prácticamente inexistente. Después de la independencia de los tres países ninguno de ellas la reparó y estábamos conduciendo durante la temporada de lluvias. No había ningún otro camino. Nos preguntamos: «¿Vamos a abandonar el proyecto?». Estamos tratando de salir de Nigeria para ir al Congo y ¡el camino no existe! Nos dijeron que necesitábamos encontrar otro camino, pero yo pensé: «¡Ésta es una carretera transafricana! ¡Esto es exactamente de lo que estamos hablando! ¡Este camino debe funcionar!». Estamos de pie frente a la historia por la que estamos divididos. ¿Qué vamos a hacer? ¿Vamos a regresar?

Y, de repente, algunos chicos de la comunidad salieron y dijeron: «Mira, si realmente quieren ir, vamos a ayudarles a sacar con palas el barro de la carretera. Vas a tener que pagarnos, por supuesto, pero lo haremos». Dijimos: «Bien, hagamos esto». ¡Era sólo un kilómetro de barro que bloqueaba la carretera! Estuvimos cuatro días cavando barro, pasando tiempo con estos chicos. Para mí, el proyecto ocurrió justo allí. Míranos: fotógrafos, intelectuales, escritores, cineastas, todos usando las palas, trabajando. El tipo de trabajo que nunca tomamos como artistas, estamos todos en nuestras vidas, soñando y hablando del mundo cuando en realidad la materialidad te está llamando. Ya no vamos a trabajar en nada abstracto. Esto es lo que aprendes en los viajes por carretera. El encuentro con personas que nos ayudaron a deconstruir nuestra noción de lo que significa ser alfabetizado o no serlo.

Estoy en la frontera diciéndome: sé que hay otro conocimiento. Hay uno que se puede adquirir leyendo libros, y hasta que no se es utilizado, este tipo de conocimiento no es digno. Simplemente está

congestionando tu sistema. Podemos prescindir de él. Ése es otro de los grandes aprendizajes que he tenido en estos viajes: se puede vivir sin todo este conocimiento adquirido. De hecho, es una ilusión pensar que este conocimiento nos aporta algo a nosotros como individuos. En realidad, es una carga, que es útil sólo cuando se aplica a algo útil. ¿Cómo usarlo? ¿Cómo explotarlo? En el uso real. Aparte de eso, es más útil pasar nuestro tiempo en experiencias reales de la vida, aprender a ser un ser humano.

*Tengo curiosidad de que continúes refiriéndote al miedo. La tensión entre el miedo y la esperanza, el miedo en el cuerpo cuando se cruza un lugar en particular. Supongo que has tenido, a lo largo de tu vida, un trato personal con el miedo. Me pregunto si tienes una nueva reflexión sobre el miedo. Una postura personal en el asunto...*

Es una pregunta interesante porque después de cinco años de viajar en la carretera la gente —mis amigos— me preguntan: «¿Por qué estás haciendo esto?». El último viaje que hicimos fue al interior de Nigeria. Viajamos a la zona donde Boko Haram actúa y, por supuesto, hubo algunas personas que tuvieron que regresar; algunos de los patrocinadores del proyecto querían cambiar la ruta del viaje. Yo les respondí: «Tuvieron el itinerario y estuvieron de acuerdo. ¿Ahora quieren cambiarlo?». Uno de ellos me llamó y me preguntó: «¿Por qué es tan importante que vayas allí? ¿Por qué?». Y yo le dije: «Porque allí es donde está el proyecto. Por eso es importante. Es donde nos enfrentamos con nuestro miedo». Y de eso justamente se trata el proyecto, del miedo. Enfrentarlo. Vivir con el hecho de que lo enfrentaste. Creo que ésa ha sido mi relación con el miedo. El miedo

es parte de nosotros, es un propulsor. Si lo aceptas y no luchas en su contra éste te retiene, si no le permites que cambie tu punto de vista puede ser un catalizador. Puedes hacerlo mejor, puede agudizar tus sentidos y ayudarte a ser más consciente.

En todos estos viajes, nunca iríamos sin investigar, concienzudamente. Siempre tomamos precauciones, pero siempre sabemos que nuestro objetivo, y nuestra voluntad, es enfrentar y trascender este miedo porque creemos que hay algo más allá del miedo. El miedo es como un espejismo, hay algunas amenazas reales, pero nunca se relacionan con aquel miedo. Tu miedo no permite que nada suceda. No te protege de nada. La precaución es algo que puedes adoptar sin rendirte ante el miedo. Lo que te sucede no se debe a tu miedo, no se trata de que no lo hayas escuchado. No, ésa no es la razón. La vida pasa. Cualquier persona podría morir aquí, un accidente podría suceder, un avión podría caer en esta casa, podríamos estar relajados viendo una película y ¡boom! No voy a vivir con el temor de que un avión pueda caer aquí, cualquier día. No voy a vivir así. Ésa es la relación que he establecido con el miedo, pero, por supuesto, a medida que envejezco, y después de tantos viajes, comienzo a pensar: «Bien, ¿y si mi suerte se ha acabado?». Comienzo a cuestionarme, si no estoy yendo demasiado lejos. Pero de nuevo, todo es parte del miedo.

*Me gusta la idea de que el miedo está siempre en el futuro; es una imaginación en el futuro...*

Es una imaginación visible, como un espejismo, lo ves. Puede ser personalizado, es algo que realmente ves, que visualizas. Por ejemplo, recuerdo cuando estuvimos durante cuatro días dentro de la furgoneta,

en medio de un bosque. No había nada de luz, sólo oscuridad. Todas las tiendas cierran, las personas que trabajan con nosotros van a casa, nos dejan allí, nos quedamos a dormir en la furgoneta, la única protección que tenemos es a nosotros mismos. Si alguien viene, no hay nadie que nos proteja. Pero no queremos entrar en ese espacio mental. Reconocí en ese momento que necesitaba asumir los temores de los demás y decirles: todo va a estar bien. Cuanto más me lo digo a mí mismo, más lo creo. La gente está ocupada con sus miedos. Yo no tengo el lujo de tener miedo. Así es como funciona el miedo. Si se está siempre en una posición donde se tiene el lujo de tener miedo, se tendrá miedo. No significa que no te metas en problemas, puedes hacerlo, pero la verdad es que es posible que puedas salir y nada suceda. Eso fue lo que pasó. Salimos y la gente decía: «¡Ustedes están locos!». No, simplemente no tenemos el lujo de tener miedo. Estamos más bien en una situación donde el miedo no nos ayudará. El miedo sólo va a hacer ese momento miserable. Va a distraer. Lo que sucederá, sucederá. Todavía no ha sucedido nada. Hasta que no vea que eso suceda, aquí estamos.

*El tema de la migración posee relevancia política. El miedo debe ser atacado de manera activa. Eso es lo que realmente admiro en el proyecto.*

¿Con qué fundamentos me dices: «No hagas esto»? ¿Has estado allí antes? No. Entonces, cuando vamos allí y volvemos con noticias, ¿no estarás contento de aprender de nuestras experiencias? Por supuesto que lo estarás. Sé que tienes buenas intenciones, pero dado que no estuviste ahí no me aporta ningún conocimiento. No es nada tangible. No has estado allí. Estoy inclinado a saber más de lo que



tú sabes. Recuerda que no vamos a entrar en esto sin ser cautelosos, vamos a estar mejor preparados que tú que tienes miedo. El miedo te controla. Vamos a confiar en la información que la gente compartirá con nosotros, las personas que viven alrededor, las personas que tienen una vida allí. Hacemos nuestra investigación, preguntamos a la gente: «¿Qué piensas de nosotros que vamos a ese lugar? ¿Es seguro o no es seguro? ¿Deberíamos ir allí por la noche?». Y también escribimos sobre ello y reflexionamos. Todas éstas son las formas en que las personas son parte del proyecto y guían nuestro camino, y esto es muy importante para nosotros.

*Vi tu proyecto, el ensayo fotográfico «Explorar el vacío», y me pareció muy significativo la conexión del tiempo y la materialidad, al menos es así como yo lo leo. Especialmente la fotografía de los relojes en el tren, la manera en la que la infraestructura dice tanto. Además, lo que contabas sobre la frontera entre Camerún y Nigeria y cómo la propia infraestructura dice tanto sobre la historia y sobre la realidad. Encuentro estas reflexiones en ese ensayo...*

«Explorar el vacío» es un cuerpo de trabajo que estoy explorando en todas partes. Es uno de esos cuerpos de obras que se hacen durante un período de tiempo, una suerte de diario. Es un proyecto que está explorando un vacío, explorando ese lugar intermedio. ¿Qué está pasando? ¿Cómo construir nuevos conocimientos y maneras de pensar al interior del vacío? Y, por supuesto, el tiempo juega un papel importante, de nuevo: estoy cada vez más interesado en la historia y el relato de la historia. Muchas veces me sorprende imaginando la historia, es parte de esa subversión. La gente piensa que sólo se

puede imaginar el futuro, pero también se puede imaginar la historia. No tengo muchas historias que sean proactivas sobre África simplemente porque no han sido narradas.

*Estudí historia y estoy absolutamente fascinada por cómo es que narramos y entendemos el tiempo. Hay una cita de Walter Benjamin que asegura que si no salvamos el pasado nunca estaremos liberados, nunca volveremos a conectar. Creo que las reflexiones sobre el afrofuturismo podrían estar también relacionadas con este replanteamiento del pasado.*

Sí, volver a imaginar el pasado. Ése es el único interés que tengo en la historia. Porque siempre he sabido lo que somos. Creo que nosotros —en África— vivimos en la repercusión del pasado, todavía estamos estancados por su causa. Acabo de darme cuenta de que muchas personas que viven en África quieren irse lejos, pero yo digo: «¿cómo puedes alejarte sin haber enfrentado el pasado?». La gente viviendo en Lagos se quiere ir, cerrar los ojos. Yo digo: «no puedes gobernar tu futuro sin gobernar tu pasado». Tienes que escuchar tu pasado porque tienes que curar tu pasado. No se trata de volver, no hay vuelta atrás en ese sentido. Se trata de imaginar. Incluso si es un mito, tiene que ser un mito que realmente funcione para ti.

Los europeos se mataron durante doscientos cincuenta años. Existieron Alejandro Magno, Napoleón, Colón, todos se dedicaron a conquistar. ¿Es realmente sorprendente que hayan aparecido en África? Es hora de dejar de preguntarnos: «¿por qué somos esclavos?». Se trata más bien de entender que era sobre todo su problema. Se mataron entre ellos y entonces comenzaron a buscar

en otra parte. Es importante para mí tener esa visión clara, en lugar de la que me pone en una posición donde estoy constantemente observando los modos en que yo era una víctima. En lugar de pensar en cómo era una víctima, debería pensar en cómo evitar ser una víctima de nuevo. Estamos en la época colonial. La gente se está diciendo a sí misma que ya ha terminado. ¡No, no ha terminado! Deberías pensar en cómo evitar que la mierda vuelva a suceder. Detenerlo. Todo lo que Nkrumah dijo acerca del neocolonialismo está ocurriendo ahora mismo. Todos estos africanos que están en el poder ahora, que aparentan vivir en una era poscolonial, incluso los afrofuturistas o la gente que ha regresado de la diáspora, todos caen en ese marco neocolonialista. Porque no están pensando en el pasado, no están confrontando el pasado, no están reimaginando el pasado, no están viendo. Son una función de algo que ya está muerto. ¿Somos el futuro? ¿África es el futuro? Estamos en la mierda. Todavía no somos el futuro.

*El asunto es que el tema es global. Creo que por eso es relevante este miedo a las fronteras, y el miedo a lo remoto, porque somos individuos internacionales desde el día uno. Necesitamos reimaginar la historia de una manera más global. No como un caso estandarizado, sino teniendo en cuenta las intrincadas relaciones que están en todas partes.*

Mira a Bosnia-Herzegovina, por ejemplo, cuando Susan Sontag escribía sobre esas guerras. Europa central podía justificar todas las atrocidades de lo que sucedió ya que esa región fue considerada como no europea. Creo que tenemos que reimaginar esa relación y, en ese sentido, mirarnos a nosotros mismos como conectados, no para

borrar nuestras subjetividades; siempre debemos conservar nuestras subjetividades. De hecho, ése es el tipo de dominación imperante: la supresión de las subjetividades de la gente.

*Y la libertad de sí mismo, de realmente explorar el yo. Eso es lo que me parece tan importante y difícil; si realmente existiera la libertad de sí mismo no habría necesidad de guerra.*

Exactamente. Es muy importante que pensemos el miedo a las fronteras. «¡No puedes cruzar!»: éste es el mayor de los problemas. Porque en cada ocasión que exista ese miedo —donde se marca la línea— se trata de colocar un lugar en el espacio de lo remoto, lejos de ti.

El día en que bombardearon el aeropuerto de Estambul yo estaba allí. Acababa de tomar un vuelo. Mis amigos me preguntaban: «¿Dónde estás? ¿Dónde estás?». Acababa de aterrizar en Lagos. «¿No escuchaste que el aeropuerto fue bombardeado?». Yo reflexioné acerca de que eso es lo que estamos pensando: que Estambul está lejos, pero no. Es un lugar en donde todos coincidimos. Tengo un interés particular en este caso porque podría haber muerto allí. Todos tenemos una estaca. Cuando ocurren estas cosas, todos tenemos una estaca. No tenemos que esperar hasta que un camión estalle en nuestro mercado de Navidad para que podamos entender esto. Tenemos que reimaginar realmente la relación con los demás. Y la única manera de hacerlo es a través de personas como nosotros, personas que se mueven constantemente, las personas que están en una mejor posición para pensar porque están en constante movimiento.

*Hace poco estuve leyendo Los condenados de la Tierra de Fanon, y me gusta la idea que propone en la que dice que el colonizado es el sujeto internacional. Mediante la colonización se fracciona el territorio global, por lo cual el colonizado es de entrada global. La identidad ya es internacional.*

Éstos son los pensamientos. Creo que las vidas de Fanon, Césaire, Bhabha o Nkrumah nos han dado lo suficiente con lo que podemos vivir a lo largo del siglo. Ni siquiera hemos aprovechado una fracción de todo ese conocimiento. Ahora la tarea es encarnar esos pensamientos. Ellos articularon las ideas para nosotros. Al leerlos te das cuenta de que han hecho el pensamiento por ti, así que ahora es nuestra tarea encarnarlos, activarlos. Aquí es donde se sitúa todo: *Invisible Borders*, mis proyectos personales, todos están situados en este discurso y lo que he ampliado, es decir, la condición de lo híbrido, la descolonización, la creolización.

Todavía no hemos explotado esta fuente de conocimiento, de reflexiones. Sin embargo, creo que no debemos apresurarnos, debemos permitir que sea parte de nuestras vidas, no algo que se convierta después en una mercancía. Ésa es la visión que espero para *Invisible Borders*, que se constituya en un proyecto. Prefiero morir antes de que sea mercantilizado. Todo lo que hemos escrito está subido en la red, en diferentes sitios web. El Internet no va a ninguna parte, así que vamos a seguir utilizándolo, para reunir a la gente para pensar en la noción de movimiento. Porque no se trata tanto de fronteras, sino de movimiento y de supresión de conflictos. La tensión entre el movimiento y la supresión del movimiento es lo que está arruinando nuestro mundo. Está el movimiento del espíritu, el movimiento de la mente, y está la gente que constantemente suprime este movimiento.

*Invisible Borders* consiste en explorar lo que está en medio de todo eso. Tenemos un nombre muy vago: *Invisible Borders*. No decimos África: el proyecto transafricano llega más tarde. No es algo que puedas asir. Es *trans*. Está en ese estado de *trans*. Jugamos con la idea del *transafricanismo*, pero ese carácter no nos interesa demasiado. Es un movimiento transafricano.

*Traducción del inglés:*

*Frida Robles*

## *Un manifiesto*

# Resurgimiento

Nos encontramos en un mundo formado a partir de ideas negativas y oscuras, las cuales pueden esparcirse como virus, convirtiéndose finalmente en un punto sólido de concentración para la opresión y la esclavitud.

«Resurgimiento. Un manifiesto» es una serie de trabajos fotográficos que retrata la inaceptabilidad y la sofisticación de la decadencia socio-religiosa y política en África. Esta serie de trabajos refleja tanto la sinceridad de Olagunju como su cruzada por un resurgimiento desde las cadenas mentales. Se concentra en la búsqueda de un renacimiento y una conciencia de nuestro sentido de identidad, la cual ella considera que se encuentra amenazada. La obra de Olagunju proporciona un sentido de esperanza, que presta atención a la forma y los signos de la resistencia posible.



*Revolution*





*Bloodline, Bloodlust*



*Dreamland*



*Pieces & Litters*



*In Transit*

*Traducción del inglés:  
Alan Cruz*

## Acrakega

La dinastía Tunnmaa, Mantse Ayi, Mantse Ayikuma Teiko Bah hasta Nii Takye Adama Latse II, fundadores de este lugar, lo que era antes y cómo se convirtió en este lugar, de todas formas a tu ritmo. Éste es el lugar en el que todo es nada y nada es todo, como si este lugar escardara magia, mágico como son todas las cosas para todos los pueblos, especialmente sus lugareños. La vida y la muerte están de pie con los brazos en la cintura cerca de farolas famosas día o noche esperando pacientemente a alguien con quien sostener una conversación placentera, dosis de realidad, como probando micro, probando micro, probando sonido y música llameando desde tiendas de abarrotes y bares de bebidas dentro de Lavender Hill —Mantse Agbona— Akotolantey. Vendedores callejeros y no ambulantes cantando un soliloquio infinito dentro de Niiboy Town, New Town y James Town. Sabios y legos calculando el valor en gris de la corbata en sus cuellos. Este lugar donde lo que es, es lo que es, y así es justo como es. Este lugar de sueños, como sueños negros, sueños cafés, sueños grises e incluso sueños blancos simbólicos para las embajadas

y comisiones de altura, que regularmente tienen rocas y botellas de agua en lugar de hombres haciendo fila para comprar cupones ordinarios para pastura más verde. Más o menos sueño bomba de tiempo, sueños de sudor y lágrimas, sueños vividos y sueños muertos todos revueltos en el sueño de una nación alias visión agenda alguna cosa alguna cosa. Este lugar de estructuras viejas y nuevas como escultura, edificios construidos por fisicoculturistas atascados en el suelo como la deuda del gobierno acumulada meticulosamente para que el siguiente gobierno la herede con gracia, una rotación que en cuatro años será heredada otra vez por el mismo gobierno, un ciclo sin fin que es sobre lo que este lugar está construido, una especie de ciudad debajo de la ciudad. Otros edificios alzándose y surgiendo repentinamente como criaturas vivientes, te digo que este lugar sin duda te aterrará, esta jungla de concreto. Recuerda estos dos tamborileros marcando los movimientos de la gloria y la vergüenza, las victorias y las víctimas, los momentos de lágrimas y gozo hasta que alcancemos el lugar para convocar a un pueblo con un destino común. Este lugar no necesita a nadie que hable por él, como las voces y los ojos y las sombras de quienes estuvieron aquí antes que nosotros, así es las calles y los edificios y los ritmos y su gente no necesita a nadie que comparta su historia, pero para hacer esto, que quienes lo necesiten oigan, vean, prueben, huelan y sientan, que primero comulguen con vino y tomen la cena con los ancestros para quienes vivimos y muévase y tengan algo de paz. Este lugar de tiempo nulo y tiempo útil, en otro tiempo y en algún tiempo, tiempo para quedarse y tiempo para partir, el tiempo correcto y el tiempo incorrecto, el mejor tiempo y el mal tiempo, su tiempo y nuestro tiempo, tu tiempo, mi tiempo, Algún tiempo, cada tiempo, tiempo vertical y tiempo zona de horror. Aquí presentes están padres



*Fotografia: Allyn Gaestel*

y madres, hermanos y hermanas, niños y bebés incluso los nonatos al esperma y el pensamiento de un nacimiento invócalos a todos, pues son ellos quienes caminan los rincones y callejones de este lugar por la noche y durante el día. Tú sólo sostienes las llaves para desafiar el mito de este lugar a quienes están del otro lado. Antes de que la noche llegue deja que las noticias del nacimiento del día se asienten en el ayer y el mañana, que el hoy está aquí. Bienvenido a este lugar, bienvenido a Acra, ¿puedo ayudarle en algo?

*Traducción del inglés:*

*Max Manzano*



# El infinito entre la isla y la península

Es el día de la fiesta de Independencia.

7 DE LA MAÑANA, EN EL PUENTE DE LA DEMOSTRACIÓN

Irrumpen varios motociclistas con cascos y los coches carísimos que conforman la caravana del Presidente: mi *car rapide*<sup>1</sup> queda inmobilizado. El Presidente y su comitiva, a toda velocidad, avanzan sobre el puente. Velocidad y sedanes alemanes con cariz austero, la cosa promete seriedad y determinación.

Dentro de una gran túnica azul, un hombre cuyos rasgos faciales indican que fue joven en los días posteriores a la independencia se pone a refunfuñar, primero murmurando para sí mismo y después más alto: «¡Qué desastre! ¡No sirven para nada! ¡Pero se dan el lujo

---

<sup>1</sup> Vehículos de transporte colectivo usuales en Dakar, Senegal. Usualmente pintados llamativamente de color azul, amarillo y blanco. [N. del T.].

de retrasarnos!». Otro, que podría ser su hijo, un estudiante que juntó inevitablemente algunos conocimientos básicos de radicalismo en la universidad, le sigue el paso y pronuncia: «Exacto, padre mío, ¡es cierto! ¡Son una banda de inútiles! Sólo son buenos para alardear ¡mientras quienes realmente hacen este país, los trabajadores, los agricultores, los jóvenes que recorren las avenidas bajo el sol ardiente para vender todo tipo de chucherías son abandonados a su horrenda suerte!». En el *car rapide* se hace escuchar una aprobación entusiasta y unánime. Un presidente sirve al menos de chivo expiatorio.

#### 9 DE LA NOCHE, EN LA VDN<sup>2</sup>

El taxi que me lleva en esta noche *dakaroise*<sup>3</sup> es conducido por un hombre de mi edad. Se comunica por teléfono con un amigo y habla fuerte. ¿De qué hablan? Lo ignoro, pero termino por concluirlo gracias al interlocutor: «Muchacho, un hombre, quiero decir, un verdadero colega, tiene el deber de ser intrépido, sin miedo. De otro modo a eso no se le llama hombre, sino gallina». Gira la cabeza hacia su pasajero. Hablamos de la ciudad. En esta noche de celebración de la Independencia flota una especie de vibración, una excitación. Más aún que la Independencia —que no ocurrió verdaderamente, y que probablemente no tiene mucho sentido en cuanto concepto—, me parece que lo que se celebra es un «nosotros». Lo que hay de práctico en la simple celebración del «nosotros», lo mismo que la simple celebración de un «yo», es que es realmente democrática: todos los hombres de la tierra, todos

---

<sup>2</sup> *Voie de dégagement nord*, autopista en dirección norte de Dakar. [N. del T.].

<sup>3</sup> Relativo a la ciudad de Dakar. [N. del T.].

los pueblos de la tierra, sin importar la envergadura y la calidad de sus obras en esta tierra, pueden arrojarse a ella. Me parece que, una vez al año, esto resulta razonable. El taxista, treintañero como máximo, evoca aquello que más ha afectado a su imaginación a lo largo de su jornada de trabajo: el espectáculo de los gendarmes sobre sus majestuosas monturas. «¿Has visto a esos titanes de caballos, muchacho?», me dice pateando en el asiento agarrando al mismo tiempo su volante. «¡Deben estar realmente bien alimentados!». Es cierto que el aspecto que tienen los caballos que habitualmente ve uno en las calles de Dakar es menos atractivo; aquellos caballos raquítricos que tiran de las carretas, cayéndoseles la baba y dejando, a lo largo del camino, estiércol como Hansel guijarros en el bosque.

En la radio, dos políticos y un periodista sostienen un debate. Uno de ellos es representante del gobierno, retórico bastante hábil que esta noche enfrenta problemas para convencer. Las palabras de las que hace uso —«plan», «emergencia», «asociados para el desarrollo»— están lamentablemente trilladas, gastadas. Persiste, las martilla con su preciosa dicción, pero en cada ocasión le hacen saber que es sólo viento, bien acomodado en un artilugio, a la altura de Masekela,<sup>4</sup> pero viento después de todo.

Conducimos hasta la meseta, a lo largo de la avenida Ponty que es recorrida por noctámbulos y maratonistas, para luego tomar la calle que lleva al Instituto Francés.

Aquí me encuentro, sentado en el bar de un establecimiento hotelero, con mi amigo Maisonneuve, fotógrafo y francés, seductor y viajero. Pienso, con una pequeña sonrisa y mucha indulgencia, en las siguientes palabras de Chateaubriand en sus *Memorias de ultra-*

---

<sup>4</sup> Hugh Masekela, trompetista y cantante sudafricano de jazz. [N. del T.]

*tumba*: «En la naturaleza del francés, hay algo superior y delicado que los demás pueblos reconocen». Maisonneuve discute con un señor que tiene toda la apariencia de un banquero. Me acerco a ellos, hablan de cine, y después del financiamiento de la cultura; por último el tema es Guinea, de donde es originario el joven banquero. Como en la mayoría de las conversaciones, no se dice nada demasiado nuevo ni original; uno aprende principalmente sobre quienes disertan. Mientras nos despedimos de este lugar, un fabuloso aire a salsa queda detrás.

10 DE LA NOCHE, PLAZA VALDIODIO N'DIAYE DONDE DE GAULLE FUE VITUPERADO

Por la tarde me había llegado el rumor de una gran comida. Se suponía que iba a ocurrir en una casa de la meseta. Con paso decidido, nos dirigimos hacia allí. En la plaza Valdiodio N'diaye, una muchedumbre juvenil se ha reunido y aglutinado frente a la entrada de un ministerio. Frente a la fachada blanca, ligeramente roja y completamente colonial, hay gendarmes montados a caballos que no dejan de moverse, haciendo ruido con el choque de sus pezuñas y el asfalto. Hay mujeres soldado, uniformadas y con casco, con antorchas ardientes en sus manos derechas que mecen en función del viento. Me atrevo a decirle a una de ellas, que no está armada, que el uniforme le sienta bien. Con soberbia, me ignora: el uniforme le sienta todavía mejor.

Más abajo, en la calzada Delmas, unos soldados cantan y ejecutan al mismo tiempo un movimiento de conjunto. Del hotel de Ville se elevan decenas de voces entrelazadas para formar un himno a Senegal. Me doy cuenta de que en la esquina de enfrente brilla un nuevo cartel

que dice *Koba Club*. Es aquí en donde nos encuentra, para conducirnos a la comida, una joven vestida con un suéter de abuela y unos lentes enormes. Tiene la apariencia elegante de una libélula sexagenaria. Esta simpática libélula, cuyos ojos saltones nos tranquilizan, nos da un abrazo y nos invita a seguirla.

Algunos pasos más lejos, llegamos a las festividades. En el patiecito de una vieja casa que está rodeada por altos inmuebles, queda asignado un cocinero detrás de su parrilla. Por otra parte, flotan algunos rostros familiares que arrojan sonrisas amables rodeadas por profundas barbas morenas.

#### 1 DE LA MADRUGADA, JUST 4 U

Llego puntual al concierto al que me invitaron. Es una mala costumbre, adquirida de forma inconveniente en el extranjero y que realmente me cuesta mucho abandonar. Sólo hay una hora, y es la misma para todos. Como concepto es totalitario. Me parece que hay que ser europeo, descendiente de una estirpe que durante siglos se ha hecho administrar por la administración, o bien *bounty*,<sup>5</sup> y en el mayor nivel, para someterse completamente a él. Desarraigado, demasiado abierto a las ideas de otros en el Mediterráneo, llego siempre a la hora en un país en donde eso no existe, la hora.

Para asistir al espectáculo, debo entonces tener paciencia. De pie, contra el mostrador, leo en mi *smartphone* algunas obscenidades, a mi favor, escritas por Baudelaire.

---

<sup>5</sup> En francés, designa un estereotipo de negros que se comportan como blancos. Proviene del nombre de una marca de dulces de coco cubierto de chocolate. «Oreo» es otro término equivalente. [N. del T.].

Esta noche, el rapero Moulaye presenta su *mixtape*, poéticamente titulado *Les racines ont des ailes*.<sup>6</sup> Antes de él pasan el grupo Skillaz, el MC Ophis y el DJ Kya La Roja, individuo que, aunque mujer y aunque blanca, se hace oír con «transmite el sonido *my nigga DJ*».

Primero estoy desorientado. Después, pienso: las voces del hip-hop no siempre son penetrables. Me voy acostumbrado.

Continúo esperando y leo. Un joven se aproxima a mí. Elevo la mirada. En su atuendo lleva las marcas de pertenencia a la generación Lil Wayne: gorra con visera 59 Fifty, camiseta adornada de leopardo y pantalón ajustado clavado en sus tenis enormes. De su cara y de su andar, se desprende una apariencia horrible: tiene la apariencia de un miserable directamente salido de un subterráneo de trabajos forzados en Dakar. De lejos ya había entendido que iba a solicitarme un favor. Saludos cordiales y corteses, en un primer momento, y después, como presentido, un relato de sus tormentos. Escucho.

Me explica que es estudiante en la Facultad de Derecho de la Universidad Cheikh-Anta-Diop. Originario de Casamanza, de Sédhiou más precisamente, acaba de aprobar en extraordinario una materia cuyo nombre me menciona, pero que inmediatamente olvido. Becario, por lo que me dice aún no ha tocado nada de aquello que supuestamente lo hace vivir. Tampoco tiene residencia en la ciudad universitaria y comparte, alejado de sus camaradas de la misma región, una recámara que supongo de un tamaño ínfimo, en alguna parte de una calle de la Medina. Me dice que no ha comido en todo el día.

Le presto un oído benevolente y tomo el partido de creerle bajo palabra. Le comparto un poco de efectivo y le pregunto: «Dime, un

---

<sup>6</sup> «Las raíces tienen alas». [N. del T.].



*Fotografía: Allyn Gaestel*

estudiante como tú, ¿no tiene otro recurso que pedir caridad?». Estoy lejos de darle clases de moral —odio a los moralistas; me reiría si los colgaran a todos, sólo pensar en eso me llena de regocijo—, simplemente me interrogo sobre la condición de los estudiantes.

Me cuenta que, al comienzo, cuando acababa de dejar a su familia para conquistar Dakar, el alcalde Abdoulaye Baldé, entonces ministro y cercano colaborador de Karim Wade, hijo único y derrochador de su papá presidente, cubría las necesidades de algunos estudiantes de Casamanza con sede en Dakar. Él fue uno de ellos. Desde entonces, hubo alternancias. Wade fue metido al calabozo y, para los miembros de su partido, se cerró el grifo del tesoro público. Tras los tiempos de bonanza sobrevino la sed profunda.

No comprendo muy bien a todos aquellos jóvenes de mi generación que se han desilusionado de la política. A pesar de todo, resulta completamente evidente que la política cambia la vida concreta de la gente, en primer lugar de aquellos que la transforman en su oficio y, después, de aquellos que quieren lamer las botas de éstos.

Después de haberme quitado algunas centenas de francos CFA, el estudiante, muy cordialmente, me dice adiós, sale del *Just 4 U* y regresa a la avenida Cheikh Anta Diop.

Llegó entonces la organizadora, grande y elegante. Con ella llegaron también los artistas, de los cuales aquel al que llaman Presidente atraviesa el pasillo que conduce a mi barra. Presidente se sienta en el asiento de al lado. Tenemos asuntos que tratar y discutimos. No conozco a nadie más amable y con una conversación más agradable que la de Presidente.

#### UNA SEMANA ATRÁS, 2 DE LA TARDE, LA ISLA DE NGOR

Con Presidente y varios otros amigos y amigas, estamos sentados en una playa minúscula de la isla. Vemos a Dakar de frente, con el panorama dominado por un cubo que fue dejado ahí por un tipo, Le Corbusier, que me aseguran que fue genial. En esta playa sólo existe un paseo de arena. Está rodeada por grandes rocas negras y esféricas sobre las cuales vienen y encallan las olas, dispersándose en partículas líquidas y espumosas. Con Presidente y los demás hacemos que se escuchen varias risas locas. Primero, hacemos bromas de mal gusto. Presidente es un *geek*; tanto él como yo, aunque estamos cerca de los treinta años, hemos conservado algunos rasgos de nuestros espíritus de adolescentes. Así pues, nos divierten enormemente las alusiones que hacemos sobre



el *big data* y el *data mining*, por el hecho de que *data*, en wólof,<sup>7</sup> designa las partes íntimas de la mujer. Entablamos después una conversación más seria, dirigimos graves y solemnes la atención a la Historia con una titánica H y, con la inteligencia colectiva que formamos ahí, en shorts y bikinis, en la playa, tratamos de dar la última palabra a la cuestión de las independencias africanas: por qué han cambiado de rumbo tan equivocadamente, por qué nuestra historia dio a luz, para ponerlos a la cabeza de nuestros Estados, a tantos sátrapas, mediocres en todo, salvo en ser camaleones y megalómanos. La conversación comenzó con una evocación de esa moneda colonial que es «la nuestra». Trazamos algunas teorías cuyos factores explicativos incluyen entre otras cosas a la DGSE<sup>8</sup> y el amor por la distinción de los suyos. Regresamos después —culpa mía— al registro de las tonterías. Ya que me gusta bastante Gainsbourg, que es un modelo de artista, pero también del dejarse llevar: hacia la verdad, hacia el tabaquismo, hacia la embriaguez y también hacia las tonterías de las que él decía, con razón, que son la relajación de la inteligencia. Tratamos, así pues, de entender las razones de la traición, por ejemplo aquella espectacularmente ruin de un Thomas Sankara a cargo de Blaise Compaoré, su compañero y su hermano. Evoqué entonces, como posible explicación, la posesión, por las potencias imperialistas, de videos comprometedores del traidor, capturadas en chatroulette.com, y que fueron empleadas para extorsionarlo. Por fortuna para la decencia, la marea sube de pronto, y la noche se abate bruscamente sobre el conciliábulo y clausura la conversación que, por mi culpa, terminó tomando un giro francamen-

---

<sup>7</sup> Lengua del pueblo wólof, que habita en Senegal, Gambia y Mauritania. [N. del T.].

<sup>8</sup> Dirección General de los Senegaleses del Exterior, por sus siglas en francés. [N. del T.].

te indecente. Nos dirigimos a Dakar, de lleno en el casco de una ágil canoa que salta sobre un mar con color de tinta y que está sembrado de reflejos astrales. Me pongo a pensar que entre la isla de Ngor y la península de Dakar hay apenas menos de cuatrocientos metros, pero de noche, yendo de uno a otro punto, es posible ver el infinito en el cielo y su reflejo en el agua.

*Traducción del francés:*  
*Alan Cruz*

## Del desierto

### LA SUPERVIVENCIA DE LAS ESTRELLAS

En el linde del valle  
un almuecín le habla al sol que se oculta  
letargo de domingo  
lento flujo de autos

el almuecín entona lánguidas y tristes canciones  
ruega a su dios por nuestra consagración  
por que lo consagremos

el almuecín implora a todos a los creyentes y a los incrédulos  
del desierto y aldeas polvosas  
aquellos tumbados junto a las fuentes de esplendor imperial  
en divanes sultánicos cerca de riberas perfumadas  
y aquellos cargando con cimitarras y velos  
entre muchedumbres y puestos de mercado

el almuecín hace un llamado de devoción y respeto  
en un mundo de trabajo y utilidades  
mientras un hombre y sus perros caminan el kopje<sup>1</sup>  
avanzando hacia la luz desvaneciente  
respirando sin resollar con el goce del espacio  
del cielo y el sonido a lo largo del valle y sus laderas

\*

el hombre y sus perros  
alcanzan el pequeño memorial color caqui  
erguido por un imperio piadoso  
en memoria de lacayos caídos

    sirvientes coloniales de guerra  
    traídos por el océano  
    para pelear y morir  
    por la gloria de otro  
    la riqueza de otro

    convocados por el imperio sobre el que nunca se pone el sol  
    convocados a servir  
hasta que la enfermedad la artillería o los cascos de caballo  
les arrollaron la vida

este imperio encargó que se apilara su monumento

---

<sup>1</sup> *Kopje* es una adaptación inglesa del Afrikaans *Kopie*. Se podría traducir como un montículo rocoso que se encuentra en los *velds* (meseta esteparia sudafricana) del sur de África. [N. del T.]

grabando su sacrificio  
su deber cumplido más allá de la  
expectativa

vinieron del otro lado del océano  
con caballos tiendas y camas  
para servirle al hombre blanco:  
sus amos:

administradores      defensores      expansores

ahora el hombre y sus perros rodean el memorial:

EN MEMORIA DE OFICIALES BRITÁNICOS  
NATIVOS  
BRIGADISTAS Y HOMBRES  
ASISTENTES DE VETERINARIA  
NALBANDS  
Y  
SEGUIDORES DEL EJÉRCITO INDIO  
QUE MURIERON EN SUDÁFRICA  
1899-1902

Musulmán  
Cristiano  
Zoroastriano  
Hindú  
Sikh

sirvientes y soldados de color<sup>2</sup> acudieron al toque de la corneta  
van a Sudáfrica a servirle al diablo blanco:  
venas doradas recorren sus brazos

(sin duda Rhodes<sup>3</sup> arrastró las piedras al memorial  
él mismo  
entre las crestas  
de la granja que se volvió el observatorio

debajo del cual las venas blancas encontraron millones)

\*

hombre y sus perros  
al este una columna de humo sobre el último tiradero de la mina  
colinas doradas del atardecer de Johannesburgo  
el color de los rascacielos mengua majestuoso  
refleja  
envuelve la cresta del observatorio con sus tranquilas torres  
exploración estelar de globos plateados  
jardines silenciosos de piedra y pencas de aloe  
plantas nativas y extranjeras verdeciendo los flancos de la cresta  
resuello profundo en el que los interrumpidos disparos

---

<sup>2</sup> *Coloured* en el original. En el contexto de racialización sudafricano, los *coloureds* son cualquier tipo de mestizaje «interracial»: negro-blanco, blanco-indio, malayo-negro, etc. [N. del T.].

<sup>3</sup> Cecil Rhodes, primer ministro sudafricano de 1890-1896. [N. del T.].

los perros o almuecines

se pierden

irrelevante

imposible de rastrear

\*

todo cae al flujo temporal

todo cae de las laderas

de este kopje

este elevado lugar sagrado

para predicadores sionistas y sus congregados

túnicas blancas doeks<sup>4</sup> blancas arreglos de palos botellas de plástico  
de Agua Bendita

traen gallinas a decapitar

cabezas de oveja

traen sus aflicciones y sus aleluyas

voces antiguas llamando a sus ancestros

a intervenir y traer lluvia y dinero y amor

\*

---

<sup>4</sup> Pieza de tela para cubrirse la cabeza. [N. del T.].

sionistas encienden velas en grietas  
dejándolas humear en alcobas de roca  
rezando para que el viento eleve las llamas y purgue la ladera  
                  purgue a los diablos del cuerpo de la tierra  
                  del hediondo cuerpo del pecador

del bebedor la puta el estafador el comerciante de enfermedad y muerte  
          el lascivo        el salvaje el que toma de los niños  
          estafa indigentes a separarse con sus ojos ciegos  
                  amante lasciva que estafa en las esquinas

el fuego ennegrece las pendientes  
disparos salvajes verdes de primavera  
                  aplastan los arbustos y los raquíuticos árboles

y en la tierra calcinada  
el hombre y sus perros encuentran cruces de papel  
grabadas con los nombres  
de los muertos

                  muerto por diarrea  
                  muerto por tos  
                  muerto por sudor

                  nombres y fechas  
                  nombres y fechas  
                  de los muertos



ungidos con semen  
bañados en fluido vaginal  
una plaga premió sus cúspides  
con una escalada  
al cielo pero primero una probada de  
infierno

el virus dijo  
primero prueba el infierno  
que el cielo te penetre y te salga por el culo  
    atasque tus dientes  
        abra tu piel  
    te haga gris  
        eres gris  
primero prueba el infierno

\*

los sionistas vienen a la ladera a salvar  
a los delgados  
y a los más delgados  
    las vísceras    flujo de agua desfalleciente  
los de respiración pesada  
los de piel manchada y despellejada

aquellos casi tan débiles para escalar el kopje  
traen su agua para limpiar el semen  
el jugo vaginal

traen botellas de coca de plástico rellenas  
con un potente fluido

extienden sus brazos al cielo  
invocan

y los congregados agachan la cabeza  
nadan en la voz del elegido  
    el que se llevará su dolor y lo elevará  
para que el Creador haga luz  
    para llevar y llevarse

\*

el hombre y sus perros pasan a los sionistas  
y él les pide que conserven la belleza de las laderas  
    los senderos sinuosos  
y los sionistas sus blancas túnicas rojas con la arena del kopje  
sonríen  
    y el hombre devuelve la sonrisa  
y promete     traer bolsas para llevarse las botellas  
                y las cabezas de gallinas y las cabezas de borrego  
                y las túnicas que cuelgan de las ramas  
                y los restos de arbustos carbonizados

jura preservar junto a ellos  
la presencia sagrada

pero sabe que él habla  
de otra santidad

la de ellos está demasiado cerca de su carne  
del otro mundo de los ya muertos

él sabe que ellos no ven *su* montaña sagrada  
no sienten  
*su* euforia con la puesta del sol  
mientras el horizonte se eleva y el paisaje urbano  
se despliega y los perros corren enloquecidos arriba y abajo de las laderas  
olfateando y ladrando y siendo libres

\*

el hombre camina por la cresta cada domingo  
saluda a los sionistas y a los vagabundos  
que vienen a lavarse  
y observa el plástico y los retazos de tela multiplicarse  
los incendios vienen más y más rápido

a quemar y ennegrecer  
y él reza por el kopje  
reza por el espacio sagrado  
reza por los sionistas y la gente delgada  
gente asustada gente que sufre  
reza y la luz bendita  
sobrevive mientras el crepúsculo resguarda sus ojos

la belleza del kopje debe sobrevivir por siempre

¡sobrevivir por siempre!

para que quienes necesitan de su belleza para sobrevivir

ya que la belleza permite  
que lo sagrado sobreviva

la belleza permite...

¡así que sobrevive!

\*

el hombre y sus perros  
caminan el kopje mientras el atardecer resplandece y oxida el cielo  
y el valle debajo  
reverbera con el almuecín

caminan con calma  
endiosados por el lugar elevado  
caminando hacia la tarde estable  
pero sus corazones son ligeros  
más ligeros que cualquier historia  
caminan sabiendo que nada cuenta más allá  
de esta hora:

suave poesía del kopje  
triste pero no elegiaca  
pasos en el sendero  
garras pisoteando el polvo

Johannesburgo descansa

TRÁNSITO DE DOS DE LA MAÑANA EN ADÍS

Diez horas que matar

en la brillante y azulejada sala de tránsito  
como un *hot dog*  
un rollo brillante con vigas colgantes y puntiagudas

Quiero matar estas horas muertas

pelar *Time*  
mordisquear *Newsweek*  
para encontrar  
mujeres semidesnudas torturadas en coches veloces  
conferencias de prensa gubernamentales aclamando llanas mentiras  
patios escolares regidos por *bullies* en esteroides

horas que matar

observando fotos italianas  
antiguas escenas etíopes

cuánto quiero matar estas horas muertas  
pero ni siquiera la mesera que me dice  
son 8 birrs para un dólar  
puede mantenerme despierta  
ni su mirada esperanzada  
cuando nuestro bolsillos vacíos

ni las memorias de ex ministro  
acerca de los prisioneros de Derg  
o el que expone la ayuda exterior imperial como un chanchullo  
o los cuartos de oración que emanan  
un olor de placer blasfemo  
pueden mantener abiertos mis ojos  
pueden mantenerme sin desfallecer

Quiero quemar estas horas

atrapado sin birrs                      sin dólares

afuera en la oscuridad  
legendaria ciudad de selassie  
león desdentado de judá  
duerme profunda como dubái y fráncfort  
atrayendo recuerdo y viaje

imata estas horas muertas!

eco de pisadas  
nuevas llegadas  
me despiertan masa de vestidos verdes adheridos a muslos

Ahora me mezo                      no de cansancio



*Fotografía: Allyn Gaestel*

azafatas emergen del túnel  
ésta es la tierra del corredor de largas distancias  
ágiles deben ser  
tacones altos crujendo en himnos del nuevo mundo  
músicos dashiki'd hacen sonar los labios como tambores  
y el salón se eleva  
mientras un oso cojo atrapa mi ojo



poeta de largos pasos barbado como un matorral  
de ghana encontrado en chad  
en su camino a delhi  
otro festival del habla  
otro encuentro en el camino internacional

Estoy despierto

nos saludamos                      murmullos  
desaparece por las puertas  
vuelo vía pekín  
y me deja para el asombro  
risa resonante y fuerte dentadura  
exceso de áfrica occidental  
su locuacidad rítmica  
pero incluso nuestras divagaciones marihuanas  
nuestros intereses filosofales  
pueden justificar  
estas diez horas afuera de adís

legendaria ciudad de leones peludos y maleantes armados  
desunión africana organizada  
recorriendo sus callejones  
no muerto  
tampoco vivo del todo  
el crepúsculo alumbra las vigas colgantes  
la ciudad especulada  
un revoltijo de edificios

en un paisaje de planicies alargadas  
montañas abruptas  
cauces fluviales serpenteantes

diez horas

cautivo en la burbuja  
del tránsito  
rodeado por un paisaje terrestre digno de ser  
la suma iglesia de un continente soberano

*Traducción del inglés:*  
*Jerónimo Plá Osorio*

© Allan Kolski Horwitz, «Survival of the Stars» y «2AM transit in Addis», en *African Cities Reader: Pan-African Practices*, Ntone Edjabe y Edgar Pieterse (eds.), publicado por Chimurenga y African Centre for Cities, 2010.

LA X Y LA Y



## Hayden White y las nomenclaturas del pasado

*The Practical Past*, libro de Hayden White publicado en 2014, se propone establecer una distinción entre dos tipos de pasado: el histórico y el práctico. El primero queda definido aquí como aquel que aparece sólo en los libros y los artículos publicados por los historiadores profesionales. Es un pasado seleccionado, corregido y revisado. En este sentido, es sólo una parte del pasado como totalidad. Asimismo, este pasado-histórico es la versión del pasado que puede ser comprobada y autenticada por otros historiadores; es el cúmulo de información con evidencia que es aceptado en la corte de la disciplina histórica. Otra característica de este tipo de pasado es que es construido con un fin en sí mismo o, en otras palabras, es la indagación *del pasado por el pasado*, es la búsqueda del tiempo perdido sin una proyección sobre cómo actuar en el presente: es sencillamente el placer de sumergirse en un tiempo distinto al nuestro. Es también la mirada fría y científica que busca alumbrar los rincones oscuros del tiempo humano para conocer más y enriquecer la biblioteca de los

eruditos. En este sentido, afirma White, la pretensión por hacer de la historia una ciencia terminó convirtiendo al pasado en un cúmulo de información con cada vez menos utilidad práctica, incluyendo el sentido educativo tradicional que tenía la historia de inculcar lecciones sobre la vida política.

Desde tiempos antiguos —por ejemplo, con Heródoto y Tucídides— la historia tenía una labor pedagógica y práctica por excelencia. Incluso White, recordando a Foucault, afirma que en dichos tiempos la historia era un discurso ético más que una ciencia. El discurso histórico estaba reconocido por ser una rama de la retórica que respondía al gran dilema ético «¿qué es lo que debo hacer?». Asimismo, White afirma que autores como san Agustín y Cicerón permitían el uso de ficciones literarias al servicio del «relato de verdad», para evidenciar las moralejas dentro del discurso y trazar un camino posible sobre cómo actuar en el presente.

Sin embargo, dicha relación tanto con la literatura como con la retórica cambió al iniciar la etapa científica de la historia. En este sentido White afirma —recuperando ahora a Michel de Certeau— que, en el intento de convertir a la historia en ciencia, ésta sacrificó su autoridad de enseñar mediante el ejemplo. Todavía en el siglo XVIII y comienzos del XIX, esta idea de la historia con utilidad práctica se seguía manteniendo, sobre todo con el propósito de generar una conciencia nacional y una identidad para los Estados-nación emergentes. La historiografía alemana o italiana de dichas épocas evidencian claramente este papel. Sin embargo, la manera de generar esta conciencia o identidad fue desechando poco a poco los elementos literarios y ficcionales que en algún momento contribuyeron al discurso histórico

y fueron reemplazados con una historia mucho más estricta.<sup>1</sup> Ya en el siglo XX, la escritura de la historia era completamente distinta a la de la literatura. Incluso aquellos que insertaran elementos ficcionales al discurso histórico serían inmediatamente catalogados como *amateurs*.

Por dicha razón, los relatos de tintes ficcionales o literarios, que pretendían dar una enseñanza moral dentro del discurso histórico, cedieron su lugar al discurso científico-positivista, pretendidamente nominativo. Ahora bien, la mirada científica en torno al pasado nos acercaba a lo que otras personas, en otro tiempo y otro espacio, hicieron bajo ciertas circunstancias. Pero esta información no ofrecía la posibilidad de deducir lo que nosotros en nuestro tiempo y espacio podríamos hacer bajo nuestras circunstancias.<sup>2</sup> La pregunta ética sobre «¿qué es lo que debemos hacer?» quedó relegada a ámbitos que ya no pertenecían al historiador.

En contraposición a este pasado-histórico, existe lo que Michael Oakshott llama *el pasado práctico*. White recupera dicha noción y explica que ese pasado, al cual recurrimos en nuestra vida práctica, es el que cargamos con nosotros en nuestra vida cotidiana, el que nos recuerda cómo encender el auto, cómo cocinar, cómo hacer una larga división, etc. Es el pasado al que recurrimos sin mucha conciencia, al que traemos a colación cuando queremos resolver un problema, armar una estrategia o definir una táctica para la vida cotidiana (ya sea per-

---

<sup>1</sup> Aunque es una historia que no permitía la inclusión de elementos ficcionales, White argumentará que, más allá de si la referencia al pasado tiene pretensión científica o no, siempre será una construcción y en ese sentido una ficción: «Por ficción entiendo una construcción o una conjetura acerca de lo que posiblemente ocurrió o pudo pasar en algún momento y en algún lugar, en el presente, en el pasado o incluso ciertamente en el futuro». Hayden White, *The Practical Past*, p. X.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 10.

sonal o comunal). Este pasado, que «sirve para la vida cotidiana», que da información sobre cómo los hombres entienden y se manejan en su presente, quedó relegado por la escuela positiva: sólo las hazañas de los grandes hombres y sus logros políticos serían dignos de ser relatados.

Es interesante resaltar que el tipo de discurso que comenzó a rescatar dicho pasado fue la novela realista del siglo XIX. Como bien afirma White, así como la historia tuvo su fase científica, la literatura —en específico la novela— tuvo su fase realista. Escritores como Dumas, Balzac, Dickens o Flaubert son algunos representantes de dicha corriente. Una de las características principales de este género es que su esquema de pensamiento fue predominantemente histórico, de modo que dicha categoría buscaba representar al presente como historia, como una consecuencia y cumplimiento del pasado. En otras palabras, la novela realista «asumió el rol de análisis histórico de las realidades sociales emergentes».<sup>3</sup> En este sentido, empezaron a convivir dos tipos de tratamientos sobre el pasado: por un lado, el de los historiadores interesados en el pasado monumental y, por el otro, el pasado de las novelas realistas que recuperaban el tipo de pasado práctico del que hablaba Oakeshott. Las novelas realistas, a diferencia de la historia decimonónica —que representaba a los grandes héroes y sus problemas providenciales—, se preocuparon por poner al descubierto el tipo de pasado que de alguna manera todos tenemos en común: ese pasado que sirve como base para resolver problemas a los que nos enfrentamos todos los días.

Es decir que dentro de la literatura tuvo lugar un tratamiento práctico del pasado, una búsqueda por entender cómo los seres humanos

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 14.



vivían y se desarrollaban en su cotidianidad. La historia, en cambio, se preocupó por el pasado monolítico que retrataba a algunos seres humanos como grandes motores de la historia sin conflictos ni problemáticas habituales.

Una vez definidos estos dos tipos de pasado, White plantea un dilema que no puede ser soslayado: si la historia ha tratado a los acontecimientos históricos desde «el punto de vista monumental» sin penetrar de fondo en las problemáticas habituales de los sujetos históricos, entonces cómo retratar y comprender un acontecimiento de una magnitud como la del Holocausto. A raíz de ello, el propio White afirma que, afortunada y evidentemente, el propio tratamiento de la historia ha cambiado. La historia de las mentalidades, la historia de la vida cotidiana, la historia subalterna, etc., abrieron todo un nuevo campo de visibilidad para los investigadores del pasado, lo que sin duda permitió el tratamiento de diversos temas desde puntos de vista nunca antes analizados.

White señala con atención que la mayor parte de los textos que se han escrito sobre el Holocausto son memorias, autobiografías, novelas, obras de teatro, películas, poemas, etc., textos que desde el punto de vista de muchos historiadores siguen correspondiendo al terreno de la estética y la ficción. En este sentido, se cree que muchos de los discursos sobre el Holocausto han sido mitificados y relativizados sin darle un tratamiento «científico» y «verdaderamente» histórico.<sup>4</sup> La problemática que plantea White resulta apasionante y roza precisamente los límites de uno de los temas que siempre han interesado al

---

<sup>4</sup> White afirma: «Por supuesto, los tratamientos artísticos y literarios del Holocausto deben ser un problema para los historiadores del Holocausto que miran este acontecimiento como teniendo algo así como un estatuto sacro. Y éste es especialmente el caso cuando *artístico* es identificado con *estético* y *literatura* es identificada con *ficción*». *Ibid.*, p. 27.

autor estadounidense de manera innegable: la relación entre historia y literatura.

En este sentido, White afirma que, cuando hablamos de un texto que trata un tema real y específico del pasado, siempre es pertinente preguntarnos: «¿es esto cierto?». Sin embargo, también sugiere que esa pregunta debe tener una importancia secundaria, ya que siempre que nos enfrentemos a un tema que trata con el pasado, hay un compromiso moral de parte del escritor por «decir la verdad», por no tergiversar o distorsionar los hechos que han sido establecidos con respecto a ciertos aspectos de la realidad pasada. White incluso afirma que a aquel que busca negar un hecho «tan histórico», «tan real» como el Holocausto, no debemos responderle: «¿es esto cierto?», sino: «¿qué motiva el deseo de negar dicho acontecimiento?». Así, la comprensión e interpretación del discurso o argumento se vuelve el tema central dentro de la labor histórica. Dicha comprensión coloca necesariamente en un lugar secundario si tal afirmación es verídica o no, y lo que importa es entender las motivaciones e intereses que llevaron a dicha tesis.

Para White existen distintas maneras de decir la verdad en torno al pasado: la cantidad de formas en las que podemos articularlo son ilimitadas precisamente por el propio carácter ficcional del relato histórico. La capacidad imaginativa del relator de historias es lo que enriquece y permite articular la multiplicidad de hechos que se encuentran desperdigados en el tiempo.<sup>5</sup> Muchos textos, por ejemplo, deciden poner el énfasis del relato histórico en el «¿cómo se sintió?», en vez de en el «¿qué pasó?». Esto, afirma White, no le resta en lo más mínimo

---

<sup>5</sup> «Pero la composición de una narrativa sobre acontecimientos reales es una operación inventiva: conjuntos de acontecimientos en la vida real no toman la forma de historias». *Ibid.*, p. 67.

carácter verídico a la narración, al contrario, más bien se está tratando al pasado desde un punto de partida distinto. Parece que justamente se le da un tratamiento desde el punto de vista práctico, desde lo que sintieron y vivieron los sujetos históricos en su cotidianidad. En este sentido, la cuestión sobre la «verdad factual» se vuelve mucho menos relevante, o en todo caso se vuelve un problema de cómo se representa el pasado, «es decir, de forma más que de mimesis».<sup>6</sup>

Por lo visto, los literatos entienden muy bien la función y riqueza del pasado habitual y cotidiano de los individuos, mientras que los historiadores nos seguimos dedicando a buscar «la verdad», a buscar sólo el «¿qué pasó?» en el pasado-histórico. Ahora bien, como mencioné anteriormente: existen ya diversos tipos y corrientes de la historiografía que buscan precisamente rescatar la mirada del individuo habitual y cotidiano. Sin embargo, sigue siendo cierto que cuando la pregunta en torno al pasado se vuelve «¿qué sintió tal o cual personaje?», la historia académica no tiene respuestas para nosotros; en todo caso tenemos que recurrir a los terrenos de la literatura para intentar comprender el sentir de los sujetos históricos.

White cita el ejemplo de una escritora estadounidense: Toni Morrison, y su novela *Beloved*, en la cual describe a Margaret Garner, una esclava afroamericana que logra escapar de su condición y que decide matar a su hijo para que no viviera en el mismo estado de opresión en el que ella vivía. Enfrentarte a este personaje histórico y no revelar qué sentía o qué pensaba es cortar una parte importantísima del pasado. Así que lo que hizo Morrison fue articular una narración en la que inventó los pensamientos del personaje y los articuló dentro del

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 39.

texto que era histórico en esencia. Esta libertad que se dan los literatos nos intimida a los historiadores: parece que, si el documento no habla, nosotros no tenemos la capacidad de imaginar y crear posibles escenarios que ocurrieron en el pasado. Marc Bloch, a principios del siglo XX, afirmaba que una de las labores del historiador es seducir la imaginación, y dicha labor no debería ser olvidada.

Creo que el texto de White es una invitación que nos acerca al pasado práctico sin miedo a quebrantar el pasado monumental. El valor que tiene la cotidianidad del pasado tiene que ser recuperado en los discursos de los historiadores, la ficcionalidad del texto tiene que dejar de ser un tema tan intimidante, ya que, como se ha dedicado White a mostrarnos, ésta siempre está presente. Más bien tenemos que entender que si no recuperamos el pasado práctico, el discurso histórico se vuelve mucho más impersonal, en la medida en que habla de seres que vivieron en otro tiempo y espacio con nada discursivo que ayude a asimilar lo distante. En este sentido, recupero la idea de Dilthey, quien a principios del siglo XX afirmaba que la empatía es una condición indispensable para imaginar y comprender el pasado, lo cual fue desechado por muchos bajo el argumento de constituir un psicologismo inadmisibles en una historia científica, pero que, a la luz de la necesidad de incorporar la reconstrucción del pasado-práctico de los sujetos históricos, se vuelve indispensable en su elaboración, haciendo del pasado un todo: práctico e histórico.

#### BIBLIOGRAFÍA

Hayden White, *The Practical Past*, Evanston, Northwestern University Press, 2014.



